IDEOLOGÍA Y REALIDAD DE AMÉRICA

DANIEL
VIDART



NUESTRAS RAICES 1

Colección **NUESTRAS RAICES Nº 1**

Ideología y Realidad de América, Daniel Vidart

ISSN Nro 0797-3845

Depósito Legal Nro 244070/90

Editor Director:
Ing. Qco. Daniel Aljanati

Directores Académicos:
Prof. Daniel Vidart
Prof. Renzo Pi Hugarte

Secretaria de Redacción:
Prof. Lilian Alba

Coordinador Editorial:
Soc. Jaime Daniel Aljanati

Fotografía:
Jorge Vidart
Eddy Lewy

Comercialización: ALBE Libros Técnicos SRL, Cerrito 566, Tel. 957528, Montevideo.
Distribuidor para el interior, quioscos y librerías: Caetano Porcelli, Pza. Independencia 850, Tel. 903163, Montevideo.

IDEOLOGIA Y REALIDAD DE AMERICA

DANIEL VIDART

INDICE

1a. edición; Universidad de la República, Montevideo, 1968
2a. edición; Editorial Nueva América, Bogotá, 1981
3a. edición; Editorial Nueva América, Bogotá, 1985
4a. edición corregida y aumentada; Nuestra Tierra, Montevideo, 1990

NUESTRAS RAICES

Nº 1

editorial
nuestra tierra cerrito 566 - tel. 95 74 85 y 95 75 28 - montevideo

DANIEL VIDART, codirector de la Colección NUESTRAS RAICES ha desarrollado una larga e intensa labor como docente en el campo de las Ciencias Sociales y la Ecología Humana.

Es actualmente profesor de Antropología en el Postgrado de Ciencias de la Educación en el Instituto de Profesores Artigas y anteriormente fue Director del Departamento de Antropología en la Facultad de Humanidades y Ciencias y Profesor de Ecología Humana en la Facultad de Ingeniería de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

En la actualidad desarrolla tareas de consultoría en las Naciones Unidas, habiendo sido experto de la UNESCO en Educación Ambiental.

Ha publicado numerosos libros sobre temas antropológicos, sociológicos y ambientales, entre los cuales se destacan: "La vida rural uruguaya" (1955), "Sociología rural" (1960), "Regionalismo y universalismo en la cultura gallega" (1961), "Caballos y jinetes" (1967), "El tango y su mundo" (1967), "El legado de los inmigrantes" (1970, en colaboración con Renzo Pi Hugarte), "Colombia, ecología y sociedad" (1976), "Filosofía ambiental" (1986), "10.000 años de prehistoria uruguaya" (1987). Colabora actualmente en la revista mensual RELACIONES y el Suplemento Cultural de EL DIA, con notas referentes a los pueblos de América indígena y antropología cultural.



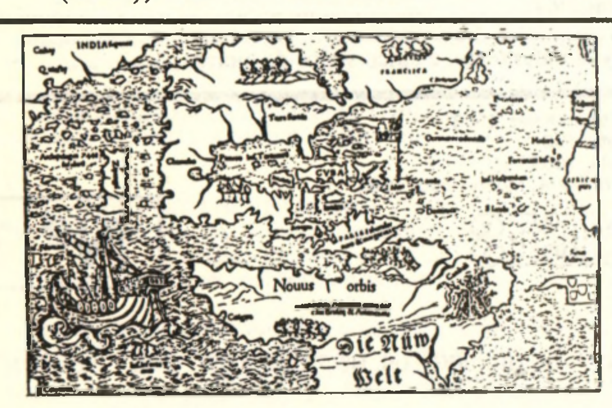


Ilustración de carátula:
El Nuevo Mundo según **"Cosmographia"** de Sebastián Munster, Siglo XVI

Introducción

"Si mi pluma tuviese don de lágrimas, yo escribiría un libro titulado El Indio y haría llorar al mundo"

Juan Montalvo,
ecuatoriano (1833 - 1889)

El descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo fue un acontecimiento revolucionario que señaló, en el cada vez más acelerado proceso de la historia humana, el tránsito de lo regional a lo planetario, del fragmentarismo de los sucesos comarcales a la unidad del acontecer mundial. Una de sus consecuencias en el plano de las superestructuras fue el cambio de la cosmovisión forjada por las nacionalidades europeas que salían de sus crisálidas feudales y se encontraron, de pronto, con una tarea imperial para cumplir a miles de quilómetros de sus hogares continentales. Y otra consecuencia, generada por la acción combinada de las anteriores, fue el surgimiento de una ideología afirmadora de los derechos de las naciones navegantes del Viejo Mundo al disfrute y sojuzgamiento de las tierras y humanidades recién alumbradas por la antorcha viajera del Occidente.

Geógrafos, cronistas, antropólogos prácticos o intuitivos, anteriores a la antropología científica, curiosos impertinentes, teólogos de armas tomar y soldados de fortuna llegados al continente americano en la fabulosa media centuria que va de 1492 a 1550, escribieron infinitas descripciones (antojadizas o fieles, según los casos) de las comarcas y los pueblos recién surgidos ante los representantes de una civilización etnocéntrica, declinada moral e intelectualmente por los valores del cristianismo y convencida de su superioridad espiritual y tecnocrática sobre la innominada caterva de los "infieles" amerindios.

Dichas descripciones fueron seguidas luego por sistematizaciones y doctrinas, todas inficionadas por un designio señorial. Los estereotipos mentales de los conquistadores, interesados en mantener sus privilegios económicos y políticos, se reflejan en las obras de los tratadistas que defienden la superioridad de lo europeo ante las múltiples "carencias", "decadencias" y "aberraciones" de lo americano. Una multisecular tergiversación en la esfera de las ideologías ha pintado a las sociedades, a las costumbres y aun a la misma naturaleza física y a las criaturas vivientes de América como desmesuradas, imperfectas, irracionales o monstruosas, según los casos. Dicha inferioridad consagra el rectorado de las naciones civilizadas sobre los pueblos indígenas que, hacia el 1552, son juzgados como sigue:

"Ninguna justicia hay entre ellos; andan desnudos; no tienen amor ni vergüenza; son asnos, abobados, alocados, insensatos; no tienen en nada matarse o matar; no guardan verdad sino es en su provecho; son inconstantes; no saben qué cosa sea consejo; son ingratísimos y amigos de novedades; précianse de borrachos, ca tienen vinos de diversas yerbas, frutas, raíces y granos; emborráchanse también con humo y con ciertas yerbas que los saca de seso; son bestiales en los vicios; ninguna obediencia ni cortesía tienen mozos a viejos ni hijos a padres; no son capaces de doctrina ni castigo; son traidores, crueles y vengativos, que nunca perdonan; inimicísimos de religión; haraganes, ladrones, mentirosos y de juicios bajos y apocados; no guardan fe ni orden; no se guardan lealtad maridos a mujeres ni mujeres a maridos; son hechiceros, agoreros, nigrománticos; son cobardes como liebres, sucios como puercos; comen piojos, arañas y gusanos crudos do quiera que los hallan; no tienen arte ni maña de hombres (...) en fin, digo que nunca Dios crió tan conocida gente en vicios y bestialidades, sin mezcla de bondad o policía" (Francisco López de Gómara: Historia General de las In-

dias, 1552)

(López de Gómara plagió textualmente esta página del informe del domínico Tomás Ortíz, presentado en 1524 ante el Consejo de Indias. A su vez, Ortíz confiesa haber copiado a Fray Pedro de Córdoba.

A partir del juicio transcrito -uno solo entre centenares de infundios semejantes- todo era permitido, posible y plausible para los conquistadores y colonizadores. Y si bien hubo luego rectificaciones y atenuaciones, la necesidad de justificar a los dueños del poder y la riqueza en sus excesos y sevicias imperialistas fue creando una seudo historia distorsionada y distorsionante, una ideología vestida con hábitos científicos, una sutil y constante deformación de la realidad de América a cargo de los intelectuales transatlánticos.

Aclaro que en el presente ensayo se entiende por ideología el enmascaramiento de la realidad -básicamente económica- mediante un aparato pretendidamente racionalizador que oculta los propósitos lel grupo dominante con una cortina de humo filosófica, ética y aun estética. En una carta a Mehring -14 de julio de 1893- Engels señalaba que "**la ideología es un proceso que el sedicente pensador lleva a cabo con conciencia, pero con conciencia falsa. Las verdaderas fuerzas motrices de su caminar permanecen desconocidas para él, pues en caso contrario no se trataría de un proceso ideológico**". Las ideologías "totales", según la caracterización de Mannheim, cuya raíz no es psíquica sino social, son las que han dominado en el proceso histórico de degradación de lo americano para justificar la tutoría de las potencias europeas sobre un continente de pueblos pueriles y naturaleza imperfecta.

Este trabajo se divide en tres partes. En la primera examina las ideologías escamoteadoras pergeñadas por el Viejo Mundo colonialista. En la segunda se refiere a las realidades culturales de América, condenadas al menosprecio por el europocentrismo imperial, que constituyen el legado de nuestro continente al patrimonio humano. En la tercera trata sobre la identidad indígena, las razas o variedades somáticas y la población aborigen al tiempo de la Conquista y en la actualidad.



gente que en tal hazienda y exercicio se ocu-
pan. Ha se de notar que para vn par de in-
dios que lauen son menester dos personas
que siruan en traer les tierras/ ⁊ otros dos q
cauen o escopeten o rompan la tierra ⁊ hin-
chan las bateas de seruicio. Porque assi se
llaman del seruicio aquellas Bateas en que
se lleua la tierra desde los que cauan hasta
los que lauan. Estos indios estan en esta o-
cupacion del oro sin los otros indios y gen-
hazer: y despues labran y lauan aquella tier
ra del suelo y cogen el oro que en ella hallan:
segun se dixo de suso. Pero si es rio o arro-
yo el que se ha de labrar/ sacan el agua de su
curso. E despues que esta seco en medio de-
la madre por donde primero yua el agua: as
si como la han ramurado/ que en lengua o
estilo delos que son mineros platicos quie-
re dezir agotado. (Porque ramurar es ago
tar.) Hallan oro entre las piedras y oque-

I. EL ESCAMOTEO IDEOLOGICO

✔ LA IMAGEN DEL MUNDO EN EL SIGLO XV

Comencemos por situarnos en el momento inmediatamente anterior al viaje de Cristóbal Colón en 1492. América no existía aún en el pensamiento europeo, que, según la historia narrada por los que la escribieron y no la padecieron, todavía carecía de aquella categoría con carácter de **Fiat Lux** que fue el "Descubrimiento". Bueno es señalar de paso que América también descubrió a Europa en las personas de los conquistadores y que ambas experiencias, pese a responder a un mismo hecho, tuvieron muy distinto signo.

En el instante del descubrimiento Europa no era poderosa, como lo fue luego. Durante los duros siglos feudales la futura señora de los mares y las tierras del orbe tuvo que defenderse de los avances del Africa y el Asia -los jinetes islámicos y los jinetes mongoles-, luchando penosamente para subsistir. América constituyó la oportunidad dorada de los aprendices imperiales de Occidente que, una vez subyugado el Nuevo Mundo y saqueadas sus riquezas, montaron entonces un gigantesco y y efectivo engranaje que les permitió lanzarse a la conquista de todo el contorno planetario.

¿Qué imagen teológica, astronómica y geográfica de la naturaleza circundante tenía la cultura cristiana europea a fines del siglo XV?

Dios era el centro y la periferia de todas las cosas. El hombre, se decía, había sido creado con el fin de conocer y amar a Dios. Para amarlo disponía de su corazón y para conocerlo tenía a mano dos incorruptibles auxiliares: La Biblia, el libro de los libros, y la Naturaleza, o sea la manifestación visible de Dios. La Naturaleza constituye el Universo-Mundo, una efímera construcción fabricada para subsistir no más de 6.000 años - en el siglo XV ya había doblado el codo de los cinco milenios- al cabo de los cuales sería devastada y purificada por el fuego del Juicio Final.

El Universo-Mundo está integrado por tres dominios concéntricos. El primer dominio es el sublunar, aposentado en una inmensa esfera cuyo centro está ocupado por nuestro planeta. La Tierra es un cuerpo esférico e inmóvil donde se mezclan **los cuatro elementos básicos** -tierra, agua, aire y fuego- para dar origen a los minerales, vegetales, animales y seres humanos. Los elementos también se disponen en círculos concéntricos, de acuerdo con su pureza, ordenándose en cuatro anillos sucesivos: el de la tierra, el del agua, el del aire y el del fuego.

El segundo dominio, o sea el celestial, comienza más allá del flamígero imperio del fuego. Reinan en tal zona las inteligencias angélicas que rigen, yendo de lo más cercano a lo más lejano, las esferas de la Luna, Mercurio, Venus, el Sol, Marte, Júpiter, Saturno y las estrellas fijas. El sistema es rígidamente geocéntrico: las ocho esferas están en función de la Tierra y giran en derredor suyo de Oeste a Este a distintas velocidades. El rozamiento en el giro engendra la famosa y excelsa música de las esferas, aunque muchos sesudos tratadistas sostenían en la Edad Media y el Renacimiento que una perfecta lubricación dispensaba a los mortales de escuchar tan prestigioso concierto. En el límite exterior del dominio celestial de las esferas se halla el Primer Móvil que tarda 24 horas en dar una vuelta completa del Oeste al Este e impulsa en sentido contrario el movimiento de aquéllas.

El tercer dominio, exterior a los dos anteriores -pertenecientes a la Creación o sea la **Natura Naturata**- es el Empíreo, eterno, inmutable, sin principio ni fin en el orden del espacio y del tiempo. Allí reside Dios y allí irán las almas de los Bienaventurados una vez que el Juicio Final condene a los pecadores al seno infernal de la Tierra y limpie con sus llamas la superficie de nuestro planeta, el cual brillará como un diamante en medio del engarce precioso de las esferas que, sin movimiento ya, constituirán un deshabitado y resplandeciente Cosmos proclamando en los cielos la gloria del Señor.

Fijemos ahora nuestra atención en el "**grano de mostaza**" de la Tierra,el carozo de toda esa arquitectura geocéntrica, construida para que la descendencia de Noé alabara -por lo menos durante el curso de su corta residencia en ella- la sabiduría divina.

Los hombres, o sea los verdaderos hombres -siempre el mismo etnocentrismo- habitan la Ecúmene, concentrados en una privilegiada región del hemisferio norte. Se sospecha, de acuerdo con lo dicho por Aristóteles, que en la Tórrida -Zona, situada en la porción sur de la Ecúmene, la vida es imposible. Otros suponen que existe un continente opuesto, una especie de contrapeso para mantener en equilibrio al mundo, denominado la Antiecúmene. Es la "Cuarta Tierra" de la que hablan Isidoro de Sevilla y Alberto Magno, donde habitan los extraños, teratomórficos antípodas. Hoy atribuimos a las supuestas criaturas de otros mundos que nos visitan en los también supuestos **Ovnis** mucho mayor semejanza con nosotros que la concedida a los antípodas medievales, imaginados como cuerpos sin cabeza, troncos dotados de ojos, seres de un solo pie,etc.,etc.



■ *"El encomendero hace ahorcar al cacique principal Juan Cayanchiri" (Felipe Huamán Poma de Ayala, Nueva Crónica, y Buen Gobierno, Siglos XVI y XVII)*

Alrededor de la isla septentrional de la Ecúmene, formada por tres continentes, cuyas periferias en el caso de Asia y Africa están desdibujadas, muge un Océano temible, tenebroso, poblado por monstruos, entre los cuales descuella la Serpiente, y peligros innominados. El hombre del siglo XV, heredero de las tradiciones bíblica y grecolatina, se atiene a la afirmadora presencia geográfica de las tierras conocidas. El ombligo es el mar Mediterráneo, el **Mare Nostrum** romano, en torno al cual se disponen, "**como las ranas en las orillas de la charca**" (Platón), las tres grandes porciones territoriales conocidas: Asia -de **Asu**, por donde sale el sol-; Europa -de **Ereb**, por donde el sol se pone-; Africa -de **Afar**, la seca-, por donde el sol calcina, denominada también Libia. Estas tres regiones son algo más que pura geografía. Están consagradas por alusiones religiosas y significados místicos, entre los cuales figuran la Santísima Trinidad, la tripartición del mundo entre los tres hijos de Noé (Sem, Cam y Jafet), la adoración de los tres Reyes Magos, la tiara pontificia, el significado mágico y simbólico del número tres, y muchos otros más. Constituyen el trípode afirmativo del hombre, la seguridad del hogar ante el desarraigo de lo desconocido, la verdad telúrica y cultural que de antemano combate los errores potenciales de otras posibles tierras y presuntas humanidades.

✔ Europa, el invierno y las especias

Contrariamente a lo que muchos autores hispánicos y lusitanos sostienen, exaltando el fogueo de los ejércitos ibéricos en su lucha contra los ocupantes islámicos, la joven Europa del siglo XV no estaba efectivamente madura para su futuro ejercicio imperial. Por ese entonces eran los árabes, los berberiscos y los turcos los que tenían la iniciativa, acaudillados por las banderas del Profeta: los jenízaros golpeaban por el Este, donde habían anegado la milenaria Bizancio, y los refinados musulmanes de Andalucía se defendían por el Sur de la creciente furia española que muy pronto, con la caída de Granada, terminaría por reconquistar el territorio peninsular luego de ocho siglos de ocupación afroasiática. Esa Europa que recién cobraba conciencia de sí misma tampoco exhibía ninguna vocación marítima: no podía compararse, por ejemplo, con

las antiguas talasocracias fenicia o cretense. Era una hija de la tierra. Su ritmo cotidiano y su ciclo anual estaban regidos por las labores agrarias de los siervos de la gleba sobre los cuales imperaban minúsculos racimos de señores, dueños de los feudos, las armas, los caballos y los ocios.

¿Por qué, entonces, Portugal primero y España luego, decidieron navegar los mares que abrazaban la Ecúmene, surcados por faunas fantásticas y sacudidos por tempestades terribles? Ciertamente que no fue por la presión demótica, ya que la Gran Peste se había encargado de aliviar la plétora medieval -provocada por el pobre rendimiento del agro antes que por la efectiva densidad de la población-, ni por el deliberado designio geopolítico de someter el probable mundo exterior a una cristiana expansión del espacio vital, ni por el determinismo geográfico de la ubicación peninsular, una especie de balcón hacia el Océano Tenebroso.

La causa determinante, como sucede en toda verdadera historia, fue de naturaleza económica.

El sector privilegiado de una Europa labradora y vegetariana en sus niveles populares necesitaba proteínas animales, exigía la presencia de la carne en una dieta de la cual los barones feudales consumían la parte del león. El ganado, semoviente motor de la historia, fue una vez más el protagonista de un singular, paradójico capítulo del proceso económico. En efecto, el duro invierno europeo provocaba la desaparición estacional del forraje y como en esas condiciones era imposible mantener los vacunos y porcinos que no cabían en los pequeños y poco surtidos establos medievales -los calefactores vivientes de los miserables aldeanos- había que sacrificar los excedentes para mayor gloria de los banquetes señoriales. Los Libros de Horas de los terratenientes de Berry o de Grimaldi nos muestran en sus bellas páginas miniadas cómo la madurez de cada otoño era consagrada con la sangre humeante de las hecatombes de vacas y cerdos que irían a parar, una vez faenados, a los estómagos de caballeros, damas y donceles que ilustran las distintas estaciones de los códices con animadas cabalgatas o banquetes pantagruélicos.

Para conservar la carne sin que se corrompiera durante los largos meses invernales se necesitaban sal y especias: el jengibre de China y Malabar, la pimienta de la India, la canela de Ceilán, la nuez moscada y la macis de las Célebes, el clavo de olor de las Molucas. La sal era el producto preservante menos oneroso, pera las especias, gratas a los paladares nobles, inauguraron un nuevo ciclo de exigencias gastronómicas que serían puntualmente contempladas -cuándo no- por los mercaderes. **"L`art culinaire est par essence politesse"** (el arte de la cocina es por esencia urbanidad) escribe L. Duplessy. Y así es: las clases que rigen los destinos de las civilizaciones de tipo depredador (precapitalista, capitalista temprano e imperialista) asientan en una mesa bien servida y bien condimentada las bases ostentosa de su poder.



Indio canoero fueguino (Dibujo del natural por C. Martens, viajero en el Beagle).

El comercio de las especias estaba en manos de los comerciantes islámicos y su difusión en Europa había sido acaparada por los venecianos y genoveses, los pueblos navegantes del mar interior. Pero antes de llegar a Europa las especias enriquecían innumerables postas de revendedores atrincherados en los mercados intermedios a lo largo de dos dilatadas y onerosas rutas.

La ruta marítima se iniciaba en Insulindia, desde donde los sampanes y juncos cargaban sus bodegas para vaciarlas luego en los puertos de Malasia y Ceilán. En dichos puertos las especias eran adquiridas por media·lores que las revendían en Calcuta



■ *Indígena de los Grandes Lagos y Valle del San Lorenzo (Dibujo de Ch. Bécard de Granville, 1700).*

y Goa, emporios de la costa de Malabar, o marchaban, iniciando la ruta terrestre, a Ormuz, en Persia. Allí se produce un nuevo cambio de manos y un respectivo encarecimiento de los productos: desde la costa indostánica parten hacia Aden y luego de una riesgosa navegación por el Océano Indico se vuelven a vender. Se opera entonces un cambio de bodegas y de dueño y la salida hacia Jedda, sobre el Mar Rojo. Desde Jedda los camelleros, recientes compradores de las especias, marchan en busca de Alejandría, a orillas del Mediterráneo, donde los marinos venecianos las hacinan en sus galeras y las revenden a precio de oro a los magnates de la cristiandad.

Las rutas iniciadas en Ormuz adentraban las especias en el ex-imperio sasánida conquistado por los árabes. Largas ringlas de camellos las conducían hasta Bagdad o las más lentas y baratas almadías de pellejos inflados las transportaban aguas arriba por el Eufrates y el Tigris. Desde este trampolín enclavado en el corazón de Mesopotamia las preciosas cargas se dispersaban en dos distintas direcciones: unas caravanas partían hacia Scutari, en el mar de Mármara, o a Trebizonda, en el mar Negro; otras buscaban las pistas que, a través de Siria, iban a morir al Levante, en las costas mediterráneas donde, atentos siempre, los capitanes venecianos y genoveses cargaban sus barcos en el atestado puerto de Beirut.

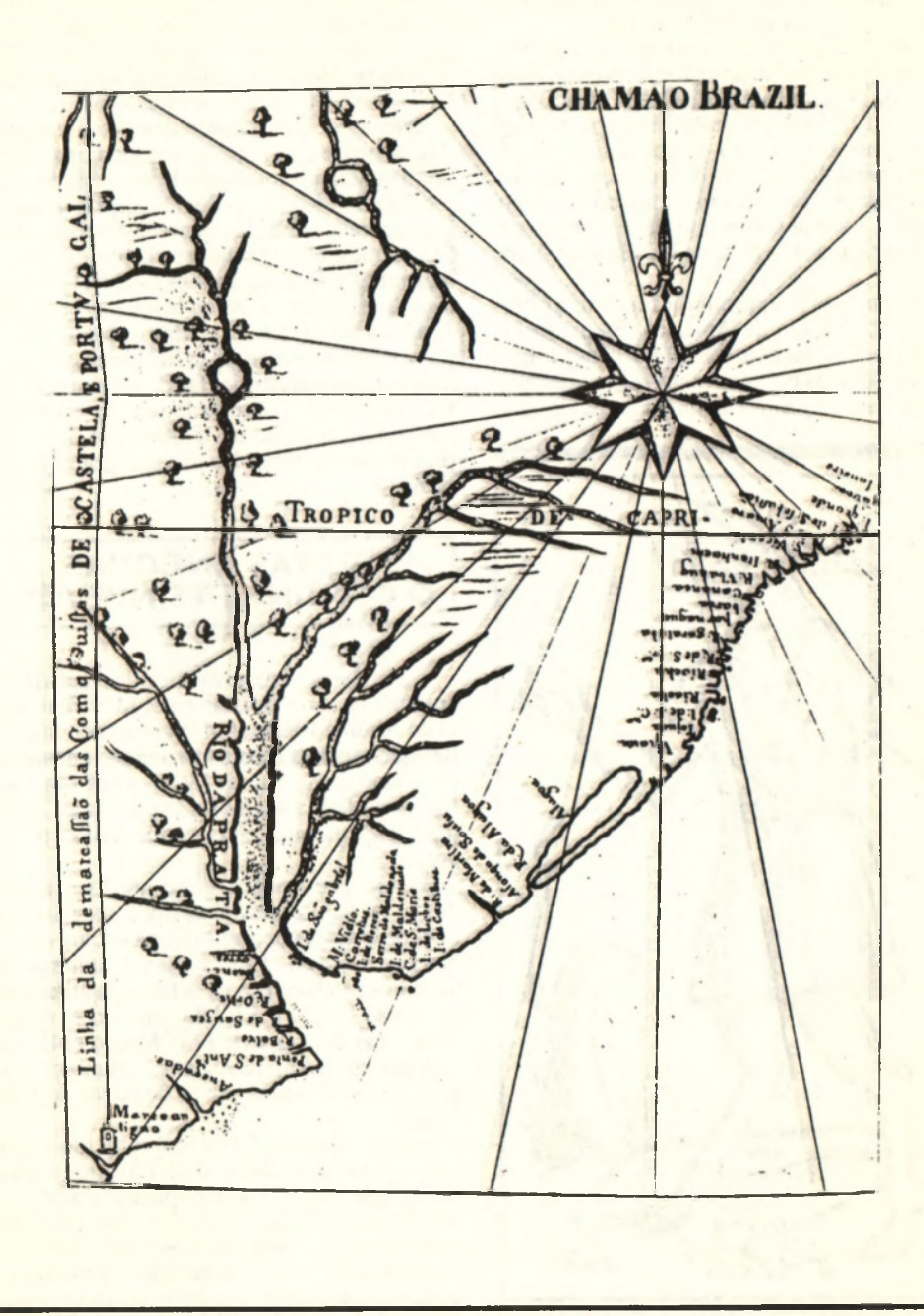
Los viajeros aislados que transponían la **"cortina de alfanjes"** podían ver maravillosos países pero nada más: el monopolio del transporte asiático en gran escala estaba en poder de los infieles, los enemigos del Señor, condición teológica y ética que no impedía que fueran excelentes abastecedores de los amos del comercio medieval europeo.

Cansada del monopolio de venecianos y genoveses, contra los cuales mal podían competir los empeñosos catalanes, deseosa de llegar directamente a las Tierras de las Especias y de convertirse a su turno en una vendedora aprovechada, la Europa labradora de la fachada atlántica cambia el arado por el gobernalle. El caballero ecuestre lanza su reto a las verdes praderas del Océano. Comienza así un nuevo y prodigioso episodio en la carrera del hombre de presa que inaugura la edad de los grandes descubrimientos terráqueos.

✔ EN BUSCA DE LA PUERTA TRASERA DEL ASIA

Los portugueses, acaudillados por un rey que nunca navegó pero que la historia recuerda como Enrique el Navegante, son los primeros que emprenden, a principios del siglo XV, la conquista consciente y concienzuda del litoral africano en busca del camino que lleve hacia el Oriente y sus especierías. Será una laboriosa, ímproba hazaña, impulsada antes por el afán de lucro mercantil que por el cristiano espíritu de cruzada hacia lo desconocido. Antes de llegar al Asia es necesario asegurarse, mediante factorías, las navegaciones en derredor del Africa, la cual pronto será un buen mercado de esclavos que servirán a los amos de la Península Ibérica.

El periplo africano se realiza en etapas sucesivas: Ceuta (1415), Arguim (1448), Guinea (1456). Y como los portugueses iban a Dios rogando y con el mazo dando, no bien asentaban su planta en nuevas tierras ya estaban ante el Papa para que éste, en uso del derecho divino, les reconociera su dominio terrenal y aun les asegurara la propiedad de las comarcas descubiertas en futuras navegaciones. Así fue como Martín V, Nicolás V y Calixto III consagraron con el espaldarazo del poder espiritual las conquistas del poder temporal. Hasta que los espa-



■ *Costa del Brasil y cuenca del Plata (Atlas de Juan Teixeira, 1642).*

ñoles se asoman al balcón de las islas Canarias y desde allí comienzan a contemplar, inquisitiva, ominosamente, el mar de **Os Lusiadas**.

El pleito entre las naciones ibéricas se avecinaba. Síntoma temprano del mismo fue la presentación simultánea de portugueses y españoles ante el papa Sixto IV (1481) reivindicando la propiedad del mundo extraeuropeo inédito -al que por las dudas, para no pedir mucho, se le atribuía carácter insular- que sus capitanes descubrirían a muy breve plazo, o mejor dicho, que habían entrevisto en secretas travesías. Ya se estaba en la pista de las tierras de América.

No puede hacerse en este microestudio una historia del descubrimiento de América. Es preferible sustituir las fechas, las nomenclaturas y los prolijos relatos cronológicos por interpretaciones que revelan las infraestructuras económicas y esclarezcan las superestructuras ideológicas de la conquista, cuyo ditirambo se encargan de cumplir los textos de enseñanza media y, más disimuladamente, los gruesos tratados escritos en España, Portugal, Francia, Inglaterra, Holanda, todas potencias imperialistas en sus respectivos turnos históricos.

Acerca del Nuevo Mundo existen varias querellas: la geográfica, protagonizada por el choque de la concepción colombina y la vespuciana -ambas filoasiáticas-; la antropológica, a propósito del origen y condición de los pueblos amerindios; la biofísica, que gira en derredor de la minusvalía de la vida animal y de la naturaleza toda de las nuevas tierras; la económica, referente a los productos que América dio al mundo y a los que el mundo trajo a los viveros de América; la filosófica, en cuanto a la historicidad o ahistoricidad de las culturas del Nuevo Continente. Sobre cada uno de estos temas se han escrito bibliotecas. Trataremos de resumirlos, prefiriendo en todos los casos el grano y no la cáscara.



■ *Monstruo existente, según el italiano De Vecchi, 1622, en la provincia de Santa Cruz, Brasil*

✔ ¿TIERRAS ANTIGUAS O CONTINENTES NUEVOS?

Los mapas medievales señalaban una enigmática serie de islas en el Mar Tenebroso. En el de Andrea Bianco (1436) aparecen la isla **Antilla** -que muchos autores pretenden encontrar en el portulano de Pigazzini (1367)- y la **Isola Stocafixa** (de **stock fish**, bacalao) o sea la actual Terranova, que desde tiempo atrás conocían los pescadores vascos.

Hoy se sabe a ciencia cierta que los vikingos nórdicos -los habitantes de los fiordos según la traducción de la vieja voz anglosajona wicing-, llegaron a Norteamérica en el año 1000 y estuvieron algunos decenios establecidos en la fachada atlántica de los actuales Canadá y EE.UU. Incluso el enigmático cabo Diab del mapa de Fray Mauro (1457) autoriza a pensar que un navegante, voluntario o casual, avizoró las húmedas selvas de hayas de Tierra del Fuego.

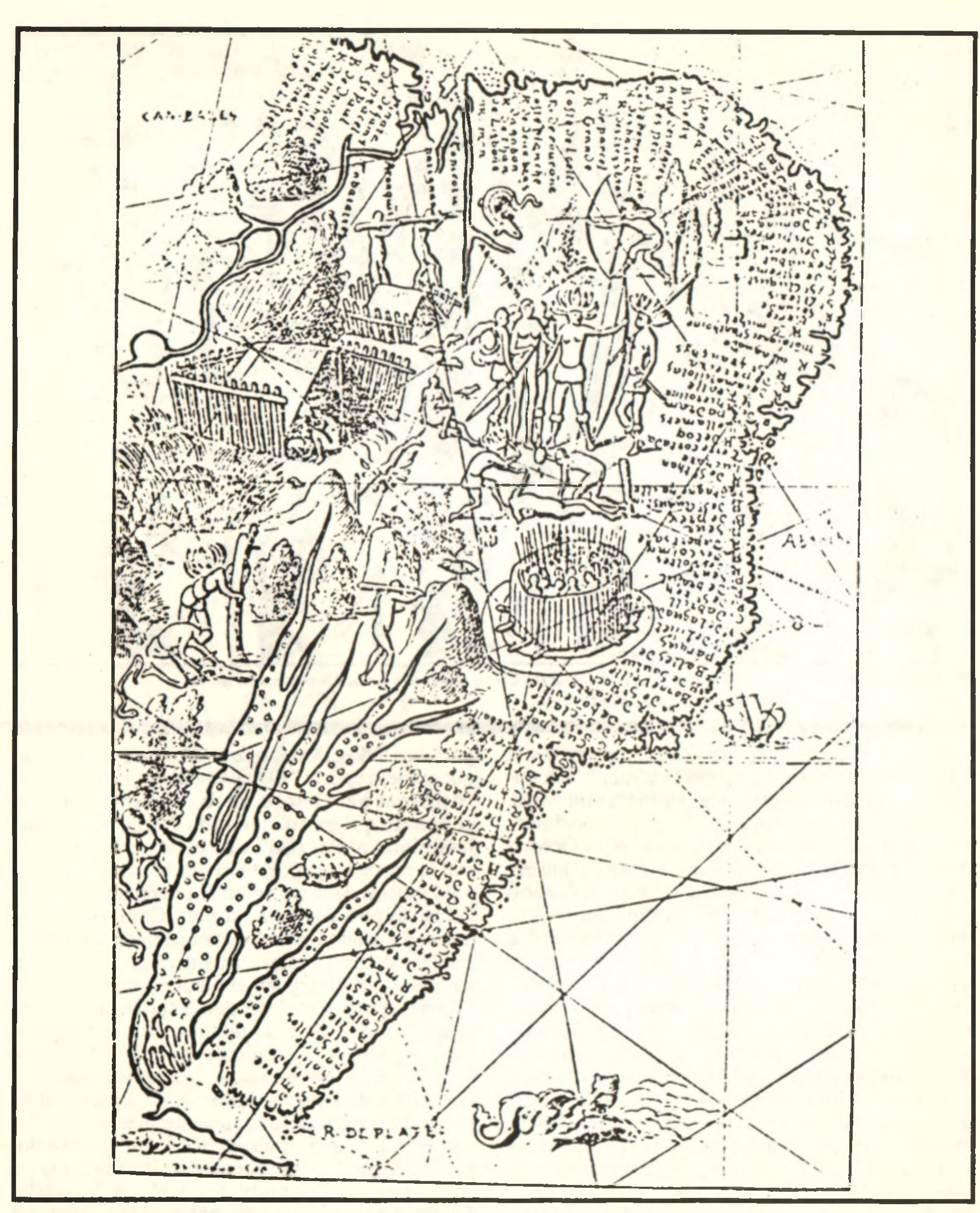
La luz vivísima del descubrimiento colombino sume en la oscuridad o el olvido a los viajes anteriores, que vuelan hacia el pasado como esquirlas de hazañas fragmentarias. El viaje de Colón está patrocinado por una poderosa casa real de la cristiandad que, en vísperas de vencer al moro, proyecta su potestad sobre los otros posibles mundos en manos de los infieles. El Almirante había salido -no olvidarlo- en busca del camino más breve para lle-



■ *Danza de indígenas brasileños (Th. de Bry en* ***Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias*** *de Fray Bartolomé de las Casas, 1597).*

gar a las Islas de las Especias. Pensaba entrar por la puerta trasera del Asia, acortando la ruta de circunnavegación africana utilizada por los portugueses. A España le interesaban las especias pero no desdeñaba la idea de establecer su señorío en el Océano Atlántico y en las islas que formaban un puente entre Europa y Asia. Colón actúa como un visionario y arguye como un poseído. Está seguro que encontrará, al cabo de su viaje, la florida y áurea espalda del Asia. Y cuando llega a las Bahamas, el 12 de octubre de 1492, escribe, refiriéndose al atolón de San Salvador, que los indígenas conocían por Guanahaní y hoy los ingleses denominan Watling: "**Esta isla es bien grande y muy llena de árboles muy verdes y muchas aguas, y una laguna en medio muy grande, sin ninguna montaña y toda ella verde, que es un placer mirarla**". La gente es "**farto mansa**" y da todo lo que tiene "**por cualquier cosa que le den**". A Colón, que pinta de modo tan idílico el aspecto exterior y los inocentes -a sus ojos- hombres de esta isla, le preocupa hallar especies, pero más le interesa el oro. Su mentalidad renacentista, hija del naciente capitalismo comercial, otorga al oro todo el valor que tenía en los ideales burgueses de la época: "**El oro es excelentísimo**", pues "**del oro se hace tesoro, y con él quien lo tiene hace cuanto quiere en el mundo y llega a que echa las ánimas al Paraíso**". Con el oro, en consecuencia, se pueden comprar todos los bienes de la tierra y las gracias de la vida eterna: es la puerta de la felicidad terrena y la llave del cielo. Conviene encontrarlo, y cuando Colón no lo encuentre, recurrirá a traíllas de perros adiestrados para persuadir a los naturales que entreguen el precioso metal.

Los hombres y mujeres que describe el Almirante son tímidos, dulces, gentiles, de cuerpos "**lindos**" y graciosos. La naturaleza que le sale al paso es espléndida. No obstante, "**yo estaba atento y trabajaba de saber si había oro**", aclara Colón, persuadiéndonos definitivamente que los árboles verdes, y las aguas transparente y las "**generaciones**" de naturales -"**de la color de los canarios**", o sea los guanches, primitivos pobladores de las Islas Canarias- muy poco le importaban comparados con su secreta pasión mercantil. No debe olvidarse que propondrá a los Reyes Católicos la esclavitud de los



■ *La costa del Brasil según fascímil de un grabado antiguo (Siglo XVI)*

indios, para ser vendidos **"a mil y quinientos maravedís la pieza"**. Llegados a España, **"aprenderían la lengua"** y adoptarían el credo de la cristiandad, lo cual los compensaría de su servil condición.

Lo fundamental es dar con Cipango (Japón), un emparedado de oro, del cual estas islas son avanzadillas. Al referirse a Cuba piensa que **"debe ser Cipango, según las señas que dan estas gentes de la grandeza della y riqueza"**. Pero como las áureas costas no aparecen, la idea obsesiva del Almirante se sublima en el tercer viaje e imagina que está en las cercanías del Paraíso Terrenal.

La versión colombina de los desinteresados araucos antillanos, que, "como bestias", todo lo dan al europeo, engendrará, en las mentes del siglo XVIII, aquella falseada imagen del buen salvaje que Rousseau opone a los cínicos y corrompidos occidentales de su tiempo. Este dulce y sencillo hombre elemental, aún no desvirtuado por la civilización, tiene su contrafigura en la espantable vida cotidiana de los indios caribes, descrita por el Doctor Chanca, cronista del segundo viaje de Colón: **"Dicen que la carne del hombre es tan buena, que no hay tal cosa en el mundo; y bien parece, porque los huesos que en estas casas hallamos, todo lo que se puede roer lo tenían roído"**. Los caníbales de la futura etnografía científica tienen su origen etimológico y semántico en estos caribes comedores de hombres de las paradisíacas islas.

Colón buscaba el Asia y creyó haberla encontrado. Los Reyes Católicos fueron más cautos y aconsejaron al Papa que en la Bula **Inter Caetera** (1493) mencionase a las **"Islas y Tierra Firme"** situadas **"en las partes del Mar Océano, hacia los Indios"**. También el desconfiado Pedro Mártir de Anglería escribe desde España en su epístola del 14 de mayo de 1493 a Juan Borromeo que **"hace pocos días ha vuelto de las antípodas cierto Cristóbal Colón"**. Más adelante celebra, en otra epístola, que el resto de la redondez de la Tierra, **"dejado por los cosmógrafos por desconocido"** haya comenzado a mostrar **"lo que desde el principio de la Creación hasta el presente estuvo oculto"**.

Los cautos humanistas no reconocen aún la existencia de un nuevo hemisferio. Pedro Mártir indica claramente, en su epístola a Ascanio Sforza (13 de noviembre de 1493), que **"Colonus ille novi orbis repertor"**. Este nuevo mundo, que puede muy bien formar parte de las tierras aún no conocidas del Asia, todavía no es el Nuevo Mundo continental que más tarde surgiría ante la atónita certidumbre de Europa. Ni tampoco es el **Mundus Novus** de Vespucio cuya verdadera querella con la concepción colombina -la primera querella de la América prenatal- estudiaremos de inmediato.

✓ LA CONFIGURACION GEOGRAFICA DEL EXTREMO ORIENTE

La geografía de los tiempos anteriores al descubrimiento de América ofrecía dos distintas configuraciones de los litorales del Extremo Oriente, los cuales estaban separados de Europa, según se creía, por las aguas del Océano Atlántico y no por las del Pacífico, aún no sospechado por los cosmógrafos de la cristiandad.

Una configuración respondía a las ideas de Ptolomeo, ampliadas por las narraciones de Marco Polo y consagradas por Toscanelli. Se suponía que el Extremo Oriente asiático presentaba una fachada atlántica compuesta por una costa poco articulada, frente a la cual se extendía la isla de Cipango, precedida, a su vez, por el puente euroasiático de la isla Antilia. Dicho litoral correspondía a dos provincias de China; al norte estaba Catay y al sur se hallaba Mangi. La provincia de Mangi remataba en un ángulo y luego sus costas se orientaban hacia el oeste para reencontrar finalmente el camino hacia el sur y formar una península, el Quersoneso Aureo -Malaca-, cuyo cuerpo separaba las aguas del Atlántico de las del Indico. Colón aceptaba este modelo y salió en su búsqueda, aunque al cabo del último viaje cambió de idea.

La otra configuración propuesta del litoral asiático del Extremo Oriente colocaba entre el Quersoneso Aureo y el Océano Atlántico una segunda península, cuyas costas rebasaban ampliamente la línea del Ecuador. Este era el modelo que aceptaba Vespucio antes de emprender su supuesta tercera travesía a bordo de las naves portuguesas en 1501-1502.

Vespucio procuraba navegar hacia el sur las costas de la **"península adicional"** (O'Gorman, 1942) y encontrar el ansiado paso que lo llevase hacia la India primero y Europa después. Comienza entonces a recorrer la costa brasileña. Al no dar con el estrecho entra en la jurisdicción española consagrada por el Tratado de Tordesillas -en este momento los portugueses, para evitar compromisos, le entregan el mando al florentino-, insiste en su búsqueda, se introduce en el Río de la Plata que denomina Río Jordán, individualiza con el nombre de **Pinachullo Detentio** al que sería luego Cerro de Montevideo, sigue hacia la Patagonia hasta el río Cananor -entre los grados 45 y 47 de latitud Sur- y luego, decepcionado, retoma hacia las costas africanas (Sierra Le-

ona) y de allí a Portugal.

Colón emprende su cuarto viaje con las ideas impuestas por las experiencias del tercero. En efecto, el tercer viaje lo había llevado a la isla de la Trinidad y luego a Tierra Firme, a la región de Paria, donde las aguas dulces -no sospechaba el Almirante que allí desembocaba el gran río Orinoco- permitían colegir la proximidad del Paraíso Terrenal. Entonces supone que dio con un extensa tierra, tal vez un continente, colocado en la parte sudoriental del Asia. Sus cartas, inequívocamente, dejan entender que ha encontrado un nuevo mundo "de que jamás hubo noticia"'

El cuarto viaje, el último, se inicia en setiembre de 1502. Colón está ante un dilema: por un lado ha pedido intérpretes arábigos y credenciales ante los portugueses para emprender el viaje de circunnavegación; por el otro tiene interés en explorar el gran continente que imagina detrás del Río Dulce de Paria. En vez de orillar la isla Española, como había prometido a Fernando e Isabel, marchó hacia ella. Luego de la escala en la Villa de Santo Domingo sigue hacia el Oeste, se aproxima a la isla de los Pinos, entonces llamada Evangelista, explorada ya en el segundo viaje, y desde allí se lanza hacia el Sudoeste, en busca del cabo meridional del Quersoneso Aureo. Toca entonces la costa de Honduras, en el paralelo 16 de latitud Norte, y, creyendo estar en el litoral de Malaca comienza un duro cabotaje -indios bravos, enfermedades, vendavales- hacia el anhelado pasaje. Da con el cabo Gracias a Dios, nombre que justifica las pasadas desventuras y renovadas esperanzas, para enfilar por fin hacia el Sur. Pero el estrecho no aparece; la costa se prolonga cada vez más hacia el Oeste, y, aunque los naturales le hablan de minas de oro, que el Almirante ubica en Cochinchina -la Ciamba de la geografía de Marco Polo-, desiste finalmente y enfila hacia el Norte, hacia Jamaica, donde casi perece y es salvado por la hazaña de Diego Méndez, quien parte hacia la Española en una piragua a buscar una carabela que rescate lo que resta de la flota y la tripulación de Colón.

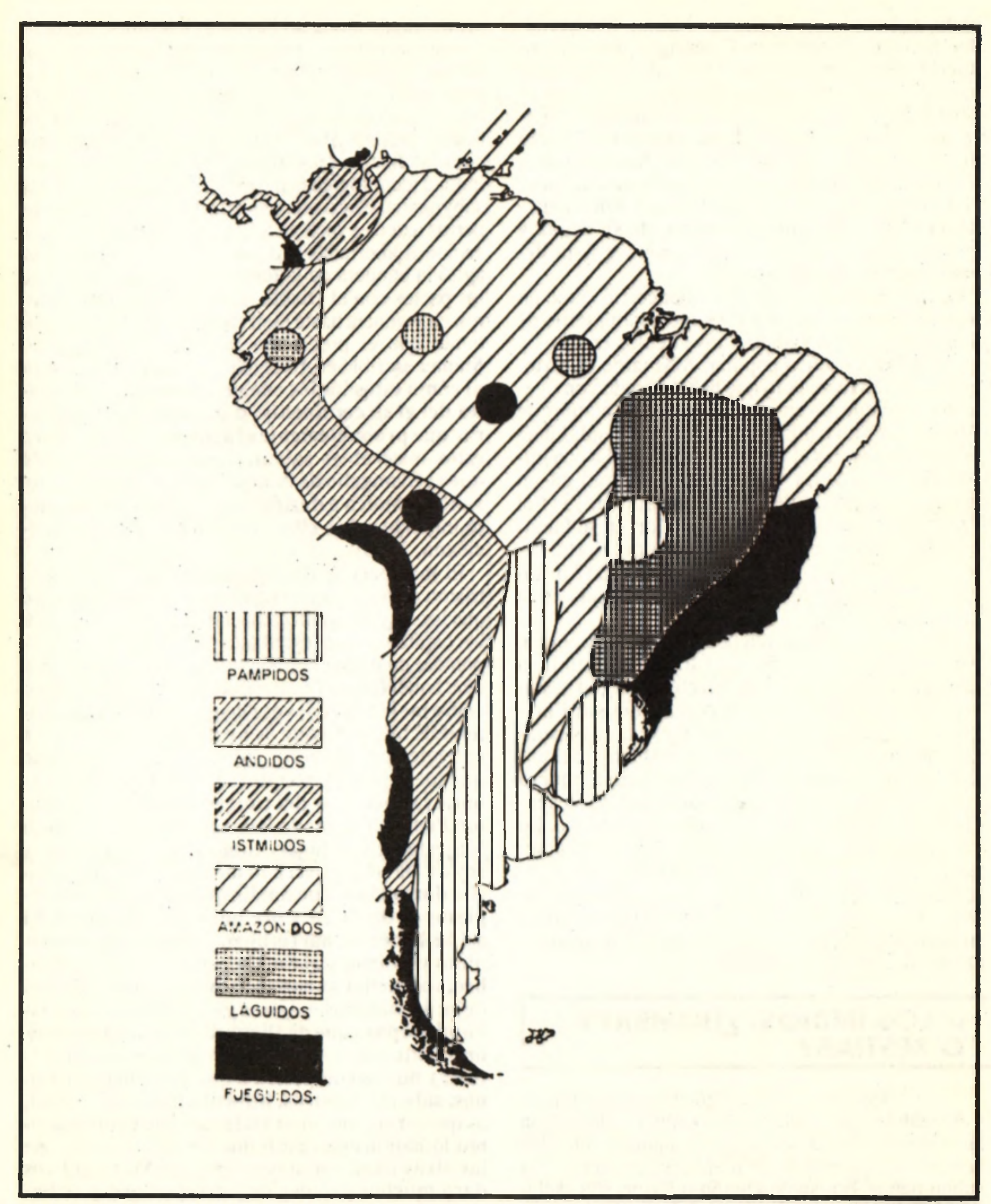
Los viajes de Vespucio y Colón desembocan en lo que O'Gorman ha llamado **"curiosa paradoja"** y resume así: **"En efecto, ahora se ve que el resultado y fracaso de los dos viajes destinados a solucionar aquel dilema acabó operando una inversión en los términos de su planteamiento inicial, porque así como Colón, al no encontrar el paso de mar que salió a buscar, se vio obligado a aceptar la tesis bajo la cual Vespucio emprendió su viaje, la que postulaba una península adicional del continente asiático, así, por su parte, Vespucio, al no dar con el acceso al Océano Indico que también se propuso localizar, se vio forzado, a su vez, a aceptar la tesis que Colón desechó, la que no admitía sino al Quersoneso Aureo como única península extrema oriental de Asia. Colón salió a probar que existía un continente austral desconocido y regresó con la idea de que todo era Asia; Vespucio salió a comprobar que todo era Asia y volvió con la idea de que había un continente austral desconocido."** (Op.cit.)

En la epístola Novo Mundo, cuyo texto original no se ha conservado, Vespucio describe a Lorenzo de Médicis las gentes y la naturaleza de las tierras recorridas en su larga navegación hacia el Sur, que le mostró "**las estrellas fijas en la octava esfera por nuestros mayores nunca vistas**". Los indígenas de uno y otro sexo "**van desnudos (...) tienen cuerpos grandes, bien plantados, bien dispuestos y proporcionados y de color tirando al rojo, lo cual pienso les acontece porque andaban desnudos son teñidos por el sol**". En cuanto a la tierra "**es muy fértil y amena y con muchas colinas, montes e infinitos valles y abundante de grandísimos ríos y salutíferas fuentes ricas en aguas y dilatadísimas selvas densas e impenetrables y copiosamente llenas de toda generación de fieras**". Todo esto es muy vago, muy poco preciso, como sabido de segunda mano. Sin embargo, y en definitiva, pese a las divergencias -y ulteriores convergencias- apuntadas, el florentino Vespucio y el genovés (¿judío?) Colón coinciden: se trata de tierras desconocidas pertenecientes al Asia. La idea del Paraíso también obsede a Vespucio, quien estima que "**si el Paraíso Terrestre en alguna parte de la tierra está, estimo que no estará lejos de aquellos países**".

✔ AMERICA ENTRA EN ESCENA

Las nuevas tierras ingresan a la geografía de la española Casa de Contratación con el nombre de Indias Occidentales. Nadie piensa denominarlas Colombia para honrar la memoria de su descubridor. Pero el nombre que se generalizará y convertirá en definitivo es el de América. "**América, la bien llamada**", agrega el argentino Roberto Leviller, quien ha escrito dos gruesos y grandes volúmenes con este título.

Las cartas de Vespucio, que andaban de mano en mano, noveleramente, por todas las capitales europeas, fueron estudiadas por un cartógrafo radicado en Sain Dié, un monasterio de Lorena. Dicho cartó-



■ *Distribución racial en América del Sur según Imbelloni ("Miscellanea" Paul Rivet, tomo I pág. 111, México 1958)*

grafo (y canónigo), el alemán Martín Walseemüller, las editó al final de su **Cosmographiae Introductio**, obra publicada en 1507, al año de haber muerto Colón. Al referirse a las partes del mundo del tríptico clásico expresaba Walseemüller: "**...pero estas partes ya son bien conocidas. Como pronto se verá Américo Vespucio ha descubierto una cuarta parte. ¿Por qué no llamarla Amerige o América, es decir, tierra de Américus - Americi terram- con el nombre de su sagaz y gran descubridor, así como Europa y Asia llevan nombres de mujeres?**"

La proposición de Walseemüller corrió como un reguero de pólvora desde el recoleto monasterio de Saint Dié impresionando a los círculos eruditos y ganando el consenso popular. Más tarde el cartógrafo alemán reconoció que había obrado con ligereza y suprimió, en un mapa posterior, el nombre de América. Ya no había remedio: las enmiendas iban cojeando mientras el nuevo nombre volaba con imparable fortuna. La voz América designó en un principio las tierras del hemisferio Sur; en 1541 el cartógrafo holandés Gerard Mercator, en su famoso planisferio, la extiende a la tierras del Norte. Pero cuando Américo Vespucio murió en 1512 ni soñaba que su nombre quedaría inmortalizado en la geografía del futuro.

Hay otra versión acerca del nombre de América. No contradice la anterior, puesto que en definitiva la enriquece y la corrobora. En efecto, según sostuvo Jules Marcou (**Nouvelles recherches sur l'origine du nom d'Amérique**, 1883) existe en Nicaragua una sierra llamada America o Americ (del tolteca **merik**, montaña, e **ike**, grande) cuya riqueza aurífera pudo haber atraído la atención de Vespucio, quien entonces tomó el nombre de Américo. De este modo el nombre de América, como un bumerang, habría partido hacia Europa con el navegante florentino y regresado al nuevo continente con las cartas geográficas. Pero esta variante no altera sustancialmente el proceso histórico de la denominación de nuestro continente.

✔ LOS INDIOS, ¿HOMBRES O BESTIAS?

Así como en la antigüedad clásica Platón y Aristóteles, pensadores aristocráticos, defendían la existencia de la servidumbre natural entre los hombres (los verdaderos hombres son libres; los subhumanos, por su condición inferior, son esclavos) hubo teóricos españoles del siglo XVI que sostuvieron la misma tesis en el caso de los indios. En primer lugar, como las Sagradas Escrituras no mencionaban el Nuevo Mundo sus pobladores no eran de las estirpes de los hijos de Noé sino animales con apariencia humana. En segundo lugar, estos seres desnudos, tontos, analfabetos (en realidad prealfabetos), desprovistos de armas de fuego, sin comercio ni industrias, justificaban en el plano de su orfandad tecnológica la irracionalidad mental que los subyugaba. Claro que una vez descubiertos los imperios azteca e inca ya no se pudo hablar de civilizaciones abortadas o detenidas, pero entonces se agitó la bandera de la idolatría, del paganismo, de los pactos con el Diablo. Estas ideas se mantuvieron en vigencia hasta bien entrado el siglo XIX a tal punto que el predicador norteamericano Cotton Mather escribió en 1820 que "**no sabemos cuándo ni cómo estos indios comenzaron a ser habitantes del gran continente; pero podemos conjeturar que probablemente el demonio atrajo aquí a estos miserables salvajes con la esperanza de que el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo no vendría nunca a destruir o perturbar su absoluto imperio sobre ellos**" (**Magnalia Christi Americana**, 1820)

El más notable documento acerca del etnocentrismo de los conquistadores es el **Requerimiento** que los Reyes Católicos hacían leer a los indios por los capitanes, ante escribano público, antes de emprender cualquier entrada militar. En su parte final dice aquel famoso e increíble mensaje: "**Por ende, como mejor puedo, vos ruego y requiero que entendáis bien esto que os he dicho, y toméis para entenderlo y deliberar sobre ello todo el tiempo que fuese justo, y reconozcáis a la Iglesia por señora y superiorar del Universo Mundo, y al Sumo Pontífice llamado Papa en su nombre, y a su Majestad en su lugar, como superior y señor y rey de las islas y tierra firme, por virtud de la dicha donación, y consintáis que estos padres religiosos os declaren y prediquen lo susodicho. Si así los hiciérais, haréis bien, y aquello que sois tenidos y obligados, y Su Majestad, y yo en su nombre, vos recibirán con todo amor y caridad, y vos dejarán vuestras mujeres y hijos libres sin servidumbre, para que de ellas y de vosotros hagáis libremente todo lo que quisiérais y por bien tuviérais; y no vos compelerá a que os tornéis cristianos, salvo si vosotros, informados de la verdad, os quisiéreis convertir en la santa fé católica, como lo han hecho casi todos los otros vecinos de las otras islas, y a más de ésto Su Majestad vos dará muchos privilegios y excepciones, y os hará muchas mercedes. Si no lo hiciéreis, o en ello dilación maliciosamente pusiéreis, certifícoos**



■ *El "muy bravo y colérico padre" pisotea y apalea a un cacique principal (Felipe Huaman Poma de Ayala,* ***Nueva Crónica y Buen Gobierno****, siglos XVI-XVII).*

que con la ayuda de Dios yo entraré poderosamente contra vosotros y vos haré guerra por todas las partes y manera que yo pudiere, y os sujetaré al yugo y obediencia de la Iglesia y de Su Majestad, y tomaré vuestras mujeres y hijos y los haré esclavos, y como tales los venderé, y dispondré de ellos como Su Majestad mandare, y os tomaré vuestros bienes y os haré todos los males y daños que pudiere, como a vasallos que no merecen ni quieren recibir a su señor y le resisten y contradicen; y protesto que las muertes y daños que de ella se recrecieren sea vuestra culpa, y no de Su Majestad, ni mía, ni de estos caballeros que conmigo vinieren y de cómo os lo digo y requiero, pido al presente escribano que me lo dé por testimonio signado."

No importaba que otra fuese la lengua y otra la concepción del mundo de los salvajes: se les requería cual si fueran políglotos letrados y si no entendían -¿qué otra cosa podía suceder?-, se les mataba y esclavizaba con las respectivas licencias legales.

Ante los europocéntricos prejuicios de los racistas que califican a los indios de **"perros inmundos"**, prejuicios agravados por las justificaciones que daba Fernández de Oviedo a los suicidios colectivos de los desventurados antillanos (**"muchos dellos, por su pasatiempo, se mataron con ponzoña por no trabajar, y otros se ahorcaron por sus manos propias"**) se levantó una generosa aunque limitada ola de protesta. Los indios, sostenían sus defensores, son humanos como los españoles; tienen un modo especial, extraño, de considerar los valores de la vida y los fenómenos de la naturaleza, pero tales particularidades no les privan de razón o de alma; son capaces de organizar imperios, de crear instituciones complejas, de mantener esplendorosas civilizaciones como la peruana o la mexicana; construyen ciudades, poseen códigos éticos, jerarquizan a sus sacerdotes, intelectuales y artistas; sólo se diferencian de los hombre blancos, en suma, al regirse por otras costumbres, acatar otros dioses y aceptar otras concepciones del mundo.

La discusión siguió por largo tiempo. Las Leyes de Indias, desde lejos, reflejaban los crecientes niveles del humanitarismo jurídico que brillaba por su ausencia en las entradas de los capitanes y los excesos de los comerciantes. El Padre Las Casas tomó el partido de los indios; Juan Ginés de Sepúlveda, un humanista, se pronunció, sin conocer el escenario ni la realidad humana de América, la bien saqueada, por la justa lucha contra ellos. Hubo un famosísimo debate entre ambos hacia el año 1550, y se prolongó hasta 1551. En él, Sepúlveda revivía los viejos argumentos de Santo Tomás de Aquino y sostenía que los indios debían ser tratados a sangre y a fuego pues sus pecados e idolatrías eran una ofensa a Dios.

Ya no se trataba de cuestionar la humanidad de los indios pues una Bula del Papa Paulo III, dada en 1537, los había declarado **"verdaderos hombres"**. Ahora, tesoneramente, se daba otra vuelta de tuerca a la ideología: guerrear contra los infieles está ajustado al Derecho pues la justicia terrena y la benevolencia divina amparan a los soldados y sacerdotes que luchan contra los insufribles paganos.

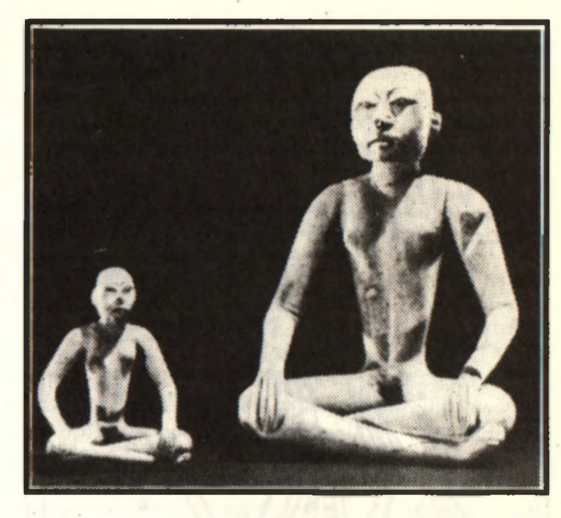
✔ EL ORIGEN DE LOS HABITANTES DE AMERICA

Un problema antropológico menor, pero no por ello menos virulento, desencadenó una po-

lémica multisecular llena de retorcidas argumentaciones. Si los indios eran humanos, como el Papa dictaminara, tenían que ser, necesariamente, emparentados con la progenie bíblica. En tal sentido Arias Montano sostuvo en el siglo XVI que los descendientes de Heber, el padre de los Hebreos, y de Sem, uno de los hijos de Noé, poblaron respectivamente el Perú y el Brasil. Otros pensaron en los Cananeos, echados de las tierras bíblicas por las invasiones hebraicas; otros, en fin, señalaban a los primos fenicios y cartagineses, idea que sobrevive en muchas cabezas calenturientas de nuestros días.

Los pueblos desaparecidos de origen semítico -cananeos, fenicios, cartagineses, las Doce Tribus perdidas de Israel- reaparecían así en América. La historia universal no podía tener lagunas. América, obligatoriamente, era una sucursal humana subrepticia del Viejo Mundo, aunque empobrecida cultural y mentalmente. El origen semítico de los indios otorgaba derechos de primacía a los conquistadores que llegaban desde la sede de la Religión, la Justicia y la Civilización hasta las playas del Nuevo Mundo para redimir un patrimonio refugiado y decaído entre los indios.

Hubo algunas voces sensatas entre tanto desacierto etnológico. Una de las más prestigiosas fue la del jesuita español Joseph de Acosta quien, en su renombrada y excelente **Historia Natural y Moral de las Indias**, publicada en Sevilla en 1590, luego de rebatir a los que defendían el origen semítico o el mítico (los supervivientes de la hundida Atlántida) señala premonitoriamente el origen asiático de la mayoría de los indios. Sus argumentos son sagaces y sencillos. **"Más así, a bulto y por discreción, podemos colegir de todo el discurso arriba hecho que el linage de los hombres se vino pasando poco a poco, hasta llegar al nuevo orbe, ayudando a esto la continuidad o vecindad de las tierras, y á tiempos á alguna navegación, y que este fue el orden de venir, y no hacer armada de propósito, ni suceder algún naufragio: aunque también pudo haber en parte algo de esto; porque siendo aquestas regiones larguísimas, y habiendo en ellas innumerables naciones, bien podemos creer, que uno de una suerte y otros de otra se vinieron en fin a poblar. Mas al fin, en lo que me resumo, es que el continuarse la tierra de Indias con esotras del mundo, a lo menos estar muy cercanas, ha sido la más principal y más verdadera razón de poblarse las Indias; y tengo para mí, que el nuevo orbe e Indias Occidentales, no ha muchos millares de años que las habitan hombres, y que los primeros que entraron en ellas más eran hombres salvages y cazadores, que no gente de República, y pulida."**



■ *Figulinas precolombinas sedentes, provenientes de Panuco, la Huasteca, México.*

La opinión de Acosta no prevaleció. Las divagaciones, en número casi infinito, prosiguieron a lo largo de los siglos. Alguna voz se levantó en la Argentina, como la de Florentino Ameghino, para protestar y dar vuelta como una bolsa las argumentaciones alóctonas: América es la cuna del hombre y no su último refugio prehistórico; de América partieron hacia el Viejo Mundo sucesivas migraciones integradas por los representantes primigenios del género humano; América no está en la periferia sino en el centro de la historia.

La argumentación de Ameghino fue científicamente destruida, en particular por el implacable Hrdlika, quien defendía la reciente llegada de los indios de Asia -sólo 10.000 años antes de nuestro tiempo y no los 40.000 que hoy se reconocen-; tam-

bién han sido destruidas las hipótesis de los continentes desaparecidos (Atlántida y Lemúrida), del origen europeo de los pieles rojas, del ancestro egipcio, ario (sic), español y africano de los indios del Nuevo Mundo. La antropología y paleoantropología contemporáneas han restituido las aguas a su nivel; todavía, empero, los difusionistas de cuño etnocéntrico, ultraconservadores en su mayoría, que todo lo hacen partir del Viejo Mundo, y los partidarios de la invención independiente, que proclaman el poder creativo del Nuevo, continúan la disputa en el terreno cultural. Ya nadie que se considere bien informado discute en cambio que el contingente indígena es de origen mongol, si bien se aceptan contribuciones atenuadas de tipos raciales protomorfos, es decir, pre-európidos y pre-mongoloides.

La multiplicidad de razas y culturas en América indígena echan por tierra la teoría del indio único sostenida por Antonio de Ulloa (**"visto un indio de cualquier región se puede decir que se han visto todos"**) y los prejuicios acerca de un desarrollo cultural abortado. Sin adelantarnos al análisis que se efectuará en la segunda parte de este estudio sobre las realidades de América, alcanza con la sola mención de los descubrimientos matemáticos de los mayas -el cero, por ejemplo- para reconocer la calidad y profundidad del pensamiento precolombino. Pero Europa no se resigna a considerar a los americanos de origen -o de nacimiento, en el caso de los criollos- como sus iguales. Otras argumentaciones vendrán para sujetarnos al carro de su imperio material y espiritual, para remachar las cadenas que pusieron a los naturales del Nuevo Mundo los buscadores de oro, los encomenderos, los plantadores, los ganaderos, los comerciantes, los piratas y los soldados de fortuna del antiguo continente.

✔ CORRUPCION Y DECADENCIA DE LA NATURALEZA AMERICANA

Un caballero francés del siglo XVIII, George-Louis Leclerc, luego conde de Buffon, ofreció, con su brillante estilo de amanuense del despotismo ilustrado, un cuadro negativo de las condiciones para el desarrollo de la vida en el Nuevo Mundo: **"Veamos por qué se encuentran reptiles tan grandes, insectos tan gordos, cuadrúpedos tan pequeños y hombres tán débiles en este Nuevo Mundo. Esto se debe a la calidad de la tierra, a la condición del cielo, al grado de calor y al de la humedad, a la situación, a la elevación de las montañas, a la cantidad de aguas corrientes o estancadas, a la extensión de las selvas, y sobre todo al estado bruto en que se ve allí a la naturaleza."**

Buffon amontona los más diversos argumentos, casi todos provenientes del determinismo ambiental que otros hombres de la Ilustración, como Montesquieu, convirtieron en una muletilla de tipo ecuménico. Ya los ingleses Denne (1597) y Daniel (1599) se habían referido en el crepúsculo del siglo XVI a **"esa porción inmadura de la tierra"** y al **"Occidente aún no formado"**, pero recién con Buffon, el naturalista, resplandece y se explicita la idea de una naturaleza hostil, de una fauna mezquina, de un hombre débil. En el nuevo continente no hay elefantes y los tapires son apenas su caricatura. Se desconocen los rinocerontes, los hipopótamos, las jirafas, y los micos no alcanzan a ser **"verdaderos monos"**. Si el europeo trata de aclimatar sus animales domésticos, éstos degeneran, empequeñecen, son más flacos y menguados que en su lugar de origen. Olvida el sabio francés que, lejos de los establos, convertidos en cimarrones, los ganados retroceden a su condición natural para encontrar en ella -remos finos y ágiles, guampas largas y agudas, piel gruesa a prueba de espinas y picaduras- las defensas que habían perdido con el refinamiento del cautiverio.

Luego las emprende Buffon contra la condición del miserable hombre americano que bajo **"un cielo avaro y sobre una tierra vacía"** vivía esparcido y errante **"dónde en lugar de usar ese territorio como dueño tomándolo como un dominio propio, no tenía sobre él ningún imperio; dónde, no habiendo sometido nunca a sí mismo, ni a los animales, ni a los elementos, sin haber domado los mares ni dirigido los ríos, ni trabajado la tierra, no era él mismo sino un animal de primera categoría, y no existía para la naturaleza sino como un ser sin consecuencias, como una especie de autómata impotente, incapaz de reformarla o secundarla: ésta lo había tratado más como madrastra que como madre, negándole el sentimiento de amor y el vivo deseo de multiplicarse, pues aunque el salvaje del Nuevo Mundo sea poco más o menos de la misma estatura que el hombre de nuestro mundo, esto no basta para que constituya una excepción al hecho general del empequeñecimiento de la naturaleza viva en todo ese continente. El salvaje es débil y pequeño por los órganos de la generación; no tiene vello ni barba y ningún ardor para su hembra"** (Obras completas, vol XV, París 1827-28)

9

Las argumentaciones de Buffon permiten que se escriba todo un libro destinado a destruirlas. El

hombre americano de las altas culturas, contrariamente a lo que afirma el sabio francés, había sometido a los animales, cultivaba la tierra mediante refinados métodos de irrigación -los bancales andinos y las chinampas mexicanas-, conocía la navegación transpacífica hasta las islas de Polinesia en grandes almadías de palo balsa, sabía reformar y secundar la naturaleza. En cuanto a las leyendas acerca de la impotencia del salvaje constituían una justificación más, entre tantas, de las que esgrimían los españoles para arrebatarles las mujeres a los indios y formar los increíbles serrallos que, como en el caso del asunceño, emulaban al propio "**Paraíso de Mahoma**". Hacia 1545 Alonso Riquel de Guzmán escribe en una carta a su padre: "**...estos son guaraníes y sírvennos como esclavos y nos dan sus hijas para que nos sirvan en casa y en el campo, de las cuales y de nosotros hay más de cuatrocientos mestizos entre varones y hembras, porque vea vuestra merced si somos buenos pobladores...**" Algo más tarde el religioso Martín González, a quien se tacha de exagerado, escribe en su carta de 1556: "**Querer contar e enumerar las indias que al presente cada uno tiene es imposible, pero parésceme que hay cristianos que tienen a ochenta e a cien indias...**" Entiéndase que las mujeres no sólo servían para la cama: eran sirvientas, cocineras y, fundamentalmente, labradoras. Para todo servicio, como piden hoy los avisos económicos de los diarios.

En definitiva, Buffon retorna a las ideas anteriores a la Bula Papal de 1537: los indios son animales de primera categoría, frígidos, débiles, sin "**ninguna actividad del alma**".

Todo el siglo XVIII francés -y por ende europeo- es una conspiración ilustrada contra el indio. Francia se disponía a ser potencia colonial, y tras ella Alemania aguardaba el turno que no le llegó para América pero sí para Africa y Oceanía.

El filósofo Voltaire, contemporáneo de Buffon, tenido por hombre equilibrado y crítico sesudo, también mira con desdén a los estúpidos indios, habitantes del continente del hambre -ya, y todavía, y quizá aún por mucho- que compensaba sus carencias alimenticias (una equivocada explicación de la antropofagia, que es ritual y no fisiológica) con bestiales banquetes de caníbales. **Estos seres imberbes y flojos**, prosigue Voltaire copiando a Buffon, **son el producto del aire malsano y los pantanos miasmáticos, de una flora solamente propicia para hacer venenos y emponzoñar las flechas.**

Un alemán se suma al coro de los denigradores. El abate Corneille de Pauw va más allá que sus camaradas enciclopedistas de Francia: América padece una naturaleza pervertida y decadente; el hombre que en ella vive es un perfecto degenerado que piensa como un niño y tiene el escaso vigor del viejo. El hombre de América no posee sensibilidad, es incapaz de todo progreso mental, vegeta como un incurable haragán casi al nivel de las plantas.

Toda esta reiterada letanía, dicha y afirmada en estilo grave y libros frondosos, reiteraba una vieja, falaz, interesada, concepción europocéntrica de la historia mundial. El aristócrata Joseph de Maistre da un paso más -o menos, según como se mire- y escribe en sus **Veladas de San Petersburgo**, quintaescencia del pensamiento reaccionario destilada en 1821: "**no había sino exceso de verdad en ese primer movimiento de los europeos que, en el siglo de Colón, se negaban a reconocer como semejantes a los hombres degradados que poblaban el Nuevo Mundo**". Algunos decenios antes, los anglosajones que estaban por emprender su marcha hacia el Oeste, marcha en la que avasallaron a los pieles rojas y mexicanos por igual, señalaban, por boca de Brackenridge (1782), la necesidad de extirpar de la faz de la Tierra a "**los animales llamados vulgarmente indios**".

Hegel será otro de los que la emprendan contra la inmadura América, cuya marginalidad de la historia universal decreta de una plumada. En el centro de una flor de tres pétalos -Europa, Asia y Africa- resplandece el cáliz creador de Alemania. Fuera de este epicentro prestigioso están los arrabales de la civilización, los candidatos a la gracia del benefactor yugo europeo.

En su **Filosofía de la Historia Universal**, 1830, el filósofo germano, racista y etnocéntrico, sostuvo que la cultura de los aborígenes de América "**había de perecer tan pronto como el Espíritu se acercara a ella**". Y agrega: "**América se ha revelado siempre y sigue revelándose impotente en lo físico y en lo espiritual. Los indígenas, desde el desembarco de los conquistadores, han perecido al soplo de la actividad europea**". Lo que Hegel no aclara es la naturaleza de aquella actividad. El caso es que los antillanos perecieron destrozados por los perros, degollados por las espadas y finalmente se entregaron a las prácticas del suicidio colectivo que humoristas negros españoles de la época calificaron como pasatiempo; los aztecas y peruanos cayeron arrollados por los caballos, mitológicos animales mitad hombre y mitad bestia; los pieles rojas fueron escopeteados sin piedad por los beneméritos pioneros; los patagones, cazados como guanacos; los mbayyá, contagiados de viruela por las "donaciones" de ropas sacadas a los cadáveres de los variolosos. Como se ve, una actividad tras-

cendida por el esplendor contemplativo del Espíritu.

La naturaleza americana es, para Hegel, menguada y mezquina. Pero Hegel no conocía nuestro continente ni sus potentes anacondas, ni sus jaguares de patas macizas y garras terribles, ni sus alces de alzada gigantesca, ni sus cóndores o águilas reales de vuelo altísimo, ni sus zorros de picardía casi humana, ni sus surubíes grandes como tiburones, ni sus sequoias californianos tan empinados como la catedral de Estrasburgo, ni sus ríos caudalosos como no los hay en la Tierra, ni sus montañas que empequeñecen a las de Europa, ni sus praderas como no se conocen en lado alguno tan gramadas y feraces. Por eso el filósofo se limita a repetir, y malamente, una lección que sirve para elefantes y jirafas pero no para el sapo cururú (**Rufus marinus**) ni para las anacondas (**Eunectes murinus**): "**En los animales mismos se advierte igual inferioridad que en los hombres. La fauna tiene leones, tigres, cocodrilos, pero estas fieras aunque poseen parecido notable con las formas del Viejo Mundo, son sin embargo, en todos los sentidos, más pequeñas, más débiles, más impotentes...**".

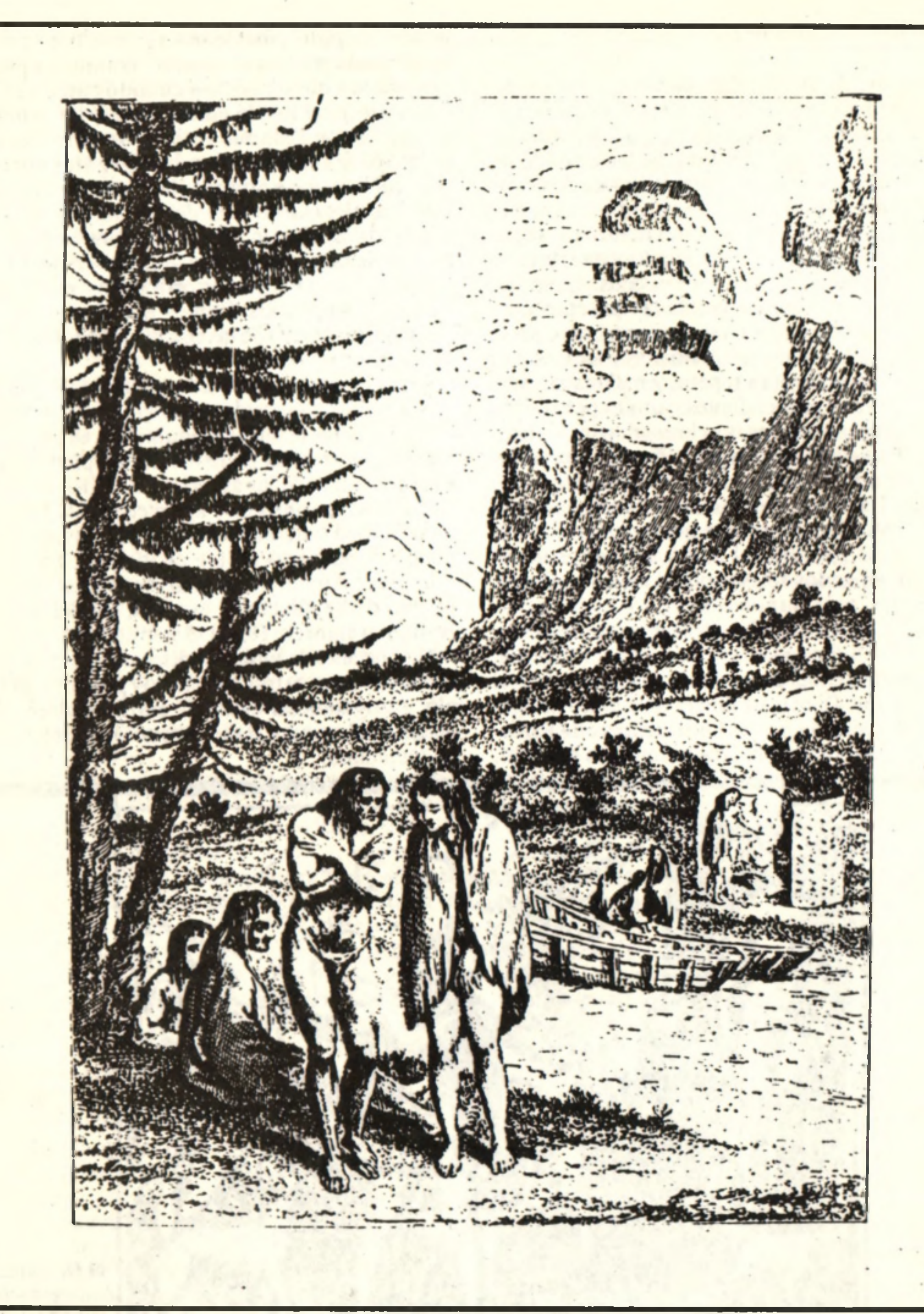
América, según Hegel, está al margen de la historia universal. Es todavía Naturaleza; el Espíritu, para fecundarla, debe quemarla primero hasta el hueso para que florezca sobre el mortuorio indígena la flor fecundada por las "**barreduras de Europa**". El corolario no se hace esperar: "**En general, todo el mundo americano se ha ido a la ruina, desplazado por los europeos**" porque los pueblos "**de cultura débil perecen cuando entran en contacto con pueblos de cultura superior y más intensa. En los Estados Unidos de Norteamérica todos los ciudadanos son inmigrantes europeos con quienes los antiguos habitantes del país no pueden mezclarse**". El deleite racista de Hegel queda al descubierto. Las prohibiciones de mixigenación racial están todavía vigentes en los EE.UU. donde indios, negros, portorriqueños, mexicanos y asiáticos ocupan los últimos puestos en la escala humana, más cerca de las categorías zoológicas que de las antropológicas.

¿Para qué proseguir? La población de América, conquistada, sojuzgada, explotada, por el poder de las armas y las técnicas maquinistas, es esclava por naturaleza, se halla fuera del divino plan tripartita, es el vaciadero de las escorias de todo el orbe. Bien está que se la sojuzgue y aproveche. Tal fue lo que hizo Europa durante largos siglos y lo que hoy repiten, en perjuicio de los aborígenes, mestizos o criollos de América Latina los herederos del pensamiento de Sepúlveda el español, Daniel el inglés, Buffon el francés, Hegel el germano.

No obstante, la vieja América indígena de ayer y la nueva América triétnica de hoy poseen signo propio y originalidad cultural, enriquecedores de la historia del mundo. A dicho acervo nos referiremos de inmediato.



■ *Desmanes de los españoles (Ilustración de T. de Bry, 1597).*



■ *Indígenas del estrecho de Magallanes (Historia General de los Viajes, Leipzig 1754).*

II. Inventario cultural del nuevo mundo

✔ AREAS CULTURALES DE AMERICA

La arqueología y la etnografía han demostrado desde ya hace mucho tiempo que las culturas indígenas son muy variadas en el Nuevo Mundo. Del mismo modo la antropología y la prehistoria nos ofrecen un panorama muy complejo de los distintos tipos humanos de América. No hay, por lo tanto, ni un solo espécimen racial (el **American homotype** de Hrdlicka) ni una sola vertiente cultural. Por ello debemos descartar como aviesas, o descuidadas, o imperfectas, las descripciones que emparejan a todos los indígenas bajo un denominador común, ya sea somático, ya sea psíquico. La imagen que de los aborígenes tenían los conquistadores y colonizadores españoles resplandece en la descripción de Fray Reginaldo de Lizárraga -escrita en 1599- que, a pesar de referirse a indios tan distintos como los del Perú, Chile o Río de la Plata, dejó de ellos este solidario estereotipo: "**En tractándolos mal sirven con gran diligencia; cuando tienen necesidad de nosotros con grandes humildades y subjeciones piden nuestro favor, pero si estamos en ella y con palabras mansas y amorosas les pedimos nos socorran, hacen burla de nosotros, mofando y escarneciendo. La gente más ingrata que hay en lo descubierto al bien que se les ha hecho o hace, por lo cual sólo por amor de Dios les hacemos bien, que de ellos esperar gratitud es vano. Es un ánimo más vil y bajo que se ha visto ni hallado en nación alguna; parece son realmente de su naturaleza para servir; a los negros esclavos reconocen superioridad: llámanlos señores (...) Es gente cobarde si hay en el mundo, de donde les viene lo que a todos los cobardes: son crudelísimos cuando ven la suya o son vencedores." (Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile).**

Los hombres de ciencia han efectuado una serie de clasificaciones de las culturas indígenas que pueden hallarse en los manuales de prehistoria o etnología, a las que me referiré en la sección III de este estudio.

Por ahora alcanza con decir que al tiempo de la conquista había en nuestro doble continente un grupo privilegiado de pueblos que había llegado a traspasar con holgura los umbrales de la civilización (zona mesoamericana, región andina), que un segundo grupo estaba integrado por plantadores tropicales de culturas medias, y que un tercer grupo, finalmente, formado por cazadores, recolectores y pescadores, se hallaba marginalizado en el norte y sur de ambos hemisferios o en las franjas costeras. Existían por lo tanto civilizados, bárbaros y salvajes cuando los españoles y portugueses iniciaron la empresa de someter los pueblos amerindios, hecho que fuera cáusticamente criticado por el rey Francisco I de Francia cuando quiso leer "**aquella cláusula del testamento de Adán en virtud de la cual se permite a los reyes de Castilla y Portugal repartirse la tierra entre ellos**".

Las altas civilizaciones de América indígena no alcanzaron tecnológicamente el mismo nivel que las europeas. Hubo algunas carencias básicas en sus acervos culturales que, por otra parte, compensaron en más de un sentido las ausencias reprochadas. En América no existió ganadería ovina ni vacuna, no se conocieron el fuelle ni la forja del hierro ni el arado, se careció de la rueda que mueve los carros y da alada plasticidad al torno del alfarero, no hubo ladrillos y no se construyeron bóvedas propiamente dichas con piedra clave, no se fabricó vidrio ni se tañeron jamás instrumentos musicales encordados.

Deben apuntarse, sin embargo, algunas excepciones. Hubo ruedas sin funcionalidad económica en los carritos votivos (¿o juguetes?) mexicanos; algunas tribus conocieron el arco sonoro; sólo los esquimales, con hielo, y los uru-chipayas del Titicaca, con tierra, construyeron bóvedas verdaderas. Pero lo que dio América al mundo fue tanto, ya en los aspectos artísticos, ya en los económicos, que el capítulo de las realidades del Nuevo Mundo será colmado con creces por este impresionante inventario de bienes y servicios.

Por razones de comodidad enumerativa dividiré el legado americano en una serie de parágrafos que podrían ser aumentados hasta alcanzar cada uno de ellos, por sí solo, el volumen de un libro. Dichos parágrafos se referirán sucesivamente a la agricultura y animales domésticos, metalurgia, arquitectura, artes y ciencias.

✔ EL ORIGEN Y LAS MODALIDADES DE LA AGRICULTURA AMERINDIA

Muchos difusionistas europeos como la italiana Laviosa Zambotti y el alemán Kunz Dittmer insisten en que la agricultura fue traída al Nuevo Mundo por migraciones transpacíficas desde el sudeste asiático y que incluso el maíz no es americano sino del Viejo Mundo. Hoy no pueden sostenerse ya más estas ideas (¿o ideologías?) gracias a los esclarecimientos de las pruebas del radio carbono 14. La agricultura surgió simultáneamente en Asia y en América. Las fechas proporcionadas por el radio carbono 14 son elocuentes: en Tamaulipas (Cañón del Infiernillo), México, se cultivaban porotos, calabazas y ajíes, antes de que se domesticara el maíz, hace cosa de 8.000 años; en Nuevo México (Bate Cave), EE.UU., ya existía una incipiente agricultura hace 5.600 años; en el Valle de Chicama (Huaca Prieta), Perú, se han encontrado niveles agrícolas que aparecieron hace 4.500 años, en los cuales se registran, mezclados con los productos de una economía de recolectores y pescadores, cultivos de algodón para hacer tejidos, de lentejas, porotos, ajíes y calabazas.

Los métodos de cultivo, al tiempo de la conquista, habían alcanzado, tanto en México como en el Perú, expresiones de refinamiento técnico que contradicen las opiniones peyorativas de los cronistas, quienes se asombran de la pobreza de la agricultura y la inexistencia de animales domésticos. En México había casi 400 localidades con intenso regadío de acequias; en algunas de ellas se construían complicadas defensas para evitar las invasiones de agua salitral; el cacao y las legumbres se producían profusamente donde hoy se cuartean bajo un duro sol los desiertos provocados por los desmanes de los conquistadores. Jerónimo López se queja en su Memorial **"que los naturales han recibido agravios ansí en haber sido robados e quitados sus haciendas, tierras e aguas con que se sustentaban. (...)especialmente que los vecinos de Tacubaya y (...) Cuyoacan** (que)**...tenían sacada antiguamente un agua que llevaban de la falda de la sierra (...) con la cual regaban sus panes en tierras estériles e con ella hacían muchas granjerías de huertas e legumbres con que se sostenían, con la cual dicha agua se sostenían más de veinte mil vasallos de vuestra majestad** (Carlos V), **la cual dicha agua el presidente les quitó e quebró la cañería, derecha a un herido donde fizo tres molinos con seis ruedas muy poderosas..."** El agua de las acequias y las islas artificiales de las antiguas chinampas beneficiaba en Mesoamérica todas las zonas donde no existían lluvias abundantes. En más de una ocasión se sorprende Cortés al ver **"que se riega todo, con muy buenas acequias que tienen bien sacadas y concertadas".**

También en el Perú el riego se conoció desde muy tempranas épocas. En el valle de Moche los cultivadores (que eran también excelentes marinos y ceramistas cuyas obras se pueden comparar con las mejores expresiones de la cultura helénica) construyeron una compleja y preciocista red de canales; cuando las partes bajas les salían al paso, los ingenieros levantaban terraplenes de hasta quince metros de altura. Las zanjas estaban muchas veces revestidas de grandes lajas y cuando los incas perfeccionaron estas técnicas dotaron a las acequias de compuertas de piedra. Los desiertos costeros y las laderas andinas conocieron el verdor y la gracia de la agricultura merced al entubamiento de los ríos, a los canales trazados matemáticamente y sobre todo por la construcción de andenes, terrazas o bancales, que de cualquier modo se les puede llamar.

Los andenes se evaden de la simple tecnología agrícola para transformarse en una de las obras representativas del genio arquitectónico de los incas. Las faldas de los montes de Ollantaytambo, de Urubamba, de Pisac y de Yucay muestran hoy los esqueletos sin piel vegetal de aquellas gigantescas construcciones que tapizan con sus escalas de piedra desde los valles hondos hasta las cimas de las montañas de mediana altura. El agua bajaba de terraza en terraza mediante un sistema de canales y pasos que se prolongaban, en las tierras bajas, quilómetros y quilómetros de longitud. Las pirámides

de Egipto son más espectaculares, o quizá más celebradas por los escritores, historiadores y artistas que estas obras colosales que no le van para nada en zaga y que, como aquéllas, requirieron la presencia de miles de trabajadores (los **mitayos**, explotados por los señores del imperio incaico).

En contraposición con estas obras de ingeniería hidráulica de los mesoamericanos y peruanos, realizadas merced a una férrea centralización del poder en lo que se ha dado en llamar (luego de los estudios de Wittfogel) el "Estado Militarista de Regadío" (Steward), el instrumental agrícola era pobre. No existían animales de tiro y las faenas del campo se cumplían con la **coa** (palo de plantar) entre los aztecas y la **taclla** (pala de pie) entre los incas, ambos muy poco eficientes. Sin embargo el catálogo de la agricultura precolombina es impresionante y demuestra que las civilizaciones amerindias fueron paradójicas, asimétricas, con predominio de los elementos de ingeniería colosalista sobre los de artesanía doméstica. La piedra o el barro triunfaron sobre la madera y el metal; el alto rendimiento de una maquinaria adecuada, o por lo menos de un instrumental rico, ambos inexistentes, fue compensado por la presencia de ejércitos de labradores, libres o esclavos, pero todos controlados por un estado omnímodo, reglamentarista, teocráticamente investido, y beneficiario máximo del trabajo agobiante de los hormigueros humanos.

✔ LAS CIVILIZACIONES DEL MAÍZ

Los cereales son la base alimenticia de la civilización. Sobre el ondular de las doradas espigas crecieron las ciudades, se edificaron los templos, proliferaron los artistas, se propagó la cultura. El hombre es lo que come, escribió Feuerbach, y no le faltaba razón al viejo maestro. Los comedores de carne, de moluscos, de hormigas, de raíces, de cortezas, son los rezagos de la civilización humana. Los comedores de arroz fundaron las altas culturas del Indus y del Hoang Ho; los comedores de trigo hicieron nacer las civilizaciones de la Media Luna de las Tierras Fértiles (Mesopotamia y Egipto), el pensamiento filosófico de los griegos y el poder imperial de los romanos; los comedores de maíz de las altas mesetas andinas y mesoamericanas constru-



■ *Indios de la Florida trabajando la tierra. Los hombres cavan; las mujeres siembran. (Ilustración de Th. de Bry, 1597).*

yeron las ciudades del Nuevo Mundo, que llegaron a tales gracias al campo y su contribución alimenticia.

Las civilizaciones del maíz, urbanas, imperialistas, sedes del lujo y el ocio del poder, fueron el blanco predilecto de los capitanes españoles, aves de presa encandiladas por el boato de las primicias metalíferas, insaciables en su exigencia de plata y oro, explotadores sin escrúpulos del indio para enriquecer rápida y descomedidamente.

Decir que el maíz constituye el sostén alimenticio de las altas culturas no equivale a proclamarlo como el único alimento valioso. La agricultura de América indígena fue variada, por momentos espléndida en su cantidad y calidad. Pero el valor, la extensión y los distintos tipos de este cereal, incorporado al mundo religioso y al simbolismo artístico, le otorgan la principalía en el catálogo de las plantas cultivadas.

Ya no existen dudas de que el maíz es originario de América. Los antiguos cronistas y los herborizadores del Renacimiento le llamaron **granoturco**, o trigo turco, confundidos por su semejanza externa con el trigo sarraceno que los turcos habían introducido en Europa y que, por otra parte, no era un verdadero cereal. Cuando Ulrich Schmidl describe a los Surucusis se le van los ojos detrás de las indias y admira la alimentación variada de la comunidad: **"las mujeres son muy lindas y no tienen nada tapado en su cuerpo y andan desnudas, como nacieron de su madre, y ellos tienen trigo turco, mandioca, maní, batatas y otras raíces más, pescado y carne en abundancia"** (**Derrotero y Viaje a España y las Indias**, 1567).

El maíz (**Zea mays**) ya se daba en la meseta mexicana hace 7.500 años, como el equipo del investigador Mangelsdorf lo puso de manifiesto al encontrar en una caverna espigas de maíz salvaje, antecesor hoy ya extinguido de las especies cultivadas en vastas zonas de América. El nombre de esta especie proviene del área caribe, la primera que tocaron los españoles y la que consagró la denominación. Los quechuas lo llamaban **sara**, los guaraníes **avatí**, los mexicanos **tlaolli**, los araucanos **hua**. La tan conocida voz chacra, que los españoles escribían chácara, viene del quechua **chajra**, que significa a la vez planta y plantación de maíz. El nombre del maíz morocho -y por ende de todos los morochos metafóricos, y tan reales, de nuestro continente- deriva del quechua **muruchu** (duro) y el del **pisingallo**, padre del rico pororó, también proviene del quechua **pissankalla** (reventado)

Los cronistas no han sido cortos en alabar el maíz, que tan bueno fue para sostener la alimentación



■ *Caza - danza - juego de los Natchez alrededor de un ciervo. (Dibujo de Page du Pratz en su Histoire de la Louisiane).*

de los caballos en las altas mesetas privadas de hierbas. El padre Acosta dice: **"El maíz es de tanta sustancia como nuestro trigo (...) hácese pan del (...) porque lo muelen y con agua lo amasan, y en una cacuela cuecen unos bollos que dello se hacen; y háse de comer fresco, acabado de hacer..."** (Historia Natural y Moral de las Indias, 1590) Acosta se refiere a la preparación del tlaxcalli azteca, que le dio nombre a la ciudad de Tlaxcala, cuyo principal atractivo era comerlo bien caliente. Pero el maíz servía también para hacer tamales (**tamalli**), una especie de pastel relleno de carne o legumbres hervidas, para preparar sopas de harina de maíz o atoles (**atolli**), para elaborar el **pozol**, una bebida fabricada con la masa de maíz agria mezclada con agua que sacaba la sed de los caminantes.

Los antiguos peruanos no cocinaban previamente el maíz como en Méjico para convertirlo en una masa luego: los granos, bien oreados, se molían hasta lograr una harina mediante morteros de piedra. Lo más común, sin embargo, era comerlo directamente de la mazorca hervida o asada, como se hace en el Río de la Plata.

Las relaciones entre maíz y religión, tan fecundas entre los mayas, o entre maíz y arte, tan profusas en la cerámica peruana, no pueden ser tratadas en este breve trabajo. El valor alimenticio del maíz, que es el punto que nos interesa y el que condiciona, como reconocida y reverenciada infraestructura, la vida de las comunidades indígenas, halla su expresión más alta en el área maicera sierral (Cooper), se extiende al área silval, pero en sus rebordes, pues aquí predomina la mandioca, y llega a invadir ciertas zonas del área marginal, como en el caso de los EE.UU., enfrentando a los cultivadores con los cazadores nomádicos.

El maíz se siembra en las tierras altas, preferentemente, aunque llega a prosperar hasta en los desiertos costeros. En la costa peruana, por ejemplo, donde los indígenas usaban el guano como abono y las lluvias eran -y son- casi inexistentes, se utilizaban procedimientos tan curiosos como el de meter cada grano dentro de la cabeza de una sardina "**por la mucha cantidad que hay en aquella costa.**" (Vargas Machuca: **Milicia y descripción de las Indias**, 1559)

✔ EL REPERTORIO ALIMENTICIO

Con haber dado solamente el maíz a la alimentación del mundo ya América estaba cumplida. Pero el inventario de plantas cultivadas, de frutos, de especies medicinales e industriales que traspasa a las civilizaciones del Viejo Mundo es impresionante. Vamos a enumerar rápidamente estas especies, sin detenernos en particularidades interesantísimas, que los actuales consumidores de aquéllas ni siquiera sospechan.

Papa (**Solanum tuberosum** y variedades). Este tubérculo se supone, según algunos etnobotánicos, originario de la costa meridional de Chile; su cultivo se prolongaba hasta Colombia, verdadero hogar del mismo, según otros investigadores. Dice Acosta que "**donde el temperamento es tan frío y seco que no da para criarse trigo, ni maíz (...) usan los indios otro género de raíces que llaman papas, que son a modo de turmas de tierra y echan arriba una poquilla hoja**". Agrega que "**secándolas y curándolas hacen dellas lo que llaman chuño, que es el pan y sustento de aquella tierra**" (**Op. cit.**) La papa, que tanta gravitación tuvo en la economía europea -los pobres de Polonia e Irlanda vivieron gracias a su consumo-, fue llevada por Gerónimo Cardano a Galicia y el pirata Drake, en 1578, la arrancó de las costas chilenas sin imaginar que le entregaba a Europa nórdica el más rico y perdurable de sus botines.

Racacha (**Arracacia esculenta**). Los indios cultivaban este apio, una raíz perfumada con alta proporción sacarígena, en las zonas situadas por encima de los 1.000 m sobre el nivel del mar.

Yuca o mandioca (**Manihot esculenta, Manihot utilissima, Manihot aipi**). La gente de las culturas silvales, ubicadas en la América tropical, practicaba quemas en los bosques y, en los calveros sembrados de cenizas, entre los tocones carbonizados de los árboles, sembraba una raíz de buena calidad alimenticia. Los haitianos le llamaban **yuca**, los mexicanos **guacamote** y los tupí-guaraníes **mandioca**. "**Es la yuca una raíz grande y gruesa, la cual cortan en partes menudas y rallan, y como en prensa la exprimen, y lo que queda es una torta delgada y muy grande y ancha (...) así seca es el pan que comen; es cosa sin gusto y desabrida, pero sana y de sustento...**" (Acosta, Op. Cit.).

La preparación del **cazabí** -nombre indígena de la torta en la región circuncaribe- requería técnicas depuradas y se utilizaba el **sebucan** para lavar la raiz rallada a efectos de despojarla del ácido hidrociánico, un veneno violento y mortal. Todavía se consume mucho cazabe en América tropical. El habitante de nuestras zonas ganaderas acompañó en el pasado el monótono consumo de carne con la fariña, harina de tapioca (del guaraní **tapiog**) extraída de la mandioca seca y rallada. También se utilizaba hervida en forma de pirón. Ambos alimentos todavía se usan en las zonas fronterizas con el Brasil.

Porotos (**Phaseolus**). La voz poroto deriva del quechua **purutu** y sirve para designar genéricamemt a las cuatro especies originarias de América cuya difusión mundial ha llevado a los hogares proletarios una leguminosa barata y benefactora. Los fasoleos o judías europeas pertenecen a otras especies, ya que el género reconoce ciento ochenta variedades. Los pallares o porotos de manteca (**Phaseolus lunatus**) se prefieren en sus variedades blancas pues las moteadas, que en los rituales precolombinos del Perú se utilizaban para jugar a la payana (del quechua **pallani**, recoger lo caído), tienen ácido cianhídrico. Las otras variedades son los frijoles **ayecotes** o gordos de México (**Ph. multiflorus o coccineus**), los teparis (**Ph. acutifolius**) y los vulgares porotos (**Ph. vulgaris**).

Otras especies alimenticias de primer orden salidas de las sementeras de América hacia el mundo son el **maní** (**Arachis hypogaea**), llamado **inchi** por los incas, **cacahuate** por los aztecas y **mandubí** por los guaraníes; la batata (**Ipomoea batata**) conocida también por los nombres de **cumara**, **api-**

chu, **camote** y **aje** en las distintas regiones andinas; el tomate o jitomate (**Lycopersicum esculentum, Lycopersicum peruvianus, Solanum lycopersicum**) extendido por el área del Caribe y las mesetas mexicanas; la quinua (**Chenopodium quinua**) cuyo valor alimenticio científicamente analizado justifica la difusión de su consumo benefactor en las tierras altas de los Andes -"**es el mantenimiento ordinario de los naturales (quienes) hacen della comida y bebida**" escribe el geógrafo López de Velasco-; el cacao (**Theobroma cacao**), padre del exquisito chocolate (**xocoatl** en nahua) que llegó a España en 1520 y un italiano, Carletti, contrabandeó a Florencia en 1606, y cuyo consumo, como dice Acosta, hacía morir de gusto a las españolas hechas a la tierra del Nuevo Mundo; el maguey o pita, cuyas especies **Agave atrovirens**, de donde se extrae el pulque, una bebida preparada con su zumo fermentado, **Agave mexcal** y **Agave tequilina**, que originan el mezcal y el tequila, fermentado el uno y destilado el otro, tienen especies hermanas de utilización industrial, como luego veremos; el ají o chile (**Capsicum annuum**), llamado por Acosta "**pimienta de Indias**", que se consumía y consume en enormes cantidades en los países tropicales donde la carne necesita ser adobada para que no se corrompa; las calabazas, con veinte especies del género **Cucurbita** una de la cuales, **Cucurbita máxima**, denominada **sapallu** en quechua, es el vulgar zapallo de nuestros pucheros campesinos y ciudadanos; y así siguen la jíquima o jícama (**Pachyrrhizus tuberosus**), una especie de nabo de efecto refrescante "**que mata la sed comiéndolo**"; la oca (**Oxalis tuberosa**), un tubérculo puneño con gusto a castañas; el ulluco (**Ullucus tuberosus**), otro sabroso tubérculo -papa lisa- que se como cocido; la achira (**Canna edulis**) de gordos rizomas ricos en féculas; el famoso jamaichepeque (**Maranta arundinacea**) cuya harina, llamada **arrow root**, se ha difundido por todas las zonas tropicales del planeta; la ajipa (**Pachyrrrizus ajipa**) que produce chauchas en su tallo y esconde un estimable tubérculo bajo tierra; el yacón (**Polymnia edulis**) de raíces carnosas; el mango (**Bromus mango**), un cereal que hasta mediados del siglo XIX cultivaban los indios del sur de Chile.

✔ ARBOLES FRUTALES

De acuerdo con las modalidades alimenticias de las poblaciones prehispánicas en América puede establecerse, a grandes rasgos, una tripartición etnográfica: los pueblos espermófagos comían fundamentalmente granos, en particular el maíz y el poroto; los pueblos rizófagos se alimentaban de raíces y tubérculos; los pueblos carpófagos, situados en las zonas tropicales y boscosas, consumían predominantemente frutos.

Los cronistas han dejado incisivas descripciones acerca de los cultivos de los indios en las tierras bajas; hasta el apresurado Gaspar de Carvajal, que navegó con Orellana el curso del Amazonas, advierte que en esa zona "**había caminos hechos a mano, y de una parte y otra sembrados árboles de fruta**" (**Relación del nuevo descubrimiento del famoso río Grande de las Amazonas**, memoria inédita publicada en 1894).

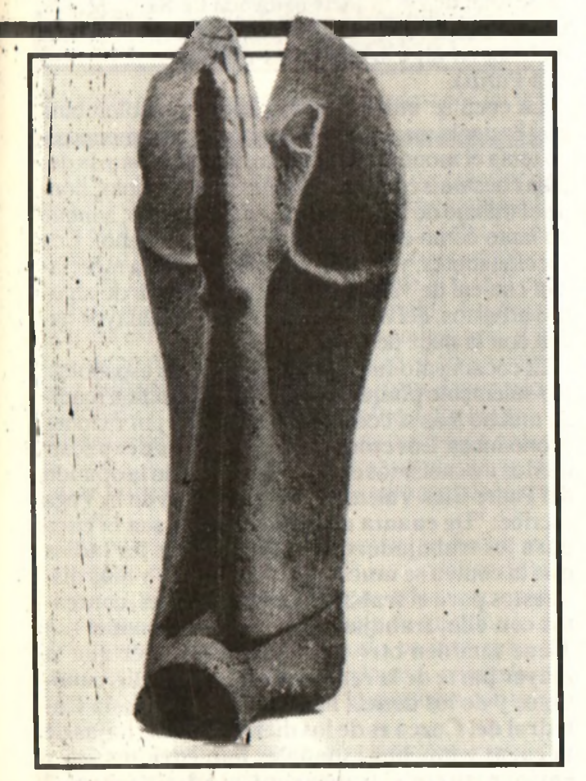
La actitud primitiva de los conquistadores y colonizadores fue adversa para las frutas indígenas. El jesuita Bernabé Cobo se expresa con prevención acerca de ellas: "**Todas las frutas que son naturales deste Nuevo Mundo tienen por propiedad, generalmente hablando, ser frías y húmedas, por donde muchas dellas son indigestas y poco sanas; lo cual procede de ser la tierra muy húmeda y madurar casi todas ellas en tiempo de invierno; y esto nace de ser estas frutas de tal calidad que cuando verdes no están agrias ni acedas como las de Europa, sino ásperas y secas...**" (**Historia del Nuevo Mundo**, 1653). El cúmulo de prejuicios europocéntricos no deja ni siquiera en paz a las inofensivas si que deliciosas frutas de América a las cuales se las priva de "**sabor, olor y efectos de bondad**" (Francisco Morales Padrón: **Aspectos de la cultura de los indios muzo (Alto Magdalena)** escrita a mediados del siglo XVII, publicada en 1958) o se las hace heder a chinche, como las guayabas.

No obstante, en el siglo XVIII, algo disipados estos juicios peyorativos que parecían nacidos de un etnocéntrico rechazo, se tranparenta, una vez más, el sesgo interesado de las opiniones. Javier Eder, un jesuita que vivió mucho tiempo en Bolivia, hacia el Oriente tropical, expresa en 1791: "**Omito hablar de muchos otros frutos para no aumentar el volumen de la obra, y para que el lector no adquiera demasiada afición a los frutos americanos y repugnancia a los nuestros, con perjuicio de los vendedores**" (**Descripción de la Provincia de los Mojos en el reino del Perú, 1888**).

Los plantíos de frutales de la época prehispánica fueron asolados por los conquistadores y a veces por los indios, que practicaron estratégicamente la política de tierra arrasada ante la invasión de Occidente.

Para los que aún creen en la perfecta policía y hu-

manitario proceder de aquellas aves de pico encorvado vale la pena transcribir algunas descripciones de los cronistas de la época. Cieza de León advierte con lástima: "**El Adelantado mandó mudar el real a la tierra del señor Picara, para que fuese destruído un crecido cerro muy poblado y lleno de arboledas y de maizales, que por ser tan bien labrado le posimos por nombre Morro Hermoso (...) Estuvimos algunos días en Morro Hermoso arruinando a todos los pueblos a él comarcanos, talando los mantenimientos**" (Guerra de Quito, publ. en 1909). El siglo XVI fue el siglo de la Gran Destrucción. Cuando el gobernador de Nicaragua entra en Corotopa (1541) lo hace "**prendiendo los caciques, matando indios, matando y destrozando toda la tierra e los árboles de frutas que los indios tienen para sus mantenimientos y los cacaotales e los árboles de plantas**" (León Fernández: **Colección de documentos para la historia de Costa Rica, VI, 1909**). Por su parte el paso de los ejércitos de Juan Graciano y Luis Bernal en 1539 por la provincia de Guaca no dejan nada en pie al punto que cuando viaja por la zona Jorge Robledo comprueba que: "**estaba todo destruído e abrasado por las armadas de Cartagena, que por allí habían pasado, que era la mayor lástima del mundo ver las arboledas y frutales y asientos de bohíos y fuentes hecha a mano, que todo estaba destruído**" (Jacinto Jijón y Caamaño: **Sebastián de Belalcazar**, II -Quito-, 1909).



■ *"Palma" esculpida en piedra por la cultura de Tajin, Veracruz Central, México.*

Es imposible enumerar todo el gigantesco catálogo de frutos, no recolectados sino cultivados, de la América tropical. Alcanza con que indiquemos las especies que se incorporaron al mercado mundial con perdurable acepción y creciente demanda.

La piña, ananá o abacaxí (**Anana sativus**) es el fruto más renombrado; a su lado, empero, figuran sin desmedro el aguacate o palta (**Persea americana, Persea gratissima**), la anona o guanábana (**Annona reticulata**), el chayoto (**Sechium edule**), la chirimoya (**Anona cherimolia**), la guayaba (**Psidium guajava**), el mamey (**Calocarpum mammosum**), la papaya (**Carica papaya**), la parota (**Enterolobium cyclocarpum**), la pitahaya (**Acanthocerus pentagonus**), la tuna, nopal o higo chumbo (**Opunta ficus indica**), y tantos más. (Consúltese al respecto el excelente libro de Victor Manuel Patiño, **Plantas cultivadas y animales domésticos en América Equinoccial**, I -Frutales-, Cali, 1963)

✔ ESPECIES DE VALOR INDUSTRIAL

Este rubro es tanto o más importante que los anteriores. La utilización restringida o local que hacían los pueblos de América de algunos cultivos no alimenticios se convirtió, bajo la capitanía del capitalismo industrial, en explotación del hombre y en empresas de vastas proyecciones remunerativas. Vamos a enumerar algunos de los cultivos que ayer ocupaban a los pequeños agricultores indígenas y que hoy propician, tanto en América como en el resto del globo, la figura económica de la gran plantación.

Caucho o hule. Hay en América muchas plantas productoras de latex (**Hevea brasiliensis, Hevea guayanensis, Ficus elastica, Hevea pauciflora, Castilloa elastica, etc.**). El nombre caucho deriva del tupi cauchu, impermeable, y hule del mexicano ulli, gomo, que denominó al misterioso pueblo de los olmecas, al que nos referiremos en un parágrafo posterior. Europa conoció al caucho en 1740 por el francés La Condamine; Goodyear logra vulcanizarlo en 1839 mediante el empleo del azufre; en 1876 el holandés Whickham lo aclimata en las Indias Holandesas y provoca el colapso del ciclo de la

borracha y la recolección seringueira en el Brasil.

Algodón. No es esta especie exclusivamente originaria de América ya que en el Asia hay también variedades nativas. Sucedió, empero, que las dos especies del Nuevo Mundo, el **Gossypium hirsutum** y el **Gossypium barbadensis**, han desplazado a las especies asiáticas por la calidad, el largo y la suavidad de la hebra. Algodón es un nombre árabe; en América se le conocía por utcju en idioma quechua mientras que para los aztecas es **inichacatl intetechmonodequi ("el indispensable algodón")**. Ulrico Schmidl en su **Viaje**, ya citado, dice que los guaraníes lo cultivaban "**muchísimo**"; en este caso debe tratarse del **Gossypium peruvianum** en su variedad brasiliense. Los antiguos peruanos recogían seis especies de algodón, todos de distintos colores, que iban desde el blanco inmaculado al pardo rojizo y aprovechaban para contrastar los tejidos sin necesidad de emplear los tintes.

Chicle. Quizá sean pocos los mascadores mundiales de **chewing gum** (ese infernal producto comercial que proporciona a hombres y mujeres un disparadero masticatorio para su angustia y los exhibe, ya como tranquilos rumiantes, ya como frenéticos roedores) que sospechen el origen de su vicio. Cuando llegaron los españoles encontraron masticadores de chicle en México, en particular en el país de los zapotecas. Con el nombre de xicotzaputl se designaba la resina de un árbol, hoy llamado chicozapote (**Achras sapota**), que los señores de la antigua Mesoamérica gustaban "**revolver**" en su boca, como lo consignan muy precisos cronistas.

Henequén. Ya dijimos que la extensa familia de los agaves, que desde el siglo XVII decora los paisajes mediterráneos del Viejo Mundo, conocía, además de las variedades utilizadas para hacer bebidas embriagantes, algunas especies industriales. El hilo sisal, originario de Yucatán, proviene de las variedades **Agave furchoydes y Agave sislana**; a su vez el ixtle, otro textil, se saca de las especies **Agave heterocantha y Agave funkiana**.

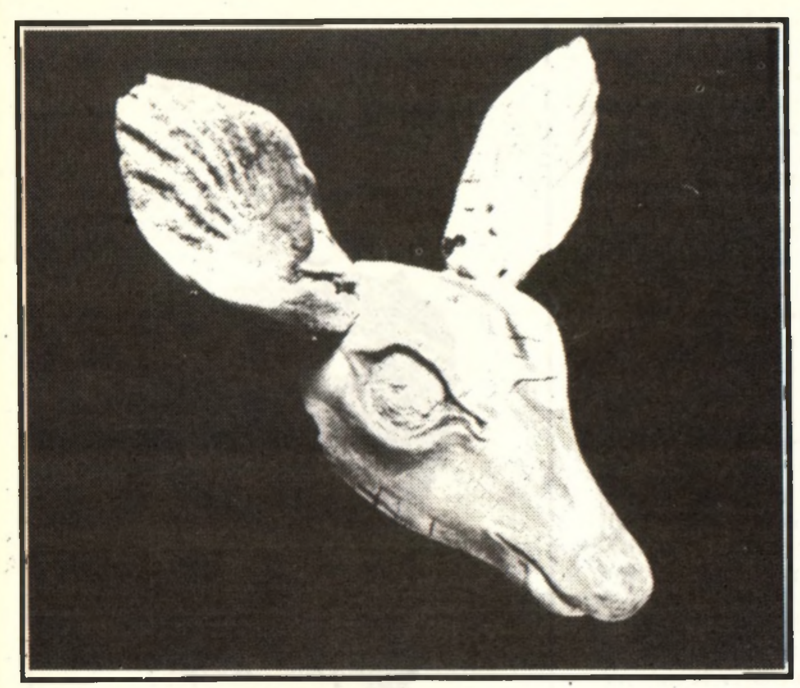
¿Otras plantas de utilización industrial, que a un tiempo son alimenticias o estimulantes, están representadas por un vasto repertorio: el girasol (**Helianthus annus**), cuyas simientes son "**como pepitas de melón**" y cuya flor es la mayor "**y más particular que jamás se ha visto, porque es mayor que un gran plato**" (Nicolás Monardes: **De todas las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales**, 1569); el tabaco (**Nicotiana tabacum**) usado ritual y profusamente por los indígenas y transformado en uno de los vicios sociales más arraigados en el mundo entero; la yerba mate (**Ilex paraquayensis**) denominada caa-guazú por los guaraníes y bebida en una calabacilla (**Lagenaria siceraria**) llamada **mate** o **puru** (poro) por los quechuaparlantes y **caiguá** por los guaraníes, cuya bombilla indígena provenía de la cañita de una bambusea, el **tacuapí**; el urucú (**Bixa orellana**), una tintórea tan importante como lo fueran en la época, antes del surgimiento de las anilinas sintéticas, sus similares el palo de campeche (**Haematoxylon campechianum**) y el añil o índigo (**Indigofera suffructicoca, Indigofera tinctorea**).

✔ PLANTAS MEDICINALES

Es preciso dedicar alguna atención, en primer término, a una especie que puede catalogarse también en el rubro de las estimulantes o narcóticas, según los casos, y que desempeña un papel social de primera categoría en las comunidades indígenas andinas de la actualidad. Se trata de la cuca, a la que los españoles denominaron coca (**Erythroxylon coca**), cuyas tres variedades cultivadas se extienden desde la Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia, hasta los yungas de Bolivia, penetrando, incluso, en algunas regiones tropicales del Brasil (río Purus).

La coca se utilizaba en la época precolombina con bastante mesura. Parece que el gobierno incaico tenía el monopolio sobre su distribución y la dejaba consumir con fines rituales o en la minas, donde el trabajo de los indígenas era muy duro, aunque no tanto como después bajo el látigo español. Los succionadores, y no mascadores de coca la mezclaban con cal de valvas calcinadas o ceniza de algunos arbustos, del mismo modo que los malayos hacen con la nuez de betel.

El cocainismo fue estimulado por los españoles. No solamente porque los desnutridos indios rendían mucho más si consumían coca sino por razones económicas. Los cronistas se encargan de explicarnos los mecanismos de aquéllas. Citando la opinión del Padre Blas Valera el Inca Garcilaso de la Vega escribe: "**De cuanta utilidad y fuerça sea la cuca para los trabajadores se colige de que los indios que la comen se muestran más fuertes y más dispuestos para el trabajo; y muchas veces, contentos con ella, trabajan todo el día sin comer (...) Tiene también otro gran provecho, y es que la mayor parte de la renta del obispo y de los canónigos y de los demás ministros de la Iglesia Catedral del Cozco es de los diezmos de las hojas de la cuca; y muchos españoles han enriquecido y enriquecen con el trato y contrato desta yerva...**" (**Comentarios Reales de los Incas**, 1609).



■ *Cabeza de venado esculpida en madera por los indios calusa de la Florida, siglo XV.*

Ya Cieza de León había revelado las grandes ganancias del gobierno y los particulares obtenidas merced a la difusión masiva de la coca entre los nativos y el Padre Acosta nos dice que en las minas de plata de Potosí entraban anualmente 100.000 cestos, equivalentes a un millón de quilos. La operación era excelente: por un lado se embrutecía al indio, como más tarde se embruteció al chino con el opio difundido por los ingleses, para dominarlo y explotarlo en el trabajo de las minas; por el otro se obtenía una pingüe ganancia. Una operación redonda, típica de la estrategia de embrutecimiento del nativo utilizada por las naciones europeas de la cristiandad.

Los actuales tratantes de cocaína no hacen más que seguir el ejemplo ilustre de los jerifaltes de antaño. Es una secuela representativa de la expansión capitalista que busca la ganancia de un puñado de comerciantes a cualquier precio: en este caso, el mantenimiento y promoción de una clientela de drogadictos dispuesta a pagar lo que fuera con tal de obtener el estupefaciente.

Hemos incluido la coca entre las plantas medicinales pues el uso médico de la cocaína la incorpora a la lista de drogas mágicas que han contribuido al alivio de los sufrimientos humanos. En realidad pudo haber sido clasificada entre las estimulantes, como el mate o el tabaco.

La lista de las plantas medicinales cultivadas es muy grande. Escogeremos las más prestigiosas: la quina (**Cinchona Officinalis, Cinchona humboldtiana, Cinchona succirubra**, etc) indispensable para combatir la malaria o **chucchu** (chucho) como se le decía en quechua por el temblor que provocaba la fiebre; el guayaco o palo santo (**Guaiacum officinale**) considerado en los siglos XVI y XVII como el curador de la sífilis que los europeos, siempre a la busca de chivos emisarios, declararon originaria de América; el quenopodio (**Chenopodium ambrosioides**), que en el Río de la Plata llamamos paico, matador de los parásitos intestinales; el bálsamo de Tolú (**Toluifera balsamun**), especial para curar y cicatrizar prontamente las heridas; el bálsamo del Perú sacado del **Myroxylon pereyrae**, que se llegó a pagar en Europa hasta cien ducados la onza; la ipecacuana (**Cephaelis ipecacuana**), muy útil en el tratamiento de las diarreas sanguinolentas; la zarzaparrilla (**Smilax medica**) usada para combatir la sífilis y como diurética; la raíz de Jalapa (**Ipomoea purga**) y el podofilo (**Podophyium**

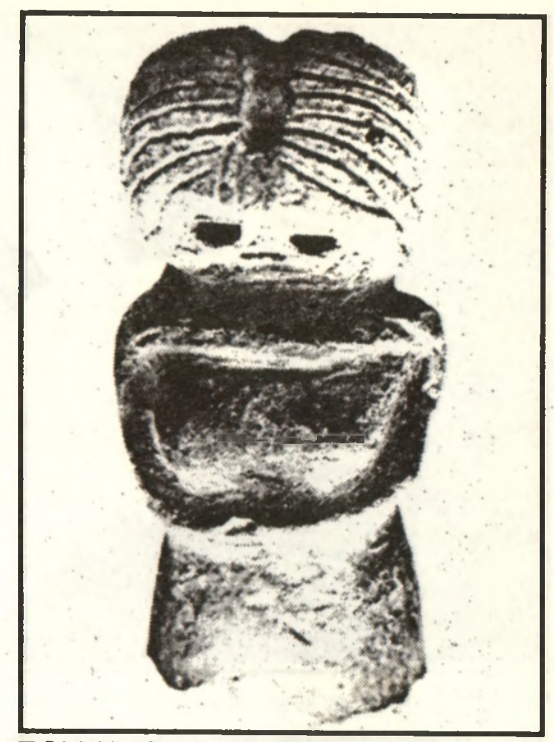
peltatum), dos eficaces purgantes; la copaiba (múltiples especies del género **Copaifera**, que los guaraníes empleaban para curar heridad y los europeos para tratar afecciones urinarias); el jaborandí (**Pilocarpus pennatifolium**) un sudorífero y depurativo; el ámbar líquido (**Liquidambar styraciflua**), cuyos ácidos benzoicos propiciaron su utilización como ungüento, etc.

✔ ANIMALES DOMESTICOS

América precolombina era pobre en animales domesticados. Fue cuna del caballo en el Eoceno, pero seis mil años antes de Cristo los indios se comieron los últimos équidos sin haberlos domado nunca. Los huesos hallados en los antiguos fogones y sometidos a la prueba del radicarbono 14 así lo comprueban. No tuvo nuestro continente ganadería semejante a la bovina, aunque las "vacas corcovadas", como llamaron los españoles a los bisontes, pudieron haber dado origen a una cría muy provechosa, de haber sido amansados por los indios de las praderas. La carencia de animales de carne propició, como en ciertas partes de Asia, un intenso consumo de perros, particularmente en la zona mexicana. La domesticación del cormorán, en Perú, al igual que en China, sirvió para auxiliar a los pescadores costeros y no tuvo trascendencia económica colectiva.

Solamente dos auquénidos, la llama (**Lama glama**) y la alpaca (**Lama pacos**), fueron plenamente domesticados y utilizados en los altiplanos andinos. La llama es una bestia de carga, no muy fuerte, que sólo se esquila después de muerta; la alpaca, destinada a la provisión de lana, se esquila periódicamente. El guanaco (**Lama guanicoe**), un auquénido no doméstico, sólo se caza para consumir su carne; la vicuña (**Lama vicugna**) es atrapada en grandes rodeos, se le esquila y luego recupera la libertad. Llamas, alpacas, vicuñas y guanacos integran el grupo de camélidos de América: no tienen joroba, son más pequeños que sus hermanos afroasiáticos y no se les usa para montar. Tanto en el pasado como en el presente los "señores principales" salvaron los peligrosos pasos andinos a lomo de indio pues en todo momento el hombre americano común, condenado por el incanato o el coloniaje a la más abyecta degradación, fue un sustituto eficaz del animal de carga.

Los incas, además de los auquénidos, tenían unos pocos animales domésticos: el perro, el conejillo de indias y una especie de pato. Los perros, salvo en ciertos y escasos lugares, no se comían; llenaban las



■ *Divinidad femenina, o "Venus" de la cultura Valdivia (3200 - 1800 a J.C.) Ecuador.*

casas y pululaban en los basureros. Los conejillos de Indias o cobayos, también denominados cuises o coris -nosotros les llamamos **apereaes (Cavia porcellus)**- eran objeto de cría familiar y se consumía grandemente su rica y gorda carne. El pato doméstico, descendiente de una especie salvaje, no ha dejado muchas huellas visibles de su paso.

Los mexicanos antiguos se alimentaban asiduamente con perros, a los que engordaban en forma grotesca. Pero su pobreza en animales domésticos era mayor que en Perú. La única especie de ave que se domesticó, el pavo o guajolote (**Melleagris gallopavo**), se criaba profusamente tras altos cercos de cactáceas y en corrales de piedra. El pavo es, pues, originario de América y hoy, en el cinturón del maíz de los EE.UU. alcanza, gracias a un cereal americano, su más alta expresión zootécnica y productiva.

Es conveniente señalar que los españoles designaron a muchas especies del Nuevo Mundo según las nomenclaturas familiares en el ámbito europeo. El aludido pavo, por ejemplo, conocido también como gallina de papada o gallipavo, recibió su

nombre por la similitud que tenía el ruedo de su cola con el del pavo real asiático. Las llamas se denominaban carneros del Perú, o carneros y ovejas de la tierra. A los bisontes de América del Norte se les llamó vacas corcovadas o merinas.

✔ LA METALURGIA PRECOLOMBINA

Las altas culturas de América indígena no conocían el soplete ni la fragua, y esta carencia determinó que no se trabajase el hierro, salvo el meteórico, que se martillaba. En compensación, las poblaciones andinas de América del Sur, donde mejor se desarrollaron las técnicas metalúrgicas, trabajaron el oro, la plata, el cobre, el platino, el estaño, el plomo y el arsénico. Aleaban los metales, además, para obtener el bronce, la tumbaga (cobre y oro) y el zinc.

Los objetos más preciosos de la metalurgia amerindia se encuentran en Colombia, Ecuador, Perú, Panamá y Costa Rica. En esta zona se trabajaban los metales mediante la fundición utilizando el aliento humano "**fundían a poder de soplos con unos cañutos de cobre... (y) ...andaban alrededor del fuego, soplando con los cañutos**". (Inca Garcilaso de la Vega: Comentarios reales.); se practicaban, por otra parte, técnicas complicadas, reveladoras de un fino proceso civilizatorio, como la filigrana, la forja, la soldadura y la soldadura autógena.

Los mexicanos tuvieron una metalurgia más modesta, influida por la de América Central y meridional. Los mayas no trabajaron los metales en el Imperio Antiguo y en el Nuevo sólo emplearon el repujado, el martillado y quizá la filigrana. En América del Norte la pobreza técnica era más acentuada: sólo se martillaban el cobre nativo y el hierro meteórico. En la cuenca amazónica, el área circuncaribe y el sur de la Florida, zona diferenciada de las otras, se practicaron intensamente las técnicas de fundición de oro y cobre nativo (tumbaga). Esas distintas provincias metalúrgicas nos informan elocuentemente sobre el grado de desarrollo alcanzado por las antiguas culturas americanas en el trabajo de los metales: fueron civilizaciones del oro antes que del hierro, y los conquistadores, que venían con el hierro, se quedaron a la larga con el oro. En efecto, los españoles que inicialmente buscaban especias en el Nuevo Mundo, deseosos de emular las ganancias del 600% obtenidas por Vasco da Gama en su viaje a las Indias Orientales en 1499, advirtieron muy pronto que era mejor preocuparse por los metales preciosos. La fiebre del oro y la plata, acentuada luego del sometimiento de los incas y aztecas, pero ya manifestada en las atrocidades practicadas contra los indefensos indígenas antillanos, crearon una gigantesca empresa de explotación minera a lo largo de la América montañosa. López de Velasco, el geógrafo, advierte con respecto a los yacimientos que éstos "**se han hallado en las vertientes y ramos de las sierras y cordilleras que van corriendo del Norte al Sur a lo luengo de la costa del Mar del Sur, desde encima de la Nueva Galicia hasta el Estrecho de Magallanes**". De inmediato agrega que "**hanse hallado en las Indias muchos y muy grandes minerales de todos metales: oro, plata, cobre, azogue, plomo, hierro... y lo que más general ha sido en todas ellas ha sido el oro y después la plata.**"**Geografía general de las Indias**, escrita en 1574, publicada en 1880).

Los indios fueron destinados, en las zonas metalíferas, a trabajar en las minas. "**Las Indias Occidentales** -escribe Antonio de Ulloa- **que gozan por privilegio de las minas de plata y oro en mayor abundancia que las otras partes de la tierra juntas, tienen unos naturales, quales son los indios, nación de suyo la más desidiosa y menos aplicada a todo género de trabajo que cuantas se conocen; y quando hacen alguno los que se tienen por civilizados, es a fuerza de muchos cuidados y de precisarlos a ello; pues si se les dexase enteramente a su voluntad, se pasarían los días sin moverse de un lugar, como lo practican los no reducidos...**" (**Noticias americanas, 1772**). La moraleja que fluye de esto es clara: las minas serán las escuelas de trabajo y de corrección para estos perezosos y viciosos empedernidos. Claro que algunos morirán: "**No negamos** -escribe Concolorcorvo- **que las minas consumen número considerable de indios, pero esto no procede del trabajo que tienen en las minas de plata y azogue, sino del libertinaje en que viven.**" (**Lazarillo de ciegos caminantes**, 1773).

Una contradicción básica desvirtuaba todo el sentido protector de las Ordenanzas en favor de los indios con que la Corona, durante tres siglos, bombardeó -bombas de papel al fin- a sus personeros indianos. La Corona recibía un quinto de lo extraído en las minas. Estaba, en puridad, asociada a los encomenderos. Y éstos recurrían a la prestación personal de servicios de la mita para el pago del tributo que sostenía todo el edificio económico y social del poder español, en pugna con media Europa.

Cuando Carlos V se dirige al Virrey de Mendoza en 1542 le ordena que los indios entreguen los tributos en efectivo y no en especies. Si no tenían dinero debían suplirlo con el trabajo en las minas, y

así, de paso, **"serían ricos"**.

Veamos cómo se enriquecían los indios, por ejemplo, en las minas de mercurio. Cuando la visita de Juan de Solórzano en el trienio 1616-1619 informa al Consejo de Indias y al monarca que **"el veneno penetraba en la pura médula, debilitando los miembros todos y provocando un temblor constante, muriendo los obreros, por lo general, en el espacio de cuatro años"**. Estos sufrimientos moralizantes redimían al indio de su natural maldad y como el alma será salvada, en última instancia, por los sacerdotes, no importa que purgue en las minas el castigo que merecen sus "vicios naturales", tal como entienden el Virrey y la Audiencia de México en 1574.

El rey cristiano se preocupa por sus súbditos, aunque no renuncia al cobro de su quinto. Felipe II se queja amargamente ante la audiencia de Guadalajara por la pérdida de un tercio de los habitantes aborígenes de la región. Los vivos -prorrumpe compungido el misántropo del Escorial- deben pagar el tributo de los muertos; los hombres son vendidos como ganado; los trabajadores duermen en las cercanías de las bocaminas, a cielo abierto; las madres de los alrededores matan a sus hijos para que no sigan el destino de sus padres y hermanos mayores. Pero entre el reproche real y los encomenderos y sus capataces hay muchos miles de quilómetros de agua salada: el señor indiano escucha y acata la ley pero no la cumple. Por su parte el rey, tranquilizada su conciencia, dormirá sin sobresaltos. En las zonas mineras la mita fue la responsable del veloz abatimiento de la población indígena. En las Audiencias de Lima y de Charcas se comprobó que desde 1561 a 1754 el número de indios había descendido de 1.500.000 a 600.000 personas.

Francisco de Vitoria, en un informe fiel y documentado, comunica al Consejo de Indias que a falta de trabajadores adultos, liquidados por la mita, bajaban a las minas las mujeres, los niños y los viejos, con el agua a la rodilla en pleno invierno y alimentados con un poco de maíz. **"Las abominaciones clamaban al cielo"**, concluye el informante.

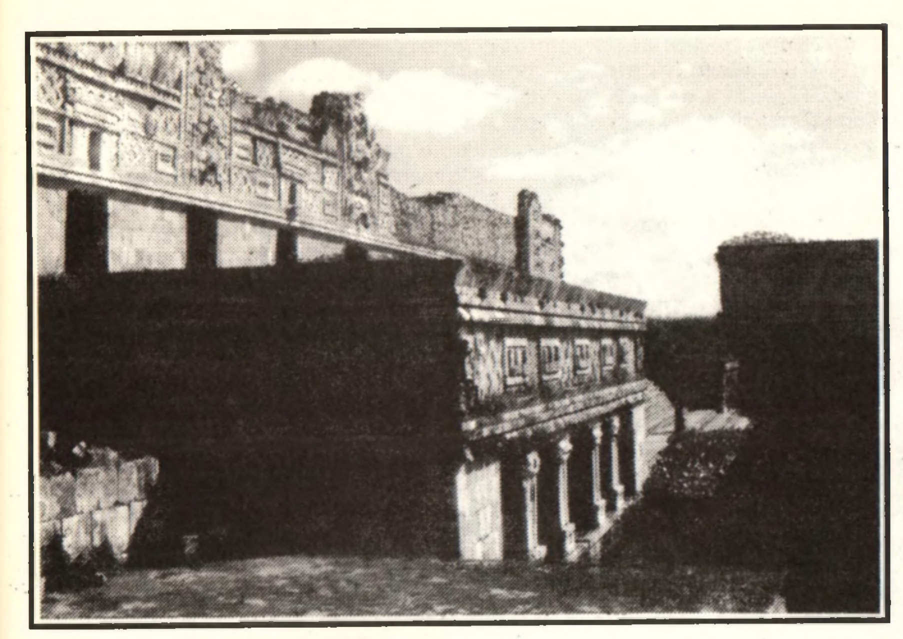
El trabajo en las minas durante el Incario era duro, pero estaba reducido a sólo dos meses en el año. El coloniaje español explotó sin piedad al indio minero, que murió a millares. Las jornadas de trabajo eran de doce horas en las galerías, y cinco más para sacar los materiales a la superficie, a veces desde 200 metros de profundidad. Si la carga no satisfacía a los capataces los infelices indios debían volver a la mina para seguir trabajando, sin importar que no pudieran dormir. La condición del indio reducido y obligado a servir en las minas era subhumana: comida insuficiente, carencia de vivienda, salarios irrisorios, enfermedades terribles, golpes e insultos. La vida resultaba así abyecta y breve. Pero la inmortalidad del alma estaba asegurada por los sacramentos de la Santa Madre Iglesia. En América colonial Cristo era doblemente crucificado por el César.

✔ LA ARQUITECTURA COLOSALISTA

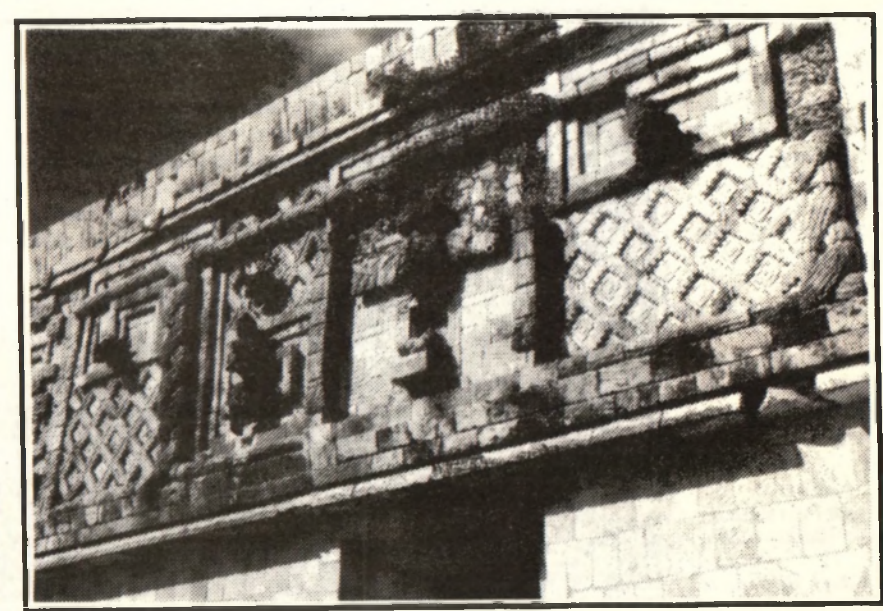
Sólo las altas culturas del área sierral de América del Sur y del área mesoamericana en la del Norte y Central llegaron a instaurar una gran tradición arquitectónica. Los pueblos andinos, en particular, fueron artífices de la piedra, constructores megalíticos que poetizaron, con un trabajo refinado, los grandes bloques que sustentan los templos y las fortalezas. La obra edilicia de Tiwanaku, las murallas de Chavin de Huantar y de Wilkawain, la primera en Bolivia y las últimas en Perú, revelan que el colosalismo arquitectónico inició tempranamente su reinado en el área andina. En el mediodía del poder incaico, mucho más tarde, surgen las estupendas estructuras de Coricancha en Ecuador y de Sacsahuaman y Machu Picchu en las cordilleras peruanas. Estas dos últimas poseen tal poder plástico, tan grave y aplomada solidez que parecen brotar de la piedra misma del Ande, humanizarse en manos del trabajo de los canteros y fingir luego una cordillera arquitectónica, geológica y humanizada, amenazante e invulnerable al mismo tiempo. Las piedras, que pesaban hasta cien toneladas, están cortadas en volúmenes poligonales, ajustadas entre sí tan precisamente que no necesitaban mortero y aún hoy no permiten introducir en sus junturas la hoja de una navaja.

Y no son éstas las únicas obras admirables. Cuzco (**Kosko**) fue una exaltación de la piedra y sus recios muros, que no pudieron desbaratar del todo los españoles, sirven de sustento a la ciudad europea superpuesta como el torso de un centauro al cuerpo indígena. También están el anfiteatro de Kenko; los muros de Tampumachay, cribados de nichos trapezoidales; la fortaleza de Pisac, con su erguido **intihuatana**; los megalitos fabulosos de la fortaleza de Ollantaitambo; las bases del palacio de Manco Capac en Colcapata.

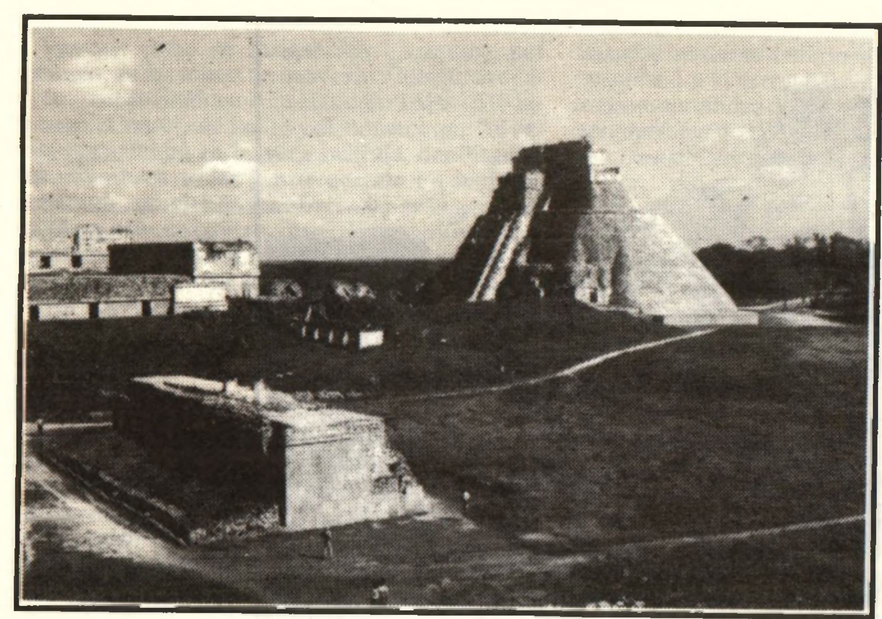
Estos edificios inmensos, que revelan un dominio mayor de la piedra que el alcanzado por los ingenieros egipcios constructores de pirámides, fueron levantados con distintos tipos de piedra, de acuerdo con las exigencias de los padrones estruc-



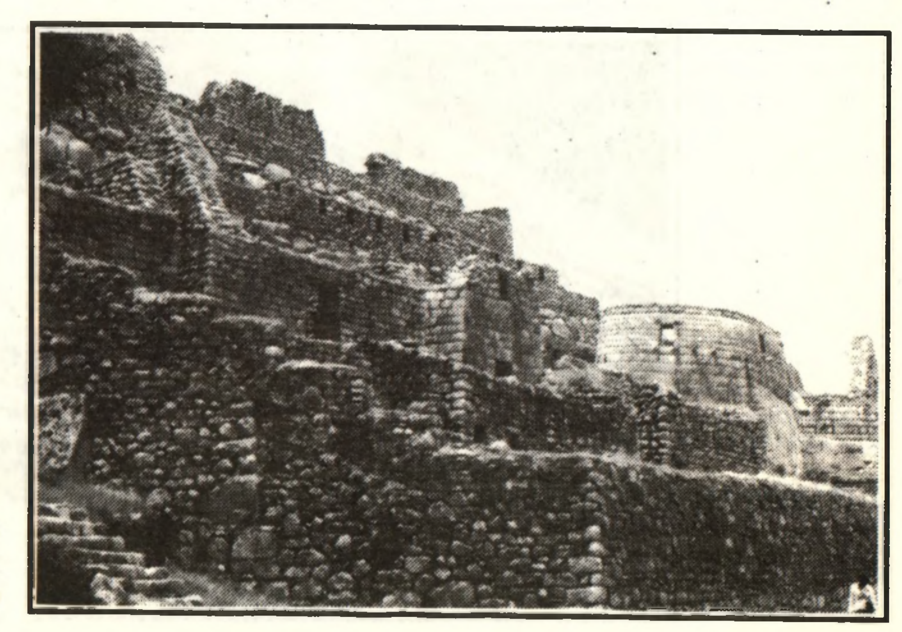
■ *Patio de la "Casa de las monjas". Uxmal, Yucatán, México. (Foto del autor)*



■ *La Serpiente Emplumada. "Casa de las monjas". Uxmal, Yucatán, México. (Foto del autor)*



■ *Pirámide del Hechicero o Palacio del Adivino. Uxmal, Yucatán, México. (Foto del autor)*



■ *Fortaleza de Ollantaitambo, Perú. (Foto de Alba I. de Vidart)*

turales. Los edificios de Kosko, estaban construídos con bloques paralelepípedos de andesita negra. Las terrazas, cimientos y muros de contención se fabricaban con polígonos de piedra caliza extraída de Yucay. Si era necesario levantar murallas ciclópeas se recurría al pórfido diorítico verde de Sacsahuamán, macizo, de adusta solidez, cortado en cuerpos caprichosamente poligonales.

Se ha escrito mucho sobre el sentido telúrico de la arquitectura del Incario; se ha querido atribuir, también, intenciones metafísicas y simbólicas a esta apoteosis de la piedra pulida, solidarizada en una inmóvil y geométrica marea con el paisaje circundante. Lo que interesa retener es el sentido colosalista, imperial, de esta obra pública que consagraba en fábricas perdurables la estructura rígida de una teocracia orgullosa de su función y su prestigio. Por otra parte las teorías acerca de la metafísica de la piedra fallan en la zona costera. La enorme ciudad de Chanchan, con sus palacios, murallas y dispositivos gigantescos, fue edificada con adobes. Hoy, aunque en el desierto litoral peruano llueve raramente, está convertida en una especie de **tell** por los súbitos aguaceros provocados de tanto en tanto por la corriente cálida de El Niño. Sobreviven, empero, muros de casi 10 metros de altura y las partes protegidas por los escurrimientos de barro, revelan, al ser picadas, bajorrelieves geométricos copiados de los motivos textiles, semejantes a los de la ciudad mexicana de Mitla. También se levantaron con adobes las pirámides denominadas Huaca del Sol y Huaca de la Luna, en Moche. Acá no se trata de la apoteosis del mineral berroqueño sino de la unanimidad del barro, del triunfo de la Tierra Madre, a la vez perecedera e inmortal. La civilización del adobe, típica de los desiertos, ha corrido el mismo destino que los **ziggurat** babilónicos; la civilización de la piedra, típica de las montañas, ha conservado los antiguos panales, ya sin miel, de las viejas edades. Los plásticos costaneros, escultores, fabricantes de ciudades y pirámides condenadas al desmoronamiento, tenían una sensibilidad cálida, colorista, hedonista casi; los canteros andinos, escultores en bloques, nos legaron una geometría congelada, un osario de piedras que no se resignan a morir y conservan, ya que no la sustancia, la forma de una abolida grandeza. Su severa concepción del mundo, rígida y estratificada, se opone al caos florido y abigarrado de los hombres de la costa, sobre cuyos tipos humanos y costumbres versan las figurinas de arcilla que van de la captación del defecto físico de un personaje popular a una antología de la pericia sexual de los ociosos libertinos de las clases superiores.

La arquitectura de Mesoamérica tiene otro estilo y otro sentido que la del medio físico y cultural andino, de marcado sabor arcaico. Los mexicanos y mayas son decoradores, estucadores, pintores, escultores, que utilizan la arquitectura como medio y no como fin. Un estilo barroco, por momentos churrigueresco, ordena las fachadas historiadas de los templos, plataformas, plazas, canchas de juego de pelota y pirámides del área mesoamericana. A los lejanos y todavía torpes esquemas prefigurados por los montículos de La Venta y la mal llamada pirámide de Cuicuilco en el México preclásico, siguió el florecimiento de la arquitectura maya cuyas ciudades -Copán, Palenque, Tikal, Piedras Negras, etc.-, hoy cercadas por la selva, son un prodigio de organización del espacio, de planteamientos audaces y decoraciones que recuerdan a veces las fachadas de los templos indostánicos por su cargazón. Luego, en una provincia cultural independiente, surgen los sobrios prodigios toltecas de Tula y Chichén-Itzá. El proceso arquitectónico culmina, ya en la época protohistórica, con las construcciones de Tajín y Yohualinchan, cercanas al Golfo, y en los centros teocráticos de Monte Albán y Mitla, situados en el valle de Oaxaca. La meseta mexicana, apolínea, contesta al desafío dionisíaco de las tierras bajas.

La arquitectura de América indígena tiene pirámides a lo largo del eje de las altas culturas, revelando el denominador común de reiterados contactos y empréstitos de estilos intercontinentales y quizá transoceánicos. Donde el trópico impone su riqueza botánica el edificio ondula y se retuerce como la planta, estalla en adornos y volutas; donde la montaña se recorta con adusta armonía en los cielos limpios y altísimos, navegados por los cóndores, la piedra impone su masa mineral en el muro ciclópeo y afirma la presencia de la dura matriz del planeta; donde el desierto niega otros materiales constructivos, el barro lábil y obediente asciende de la cerámica al muro, se humaniza en el adobe y proclama el apogeo de lo fugaz, el triunfo del siglo sobre el milenio, de la intensidad vital sobre la contemplación meditativa.

La gran arquitectura de América indígena conserva hoy, con plena docencia, el esplendor de civilizaciones que los españoles despreciaban por estar manchadas de asesinatos rituales y vesanía sanguinaria. En vez de matar en nombre de un solo dios, los indígenas lo hacían en nombre de sus múltiples dioses. Los tercios de Flandes degollaron poblaciones enteras en los Países Bajos, sin respetar viejos o niños. Era la furia española al servicio del catolicismo antirreformista, justifican los historiadores;

pero ninguno de ellos, peninsulares y europeos al fin, trata de comprender los mecanismos mágicos de las hecatombes que practicaban los paganos de América. Y para que éstos no asesinaran en los altares los asesinaron en los campos de batalla, o en las minas, o con la coca, o con las ropas infectadas de variolosos, o de cien maneras eficaces, todas consagradas teológicamente por las justas causas de la guerra contra los indios.

✔ LAS ARTES INDIGENAS

Es imposible sintetizar la riqueza artística de las culturas indígenas en pocas páginas. La descripción de las modalidades estilísticas y técnicas de la cerámica por ejemplo, ha dado vida a bibliotecas enteras. Puede, sin embargo, señalarse en un apretado haz valorativo la contribución de América al arte mundial, capitulando brevemente cada uno de los distintos aspectos de las expresiones plásticas.

Se ha dicho que los pueblos mesoamericanos son más intelectuales, refinados y emotivos que los andinos, apegados a la técnica y la artesanía, metidos en "**las limitaciones de la rutina tradicional**" (Covarrubias, 1961). Se ha dicho, también, que "**los mexicanos trabajaban mejor con la mente y los peruanos con las manos**" (Kroeber, 1946). Todo esto es muy relativo. Hay ironía, sarcasmo, picardía, buen humor a raudales, sentido misericordioso de la comprensión humana y muchas otras finas cualidades del espíritu en los vasos-retrato de los alfareros mochicas; y hay rigidez ritual en algunas aterradoras cerámicas huastecas y aztecas. No obstante los mexicanos y mayas apuntaron con más intensidad que los peruanos al simbolismo mítico que define muy bien este ejemplo proporcionado por un historiador del arte: "**El Museo Nacional guarda la representación plástica de una tortuga, por cuya boca asoman la cabeza y las manos de una figura humana. ¿Son de un hombre devorado por la tortuga? No, son del espíritu que mora en ella, que causa y dirige sus actos. Lenguaje de signos. Formulaciones inteligibles para todos, de conceptos colectivos...**" (Westheim, 1957)

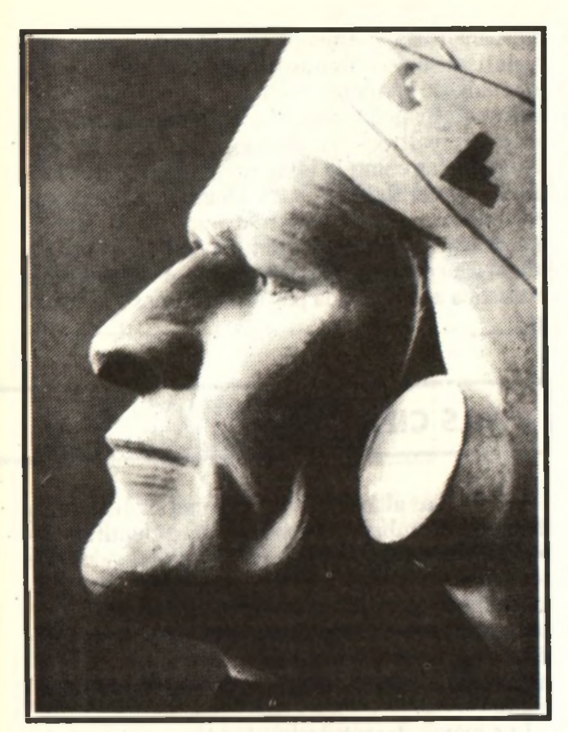
1) Cerámica. Como anteriormente dijimos, los pueblos indígenas de América no conocieron el torno de alfarero. Hubo que suplir la velocidad mecánica de la rueda por la habilidad manual: la cerámica nació así con un soplo más humano, más cercana a las técnicas intuitivas del cuerpo que a las uniformidades rígidas de la máquina. Y los procedimientos usados revelan aquel maridaje físico-biótico que mediante una simbiosis psíquico-plástica dio corporeidad cultural a la cerámica indoamericana. Dichos procedimientos fueron los siguientes: la utilización de cestas o frutos como moldes que se queman en el proceso de la cocción; la superposición de rodetes en espirales o anillos; el patillaje o agregado de pellizcos de pasta o de cortos rodetes; el ahuecamiento de una masa de arcilla previamente amasada; el empleo de moldes para hacer el vaso entero en dos porciones bivalvas verticales, esculturando sólo el frente o los apéndices.

Logradas así las formas se procede al pulimento de la superficie que ya puede ser alisada primitivamente con un hueso o una concha, ya mediante el falso engobe obtenido al humedecer el exterior del recipiente y frotarlo luego con un cuero suave o un guijarro rodado, ya por el engobe propiamente dicho que consiste en darle a la superficie una mano de arcilla desleída de otro color.

La decoración puede ser incisa, pintada o modelada. Y la cocción, finalmente, se hace en hornos alimentados por estiércol de auquénidos -en los Andes- o en fogones superficiales o subterráneos. No es posible extender más este punto, apasionante por otra parte. Los interesados podrán hallar en la bibliografía final algunas indicaciones orientadoras.

Muchos pueblos indígenas americanos disputan la primacía en lo que tiene que ver con la excelencia cerámica. Algunos autores, como Morley, proclaman que la mejor cerámica americana, por lo menos desde el punto de vista decorativo, es la de los mayas del Antiguo Imperio; yo, personalmente, y sin ser un experto, prefiero la de los pueblos costaneros del Perú -la cultura nazca y la cultura mochica- y la del mejor Tiwanaku. Pero casi a la par de estos ejemplares están los de Marajó y Santarem, en el Amazonas; las abigarradas y extrañas cerámicas panameñas de Coclé; los vasos de Teotihuacán; el estallido multicolor de los recipientes de Cholula; las finas estilizaciones que adornan los platos de los **pueblo** y los **caddo** de los EE.UU.

Aunque no corresponda estrictamente englobarlo en este parágrafo, debe ser citado, siquiera sumariamente, el arte de los modeladores de arcilla de América precolombina. Se destacan aquí también, en primer plano, los estupendos vasos-retrato de los mochicas que en muchos puntos emulan la mejor tradición de los plásticos helénicos; en un nivel semejante, pero con mayor cargazón, se hallan las figurinas mayas de Jaina, a las que se les puede llamar sin desmedro las tanagras del Nuevo Mundo. El humor y la extravagante fantasía de los modela-



■ *Retrato en arcilla. Región de Chicama, Perú. Cultura Mochica, 400-600 de nuestra era.*

dos tarascos, el sabor arcaico de la mujercillas de Tlatilco, la severa gracia de las figulinas de Teotihuacán, las caras sonrientes de Veracruz, las preciosas realizaciones de la costa ecuatoriana y las por momentos aterradoras tèrracotas aztecas, son entre muchas, las distintas expresiones de un arte microescultórico que se sirvió del barro para expresar con vigor, con delicadeza, con patético antropomorfismo, la comedia y el drama vitales de los pueblos americanos.

2) Escultura. América precolombina ha legado al arte universal un impresionante repertorio de piedras labradas y esculpidas. Su estatuaria pétrea de grandes y pequeñas dimensiones, sus trabajos en jade y distintas piedras preciosas o semipreciosas (glíptica), sus tallas en madera y otra expresiones mixtas, vinculadas con la cerámica o la arquitectura, revelan que las civilizaciones del maíz habían logrado un sorprendente refinamiento en las artes del espacio.

La maestría en el tallado de la piedra se manifiesta en los estadios más modestos o lejanos de la evolución cultural. Hay algunas puntas de lanza o flecha logradas en carneolita, sílex u obsidiana por los remotos cazadores de Folsom o los más próximos de la etnia pámpida (charrúas, por ejemplo) que las deficiencias y lástimas del "primitivismo" humano, que quizá no fuera tan riguroso como se le proclama, son enjugadas por un arte que, sin haber nacido con deliberado designio estético sino en función de la eficacia cinegética, resplandece hoy en los museos como una empecinada proclama de belleza.

La escultura en piedra tiene tres vertientes: la macroescultura del arte megalítico; la microescultura de piedra, hueso, concha y minerales preciosos; la estatuaria naturalista y mítica a escala mediana, donde puede incluirse también el relieve de las estelas en el aspecto ornamental o decorativo.

Así como existe una arquitectura colosalista hay, paralelamente, una escultura que se expresa en términos gigantescos, que desmesura las proporciones para imponer la arrolladora masa de la piedra o la domesticación de la forma ciclópea lograda por la mano de los talladores pacientes. Se conoce en Colombia una zona, San Agustín, donde la escultura megalítica celebra su jubileo a partir del siglo V antes de Cristo hasta el XII de nuestra era.

Otra zona de grandes esculturas se halla en la región habitada por los enigmáticos olmecas, los hombres del caucho (o **ulli**, como se decía de México). Allí se han desenterrado -La Venta y Tres Zapotes- algunas cabezas talladas en piedra con un peso de más de treinta toneladas. Dichas cabezas pertenecen a un tipo humano de aspecto negroide, de ancha nariz y gruesos labios. Lo más notable, sin embargo, es que la cantera desde donde se acarrearon los colosales monolitos se halla a cincuenta kilómetros del lugar de su talla. Finalmente, en rápido desfile, sacrificando mucho, deben mencionarse las gigantescas estelas mayas, las impresionantes realizaciones de Tula y Teotihuacán, los monolitos de Perú, Bolivia (en especial los de Tiwanaku), Ecuador y América Central, que confirman la reiterada presencia de los motivos de dimensiones extraordinarias cuyas funciones rituales se expresaron en una escala que debió avasallar los espíritus con la plenitud casi orográfica de la piedra domesticada por los artistas.

La microescultura halla su expresión más delicada en los trabajos del jade realizados en Mesoamérica, cuya riqueza, pulcritud y belleza los empareja con los mejores ejemplares del Viejo Mundo. Otros pueblos como los esquimales, lograron espectaculares realizaciones en hueso y marfil, tanto esculpido como labrado. Los cinceladores del Mississippi, por su parte, supieron dar a la piedra suges-

tivas formas y correcto acabado tal cual lo expresan las pipas, contrapesos de propulsores, insignias y pectorales. Sorprende que culturas relativamente desamparadas en muchos aspectos de la tecnología hayan podido alcanzar tan notables éxitos artísticos.

La talla en madera tiene en América una escuela de maestría insuperable. Ningún pueblo, en efecto, ha logrado trabajar como los pescadores del noroeste de los EE.UU. los troncos de los árboles para construir postes totémicos. Dichos postes, de gran altura y varias secciones figurativas, labrados en el cuerpo monoxilo de un cedro, se fijan junto a las grandes viviendas, también de madera, cuyos frentes ornados tampoco tienen parangón en la arquitectura indígena americana. Otras culturas, como las de la costa peruana, las del área mesoamericana y antillana, las de los bosques amazónicos y las hiperbóreas, revelan en sus trabajos en madera una inventiva y una variedad tan grande de técnicas y recursos artísticos que deben ser señaladas igualmente a la atención estudiosa.

3) Pintura. Los grandes repertorios del arte universal, al estilo de los de la UNESCO, han hecho conocer las pinturas mayas de Bonampak, cuyos frescos pueden figurar sin desmedro entre las más logradas obras realizadas con tal técnica. Los aztecas y los teotihuacanos, aunque no igualaron a los mayas, fueron también admirables pintores de frescos cuyas supervivencias arqueológicas, defendiéndose del abrazo de la vegetación tropical, han pervivido hasta nuestros días, con sus simbólicos y brillantes colores originarios, en los templos mesoamericanos de Palenque, Chichén-Itzá, Uaxactún, Monte Albán, Mitla y otros sitios de México, Guatemala y Belice.

Un capítulo que llevaría mucho tiempo detallar es el referente a la pintura de la cerámica, en la cual descollaron, como se dijo, los pueblos peruanos y mesoamericanos. Buenos ejemplos de pintura miniaturista son los famosos códices mexicanos, de los cuales se han conservado muy pocos pues los religiosos españoles asolaron de modo sistemático todas las realizaciones artísticas de América, considerándolas como la imaginería infernal de "**idólatras abominables**". Los lectores que quieran profundizar en este atractivo tema de la pintura americana hallarán en la obra de Tullio Tentori, **La pittura precolombina**, 1961, una excelente guía estilística acompañada por ilustraciones a todo color.

✓ LAS CIENCIAS

Las altas culturas de América llegaron a traspasar el umbral del conocimiento científico superior. Fueron pocos los pueblos privilegiados que accedieron a dicho conocimiento, y, dentro de éstos, hubo a su vez minorías selectas que manejaron con espíritu de cerrada **élite** intelectual las complejidades de la matemática, de la astronomía, de la cirugía, del calendario, más preciso aún que el gregoriano.

Los mayas descubrieron el valor posicional del cero antes que ningún pueblo en la historia; mayas y aztecas perfeccionaron un complicado sistema de cómputo del tiempo y tetrapartición del espacio; los incas, más atrasados en los sistemas de escritura que los mesoamericanos, concibieron el procedimiento mnemotécnico de los **quipus**, hicieron de los amautas los depositarios de la sabiduría tradicional profana y divina, y conocieron una extraña floración de cirujanos capaces de efectuar, con primitivos instrumentos, dificilísimas operaciones cerebrales.

III. LA POBLACION INDIGENA; IDENTIDAD, VARIEDAD, CANTIDAD

✔ NI MALINCHISMO NI PACHAMAMISMO

Entiendo por **malinchismo** aquella posición espiritual de los políticos, intelectuales e historiadores latinoamericanos que, impactados por los valores técnicos, científicos, filosóficos y artísticos de la civilización europea, denigran abierta o asordinadamente al indio y su mundo. Laureano Gómez, un presidente colombiano de este siglo, expresó en una conferencia dictada en 1928 conceptos como los siguientes: **"La otra raza salvaje, la raza americana, segundo de los elementos bárbaros de nuestra civilización, ha trasmitido a sus descendientes el pavor de su vencimiento. En el rencor de la derrota, parece haberse refugiado en el disimulo taciturno y la cazurrería insincera y maliciosa. Afecta una completa indiferencia por las palpitaciones de la vida nacional; parece resignada a la miseria y a la insignificancia. Está narcotizada por la tristeza del desierto, embriagada por la melancolía de sus páramos y sus bosques"** (GOMEZ, 1970)

Los contemporáneos de estos malinchistas, integrantes declarados o tácitos de las corrientes nacionalistas, internacionalistas y humanitaristas que defienden teóricamente **"las virtudes del indio"**, según las enumerara a mediados del siglo XVII el obispo de Puebla, originario de Navarra, Juan Palafox y Mendoza, los consideran poco menos que traidores a la causa de América, y de aquí el mote que propongo, en recuerdo de las acciones, guiadas por las pasiones, de la amante y mentora indígena de Hernán Cortés. No me remito al extenso listado de los mismos ni es necesario hacerlo: su lema ha sido el que tantos pensadores y prominentes gobernantes de nuestro continente han esgrimido en su brega a favor de la "civilización" de cuño transatlántico, lo que conlleva una pareja lucha contra la "barbarie" del criollo y el "salvajismo" del indio. Este concepto de civilización, como alguien lo ha advertido (ELIAS, 1987), no es descriptivo ni científico sino axiológico: se refiere a los valores y a los bienes de los países europeos, cuya conquista de las tierras ultramarinas fue amparada por el doble signo del comercio y de la religión, coronado por la aureola de la "fama" medieval.

El **pachamamismo** es lo contrario. Un contestatario grupo de latinoamericanos, académicos los unos, legos los otros, exalta lo indígena de modo superlativo, en detrimento de la **"cultura de conquista"** (FOSTER, 1962), impuesta a mosquetazos y a cristazos por los capitanes y misioneros ibéricos. Estos valedores de lo autóctono se dicen indios muchas veces sin serlo. Usan el método cartesiano para anteponer la sabiduría de los amautas a la de Kant. Han sido formados en universidades doctas, exhiben un Ph.D francés o británico, veranean en Acapulco y pasean sus ocios invernales por Roma o por Viena. No obstante ello, reivindican de modo vehemente la riqueza y creatividad del ancestro americano. Parten de la cosmovisión de una difusa indianidad, a la que identifican con la libertad, para reclamar una prevalencia etnocéntrica de lo indoamericano, y, consecuentes con tal actitud política y ética, dejan de lado todo lo que huela al azufre del demonio europeo o al sudor del esclavo africano. El título de un libro ecuatoriano, **"El indio, cerebro y corazón de América"**, resume el espíritu de dicha tendencia (MAIGUASHCA, 1949).

Estos son los dos idola iniciales contra los cuales tiene que luchar la historia como ciencia, asépticamente colocada al margen de la historia militante o del revisionismo histórico. Ya los veremos agigantarse a medida que se acerque la fecha del Quinto Centenario, y no ya del Descubrimiento de América, como nos enseñaron a llamarlo en la escuela, aquel edulcorado y acrítico hospicio de fantasías y

fantasmas, sino del Contacto de Dos Mundos, una forma elusiva y elegante de sublimar semánticamente la insufrible (¿e inevitable?) crueldad de la Conquista.

A estas pseudo aporías de carácter ideológico se suman otras que enturbian nuestra capacidad para conocer la envergadura y profundidad de cada una de las culturas indígenas. Estas son de tipo cuantitativo y de tipo cualitativo, de carácter espacial y de carácter temporal.

Las de tipo cualitativo se sitúan del lado de un sujeto cognoscente, quien ha producido, a partir del sometimiento militar y religioso de los indios americanos, una literatura torrencial, despareja y comprometida con las visiones del mundo de sus autores. Los memoriales, las crónicas, los relatos, los informes, las cartas anuas, las relaciones y las historias, amén de muchos otros documentos redactados por personas ajenas a las culturas y razas indígenas, tienen tal colosal frondosidad y han poblado de tal modo las bibliotecas y los archivos que el más sagaz de los caminantes se pierde en esta selva oscura.



■ *Indios del Brasil según Weigel (Habitus populorum, Ulm, 1639).*

A la cantidad de escritos generados a lo largo de casi cinco siglos debe agregarse la calificación del objeto de estudio: para hablar con propiedad de un tema, mechado por la insurgencia de los problemas, es menester definir previamente qué es un indio, qué es lo indio, qué características étnicas, históricas y filosóficas exhibe la indianidad. En este caso nos encontramos con un conocedor-sujeto y un conocido-objeto, si es que se puede reificar e inmovilizar a tal punto la condición humana como para dejar de lado la **praxis** interactiva entre dos actores dramáticos de la convivencia, como al cabo resultan ser el sedicente conocedor y el supuestamente conocido.

En primer lugar, digamos que el término indio es pasible de revisión. El error inicial de Colón, enloquecido como Don Quijote por las lecturas de libros que no versaban sobre caballerías andantes sino sobre los viajes reales y fabulosos a cargo de otro tipo de andariegos, fue suponer que había desembarcado en la despensa trasera de Asia. Pero las recién descubiertas y como tal proclamadas tierras transoceánicas no eran las Indias Occidentales de los mercaderes ni las Indias galantes de los músicos cortesanos al estilo de Rameau, por más que con tal nombre hayan sido reconocidas por las autoridades peninsulares y por los capitanes de la conquista y penetración (las cuales, dicho sea de paso, fueron cumplidas en el breve lapso de cincuenta años).

Esas recién inauguradas tierras nada tenían que ver con el Asia. Pertenecían a un continente distinto, poblado por gentes que si bien llegaron del Asia hace treinta, cuarenta o más milenios, no constituyen estáticas reproducciones de las etnias asiáticas, aunque se admite que pudo haber contactos transpacíficos entre las poblaciones de ambos continentes en siglos anteriores a nuestra era.

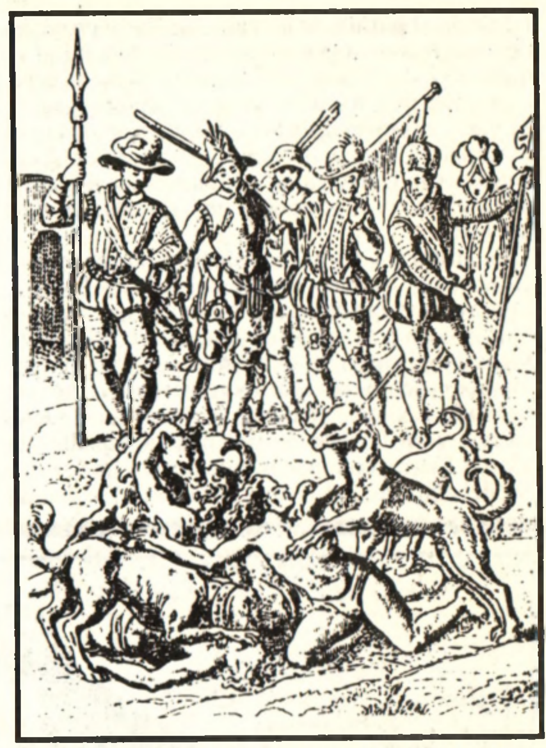
Pero aceptemos las inercias del lenguaje y sigamos con el término, que pesa como una cruz sobre el padecimiento de unos y la mala conciencia de otros. Y digamos entonces que no hay un indio único y ubicuo, abstracto y genérico: las abcisas del espacio y las ordenadas del tiempo nos obligan a toparnos con indianidades específicas, declinadas por los condicionantes y a veces determinantes de la alimentación, el clima, la topografía, el desarrollo de las técnicas, las relaciones intertribales y los demás elementos que interaccionan en el complejo sistema natura-nurtura-cultura.

Los factores de la diversidad se encarnan en los productos espaciotemporales de los mismos. Así, desde el punto de vista somático, los "gigantes" de la raza pámpida, en la cual iban juntos los patago-

nes y los charrúas, eran muy distintos a los subsistentes motilones colombo-venezolanos, casi pigmeos. Por su parte, los escenarios de las regiones y comarcas naturales -el desierto, la sabana, las pluvisilvas, las praderas templadas, las punas andinas- propiciaron distintas modalidades adaptativas y proporcionaron la materia prima para disímiles tecnologías y dispositivos materiales. Los recolectores del planalto brasileño tenían un equipámiento ergológico y unas estrategias económicas, y por consiguiente una organización social y un concepto de lo numinoso, necesariamente distintos al de los aztecas e incas urbanizados y altamente militarizados, en pleno período imperialista. Comedores californianos de piñones y agricultores hidráulicos peruanos, plantadores amazónicos de mandioca y mariscadores fueguinos, cazadores de bisontes de las llanuras norteamericanas y horticultores de las chinampas mexicanas, entre muchísimos otros casos de especialización ambiental, configuran una gama tan variada de tipos culturales adaptativos -y a la vez activamente creadores- o de formaciones socioeconómicas, que hablar de un indio único resultaría un despropósito.

Hay más dificultades aún. Los problemas de la inserción de los europeos en el mundo de los indígenas, propios del siglo XV, no son los actuales pues hoy, contrariamente, se trata de favorecer la inserción del indio en el mundo de los mestizos y los blancos. Las políticas indigenistas habidas y por haber así lo proclaman y lo ejecutan, a veces en el sentido punitivo del término. Procuran conservar las etnias pero al cabo las deculturan y desvirtúan, cuando no las acaban. Las buenas intenciones no pueden tapar con un harnero la cruel luz de la historia: los pueblos vencidos de ayer son los pueblos sumergidos de hoy. Carentes del poder, expoliados durante el coloniaje por la mita y la yanacona, corridos de sus tierras, vulnerados por las enfermedades importadas por el europeo -la varicela y la gripe resultaron ser mortales-, envilecidos por el alcohol, y, sobre todo, llevando en su condición los estigmas de la derrota y el desprecio, mal puede pedírseles un extemporáneo retorno a la grandeza del imperio inca o el poder azteca. La historia no pasa dos veces por la misma puerta, y menos aún cuando las relaciones dominante-dominado se establecen bajo el signo de la brecha tecnológica y el yugo político.

Por otra parte, y como ya más arriba se dijo, quienes definen al indio y a sus modalidades socioeconómicas y culturales (en las cuales el rito y el mito, ingredientes de la religión, tienen todavía una gran preeminencia, pese al "blanqueo" impuesto por el cristianismo) no son indígenas en su gran mayoría. Y si son de origen indio ya han dejado de vivir en



■ *Balboa castiga a los indios acusados de sodomía (Th. de Bry, 1597).*

la comunidad materna y están incorporados al status de los señores o siquiera al furgón de cola de las clases dominantes. Manejan otros símbolos, hablan en otra lengua, comen otros platos, visten otras ropas, odian y aman de distinta manera que sus padres y abuelos o que sus hermanos ligados aún a las arcaizantes prótesis materiales y a los sagrados -y con-sagrados- mentefactos comunitarios de la gran familia ancestral. No olvidemos aquel dicho de Bolívar: **"No somos indios ni europeos sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles."**

En consecuencia, los académicos extranjeros y criollos contemporánes, dueños absolutos de los medios de comunicación para difundir sus discursos antropológicos o políticos -que al cabo son lo mismo-, interpretan al indio y a lo indio desde afuera. Al margen de estos afanes, siempre desmentidos por la distancia que media entre la prédica y la práctica, el indio prealfabeto o analfabeto, selvático o rural, vive callada y entrañablemente su mundo simbólico y societario, y lo hace desde adentro. De

tal modo el **pathos** de las experiencias y vivencias del indio camina por un andarivel distinto al de quien lo indaga, describe e interpreta sin incorporarlo, en la mayoría de las veces, a su investigación. El indio, como un insecto, es puesto bajo una lupa: realizado el trabajo de campo, el científico social regresa a su Universidad o Ministerio y allí terminan las relaciones entre el (¿o lo?) estudiado y el estudioso.

La intimidad del **pathos** afectivo que cohesiona el "nosotros" social y tradicional de los indios configura un sistema de acciones y omisiones muy distinto al de la comunicación abierta o codificada del **logos** que, a cargo de los agentes de cambio o conservación nombrados por los gobiernos, se convierte inevitablemente en **doxa**, en opinión, en interés vicario y en legislación pragmática, aquella que Martín Fierro, con menos eufemismo, llamara **"la ley del embudo"**. A la hora de la verdad se cumple lo exigido por la conveniencia de quienes manejan el saber -reflejo del querer de los que mandan- y no lo solicitado por quienes padecen dicho saber -los impotentes que obedecen-.

La relación, en definitiva, no se entabla entre el blanco y el indio, en tanto que abstractos sujetos de derecho o manipuladores de transacciones coyunturales, sino entre el dominador histórico (y sus descendientes) y el dominado consuetudinario (y su progenie de indios y mestizos). El mestizo, por su parte, tiene un **status** particular, estudiado por una copiosa bibliografía.

Desde siempre los mestizos han sido vistos con desconfianza por el indio y por el blanco a la vez. Este rechazo cultural se convierte en un prejuicio insoportable cuando se refrenda con la pretendida opinión científica de racistas como lo fuera Ammon, quien expresó: **"En los mestizos se combinan las cualidades discordantes de los padres y**



■ *Un cacique es incinerado por los españoles (Th. de Bry, 1597).*

se producen retornos hacia los más lejanos antepasados; ambas cosas tiene por efecto común que los mestizos sean fisiológica y psíquicamente inferiores a las razas componentes".**

Del mismo modo, en siglos anteriores, ya durante el ciclo antillano, ya en el tiempo de la conquista de los imperios de las mesetas, ya en los decenios del tendido de las vías del ferrocarril hacia el Far West norteamericano, las imágenes del indio y lo indígena variaron según la mirada de quienes contemplaban unas "realidades", al parecer objetivas, con los anteojos deformantes de la racionalidad militar, el desprecio racista, la esperanza laboral, la **Lebensraum** política o la espectativa comercial. Los indios son buenos cuando pactan o se retiran más allá del horizonte. Son en cambio unos malditos asesinos cuando defienden sus tierras y atacan a las caravanas o haciendas de los intrusos. La lectura y decodificación de los distintos mensajes -el anti-indio, el pro-indio- prefigurados en los **westerns** es, en tal sentido, altamente ilustrativa.

Los problemas, pues, provienen tanto de una orilla como de la otra: los detractores y los defensores del indio, todos a una, han enturbiado las aguas del conocimiento. Lo gnoseológico ha sido reemplazado por lo patético. Y entre ambas tendencias se hallan, llevando al hombro su carga de perplejidad y sus minusvalías extrametodológicas, los investigadores de otros continentes que se proclaman al margen de la pugna americana entre los aborígenes y los conquistadores. Estos alienígenos, en nombre de tal prescindencia, prometen analizar al indio y su mundo **sine ira et studio**. Sin embargo, es fácil rastrear la Leyenda Negra que el pirata inglés de otrora diera a luz para luchar contra el conquistador español en muchas obras escritas por quienes tomaron al pie de la letra las denuncias del Padre las Casas. Pero algunos de los indignados impugnadores de dicha leyenda, que tomó vuelo a partir de innegables realidades y no de inventadas fantasías, dedican su estudio "**a la España inmortal, católica y hacedora de pueblos, que ha sufrido -por ser lo uno y lo otro- los agravios de la envidia y las calumnias de los enemigos de la Fe: tributa este homenajes, de austera verdad histórica, un americano que tiene el doble orgullo de su condición de creyente y de su rancio abolengo español**" Así rezan las textuales palabras del argentino Rómulo Carbia.

Otro grupo de estudiosos americanos condicionados por la civilización de Occidente y sus ideales fáusticos intenta, ya guiado por la filantropía, ya por la militancia política, renunciar a sus escalas de valores para asumir las de los indios, una empresa imposible si previamente el investigador no se indianiza **in res** y entonces deja de ser un investigador al servicio de la ciencia. Y hay finalmente quienes, sin dejar de ser americanos por su cuna y su formación cultural, pretenden colocarse, en tanto que científicos formados en la tradición lógico-inductiva, de cuño europocéntrico, en una postura equidistante del indio y del blanco.

Dicho ejercicio de asepsia racionalizadora, en caso de cumplirse a fondo, configuraría una hazaña epistemológica altamente improbable: el conocimiento sin el soplo de Eros -el amor por el terruño, la empatía por el semejante, la solidaridad con el desposeído, la androfilia hacia los portadores de la cultura autóctona, las utopías de la Patria Grande-, es un saber vano, una abortada búsqueda de la Gaya Ciencia, ese obligatorio vestíbulo, **poiético** y ético a la vez, de toda ciencia con conciencia.

✓ INDIANIDAD E INDOLOGIA: EN BUSCA DE UNA DEFINICION DEL INDIO Y LO INDIO

¿Qué se entiende hoy en día por indio entre los criollos, descendientes de los viejos colonizadores los unos y de los emigrantes decimonónicos los otros? ¿Qué criterios se utilizan para realizar esta compleja operación, que tiene mucho de antropológica pero mucho también de ideológica?

En primer lugar, dicho procedimiento se practica sobre un objeto-cosa. Cuando así se procede "**ya no hay ningún fondo opaco a la razón. Lo indígena es lo que ésta es capaz de revelar. En un puro ser determinado por lo universal agótase su realidad. Queda el indio entregado al juicio lejano. Su trascendencia se resuelve en hecho puro, perfectamente clasificable; sus intenciones, en categorías universalizables: es llana facticidad. Lo indígena existe en tanto que objeto de un sujeto impersonal; su ser coincide lo que éste determina en él: es puro 'exterior', pura superficie sin profundidad y sin revés**" (VILLORO 1979).

En segundo lugar, ese objeto-cosa pertenece a una humanidad vencida, que por mucho tiempo no fue considerada como tal sino como una animalidad egregia. Los indios han sido las víctimas de la conquista y la colonización de América: de antiguos dueños y señores se convirtieron, bajo el dominio europeo, en enemigos, en servidores dominados, en salvajes marginalizados, en piso ontológico sobre el cual se levantó el edificio de las nuevas (y a la vez antiquísimas) culturas importadas desde el Viejo Mundo.

Wagner de Reyna cuestiona el término Nuevo Mundo: lo nuevo sólo lo es en la noticia y no en la esencia. América, en puridad, es parte de un solo mundo; es la porción que puede calificarse como "mundo renovado". Sólo el etnocentrismo europeo pudo llamar nuevo a un mundo cuyas raíces prehistóricas, a partir de la domesticación de las plantas y los animales, son tan remotas como las suyas. El pretendido Nuevo Mundo, que ya era viejo para los indios, rejuvenece súbitamente, tocado por la varita taumatúrgica de los venidos desde afuera. Una confirmación más, pues, del etnocentrismo que denomina vírgenes a las tierras no conocidas por el conquistador, aunque hubieran sido ya desfloradas **in situ** por el paso de innumerables hombres y culturas.

Para deslindar y calificar lo indio debemos dejar de lado en esta circunstancia los distintos criterios utilizados en el pasado por los anglosajones y los ibéricos para caracterizar la condición indígena. Vamos a examinar, en cambio, los conceptos manejados a partir de los años cuarenta de este siglo por el movimiento indigenista, promovido por un esclarecido grupo de políticos, académicos y humanitaristas que procuraban -y procuran- incorporar al indio a los "beneficios" de la civilización sin traumatizar sus culturas originarias.

Manuel Gamio, un ilustre mexicano, primer Director del Instituto Indigenista Interamericano fundado a instancias del Primer Congreso Indigenista (Pátzcuaro, Michoacán, 1940) expresaba que la definición del indio "**implica tres preguntas que parecen fáciles de contestar pero que no lo son en realidad: ¿Cuántos, quiénes y cómo son los habitantes de América que deben ser propiamente conceptuados como indígenas?**

Sin descartar del todo el criterio racial, muy vago en razón del mestizaje y la variedad de tipos indígenas, y atendiendo a veces al criterio linguístico (que también resulta despistador pues un indio al convertirse en hispanoparlante perdería su condición de tal), Gamio se pronuncia por el criterio que deriva de la facticidad de la cultura objetivada en artefactos, creada por las técnicas para el manejo de la materia o hilotécnicas, como yo las he denominado en anteriores estudios sobre tecnología y ambiente. Si el grupo continúa fabricando y usando preponderantemente dispositivos materiales de estilo precolombino, entroncados con la tradición ergológica americana, entonces estamos ante una comunidad indígena.

Villoro efectúa un agudo comentario sobre esta propuesta de Gamio: "**Centramos la noción de lo indígena en lo cultural, pero no en las manifestaciones superiores del espíritu, que serían incontrolables, sino en el estrato en que la cultura manifiesta directamente un sistema de trabajo, una organización social y un nivel económico determinado. Tras de la pauta cultural se deja adivinar la posición económica y social de los pueblos estudiados. Sin embargo aún no se califica lo indígena cualitativa sino cuantitativamente. De ahí que nos tengamos que atener, para resolver en cada caso si debemos considerar a un pueblo como indio o no, a un cálculo cuantitativo de sus objetos materiales, que resulta imposible de determinar (...) El tránsito de lo "indio" a lo "no indio" no puede medirse por un porcentaje ni por un cálculo de suma y resta, porque es un salto cualitativo que implica un cambio en la especie, en el sistema económico y social, y no una mera transformación en el grado de primitivismo y occidentalización**" (VILLORO, 1979)

Unos años después, en 1948, **Alfonso Caso** expresa lo siguiente, haciendo hincapié en los elementos de identidad y pertenencia o autoafiliación: "**Yo diría: es Indio aquél que se siente pertenecer a una comunidad indígena, y es una comunidad indígena aquella en la que predominan elementos somáticos no europeos, que habla preferentemente una lengua indígena, que posee en su cultura material y espiritual elementos indígenas en fuerte proporción y que, por último, tiene un sentido social de comunidad aislada dentro de otras comunidades que la rodean, que la hacen distinguirse asimismo de los pueblos de Blancos y Mestizos**". Caso deja por el camino algo ya señalado anteriormente, recogiendo un concepto de O. Lewis y E. Moes: el de minoría nacional oprimida. En efecto, hay una característica a menudo "**pasada por alto**", es decir, "**la condición de pauperismo económico y opresión social**" (DE LA FUENTE, 1947)

En el **Acta Final del Segundo Congreso Indigenista Interamericano** (Cuzco, 1949), se elabora una definición que rechaza tácitamente los atributos de "la cultura de la pobreza" y respalda los datos del inventario etnográfico: "**El Indio es el descendiente de los pueblos y naciones precolombinas que tiene la misma conciencia social de su condición humana, asimismo considerado por propios y extraños, en su sistema de trabajo, en su lengua y en su tradición, aunque éstas hayan sufrido modificaciones por contactos extraños. Lo indio es la expresión de una conciencia social vinculada con el sistema de trabajo y la economía, con el idioma propio y con la tradición nacional de los pueblos o naciones aborígenes**". De-



■ *La muerte de Anacaona (Th. de Bry, 1597).*

jando de lado la oscura redacción del concepto y la confusión entre tradición nacional y etnia -las naciones globales son las entidades dominantes donde se destacan como islotes las etnias dominadas-, esta definición acentúa los elementos apuntados por Caso. Es decir, que lo indio no viene dado solamente desde la calificación foránea, a cargo de los no indios, sino que también brota endógenamente, del sentimiento y la percepción culturales de los propios indígenas.

La dialéctica entre identidad e identificación, entre el "nosotros" y el "ellos" ha sido analizada por otros autores, a los que orientamos la atención del lector (E. MAYER; E. MASFERRER, 1979)

En conclusión, los criterios para deslindar la condición indígena deben ser lábiles y coyunturales. Ser indio es sentirse indio. No por los atributos complejos que el antropólogo arma en el rompecabezas de la cultura y proyecta desde afuera sino por los mecanismos afectivos y conviviales que obran desde adentro. El ser deriva del quehacer y se expresa en el con-sistir. No constituye una identidad estática y abstracta, que contempla su ipseidad umbilical o que obra como el Uroboros, el lagarto que devora su propia cola. Por lo contrario, configura el producto dinámico y concreto de una confronación espacial y temporal con la circundancia y la circunstancia. El ser indio se recorta sobre el telón de fondo de una serie pautada de transacciones con lo Otro, el no ser indio. En efecto, se "es" **con relación** a lo alienígeno, a los opuesto o complementario, y no **por un sí mismo** autosustentado y autista, que se realiza con prescindencia de los interlocutores humanos y el entorno natural. Los factores económicos, la estratificación social y los valores culturales solamente cuentan cuando se definen med ante el eterno vaivén entre consensos y disensos, es decir, en la reciprocidad pro-vocativa que se establece entre los aparatos del mando y los correlativos mecanismos del acatamiento, los cuales se atienen, inexorablemente, a los avatares del poder entre los hombre. Como entre el yin y el yang chinos, como entre los números pares e impares del pitagorismo, siempre hay un movimiento de recíproco flanqueo

entre los integrantes de dos culturas en una pugna que no se expresa solamento con símbolos sino con hechos tangibles, empecinados y comúnmente catastróficos para la más débil de las partes en conflicto. La economía y la ideología, la tecnología y la **Weltanschaunng** son los subsistemas que los científicos aíslan con sus bisturíes conceptuales; la totalidad del existir como drama vital y moral, como dialéctica de la convivencia en un mundo socialmente fracturado, configura la esencia íntima de la indianidad, la naturaleza de lo indígena en tanto testimonio y ejercicio, en cuanto acción y pasión.

✔ TIPOLOGÍA SOCIAL Y ESPACIAL DE LAS POBLACIONES INDÍGENAS

Según lo establecido por varios autores contemporáneos, entre los que figuran los citados E. Meyer y E.Masferrer, en la actualidad las poblaciones indígenas americanas pueden clasificarse según los siguientes criterios:



■ *Población indígena en Sudamérica alrededor de 1500. Número de personas por milla cuadrada (2,5 kms.). Fuente: Steward, J.H.; Faron, L. C.; **Native peoples of South America.** Mc Graw-Hill, New York, 1959.*

1. **poblaciones con economía autosuficiente y organización tribal**, localizadas en el área amazónica y los planaltos interiores de Sudamérica y en la banquisa invernal del Artico o los **barrengrounds** costeros estivales de Norteamérica (esquímidos);
2. **poblaciones articuladas con la sociedad nacional y de organización campesina**, localizadas en las áreas rurales de los distintos países. (En algunas zonas se identifica lo indio con lo campesino);
3. **poblaciones integradas a las ciudades aunque marginadas** laboral y espacialmente del sistema urbano nuclear: pertenecen a los sectores "no formales" de la economía y residen en los "cinturones de miseria" de las orillas (favelas, pueblos jóvenes, tugurios, etc.).

Otro criterio surge cuando se confronta la población indígena con las poblaciones nacionales de blancos y mestizos, categorías que obedecen más a la dignidad del **status** que al color de la piel. En ciertos países a las personas de buen posición económica y figuración social se las considera "blancos" aunque somáticamente sean indios puros. En cambio "indio" equivale a pobre, pícaro o maleante: los epítetos "indio ladrón" o "indio mugriento" califican a los proletarios, a los desocupados, a los mendicantes, sin importar su tipo físico.

Tomando en cuenta las relaciones de los pocos o muchos indios tribalizados o destribalizados con relación a los "blancos" y "mestizos" se pueden establecer las siguientes modalidades:

a) **Reservaciones legalmente establecidas** (o coactivamente impuestas). Este es el caso de los EE.UU. de América y el Canadá. En los EE.UU. el Censo de 1940 consideraba indio a quien tuviera un cuarto de "sangre" indígena por lo menos, siempre que la comunidad indígena a la que pertenecía lo aceptara como tal y el gobierno lo hubiera inscripto en sus listas "oficiales". En cambio para el **Office of Indian Affairs** es indio aquel sujeto de "sangre indígen" -¿qué es la sangre indígena?- que tenga un **status** jurídico dentro de su tribu. En el Canadá hay alrededor de 2.200 reservaciones para una población indígena de medio millón de personas; dichas reservaciones abarcan una gama territorial que va de pocas hectáreas hasta un millón de quilómetros cuadrados.

b) **Población indígena enquistada y asentada en territorios aislados**, casi siempre de tipo silvícola, y no necesariamente amazónico. Son los casos de Brasil, Paraguay y Venezuela.

c) **Alto porcentaje de población indígena**, la cual constituye la mayoría de la población rural y se integra, con ritmo creciente, a las ciudades, pueblos, factorías industriales y frentes pioneros. Los

países representativos son Guatemala, Bolivia, México, Perú y Ecuador. Colombia tiene un contingente muy grande de población mestiza en el área andina, aunque los tipos indígenas puros son frecuentes, como en el caso de los paeces y los guambianos. En lo que atañe a los indígenas selváticos, Colombia comparte lo expresado en b).

d) **Pocos indígenas, situados en zonas de relativa densidad de la población aborigen.** Son los casos de Argentina, Chile, Nicaragua, Costa Rica, Honduras, Panamá y El Salvador.

e) **Países que no tienen población indígena tribalizada** o formando parte de poblaciones campesinas. (Se entiende por economía de tipo campesino la de aquellos agricultores que llevan hasta un 25% de su producción para vender en el mercado). En esta situación se hallan el Uruguay, Cuba, Haití y la República Dominicana, donde hay aún rasgos somáticos que denotan la existencia, si bien atenuada, del trasfondo americano originario.

Vuelvo a repetir que no se puede estudiar a la población indígena como un bloque enfrentado a otro de origen alóctono, en una polarización puramente teórica que no se compadece con la realidad del mestizaje. Este ha sido muy intenso en las áreas donde vivían los europeos y sus descendientes en compañía de los servidores africanos o en la proximidad de los agricultores indígenas. La mixigenación somática va acompañada por otros procesos de alquimia cultural que dan lugar a las aculturaciones, trasculturaciones y deculturaciones analizadas por los antropólogos. Tomando en cuenta ambos aspectos, el cultural y el físico, es necesario efectuar otra clasificación que, por razones de comodidad, se aplicará solamente a nuestra América del Sur.

✔ AREAS CULTURALES Y CONTINGENTES INMIGRATORIOS

Al tiempo de la conquista había en nuestro continente altas culturas, culturas medias y culturas inferiores.

Esta caprichosa clasificación tiene su base en los desarrollos de la técnica y en la mayor o menor complejidad de las organizaciones sociales. En definitiva, se fundamenta en la cantidad tangible y no en la calidad intangible, de tipo afectivo, ético o sacral. El tener no es un criterio que necesariamente deba imponerse a los valores del ser. Los indio fueguinos del pasado -hoy han sido borrados de la Tierra por la presión económica y las enfermedades del hombre blanco- refugiados tras sus paravientos, dueños apenas de una canoa de corteza calafateada con resina y unos pocos utensilios de pesca, tenían una concepción de la divinidad que deslumbró a los etnólogos de la escuela de Viena.

De todos modos los científicos aceptan tradicionalmente esta tripartición y debemos acatarla para no cuestionar a cada paso las desprolijidades del lenguaje o de la taxonomía utilizados por aquéllos.

Las **altas culturas** estaban concentradas a lo largo de los Andes y sus vertientes hacia el interior y el Pacífico: iban desde Colombia al valle central de Chile. Se trata de las que Cooper llamara culturas sierrales. En esta área se había llegado a la etapa de la civilización y los distintos imperios que se sucedieron en ella con sus respectivas metrópolis hasta la época de los incas, dan razón a los grandes logros materiales y espirituales de las poblaciones allí asentadas. Agricultura hidráulica dispuesta en terrazas, arquitectura y escultura colosalistas, cerámica de primera calidad, organización política planificada y racionalizada, logros intelectuales y artísticos de alto vuelo y refinados géneros de vida revelan, entre otros aspectos, las conquistas culturales de estos antiguos americanos.

Las **culturas medias** o intermedias estaban integradas por los plantadores del área amazónica y circuncaribe. Eran plantadores y no agricultores porque no utilizaban ni el arado -hecho imposible ante la carencia de animales de tiro- ni la azada. Sólo conocían la **coa** o palo plantador. Por otra parte el único abono empleado provenía de la ceniza de las rozas o incendios practicados en la selva de modo itinerante.

Estas culturas silvales o maniguales (voz que proviene de manigua, zona de arbustos altos) habían logrado algunos refinamientos mecánicos y químicos, tales como el rallado y exprimido de la yuca amarga mediante el **sebucan o tipiti**, para hacer luego el **cazabe** o pan de yuca o mandioca. Las poblaciones vivían en malocas colectivas, cuyo conjunto -aún subsistente en nuestros días- forma aldeas distribuidas a lo largo de los grandes ríos, en los calveros abiertos en los ecosistemas de la **hylea** o **pluvisilva**. Su "cultura material" -¿es que existe de veras una cultura material o se trata de objetivaciones materiales (artefactos) de la cultura, cuya naturaleza es psíquica y no tangible?- ha sido intensamente estudiada por los americanistas.

Las **culturas tecnológicamente inferiores** estaban representadas por los cazadores y recolectores de las zonas marginales. Si se traza una línea desde la isla de Chiloé en el Pacífico a la de Marajó en el Atlántico puede afirmarse que los indígenas que se

hallaban al este de la misma, salvo algunos islotes de plantadores diseminados a lo largo de la costa atlántica brasileña o de los ríos Paraná y Uruguay, eran nómadas dedicados a la pesca, la recolección y la caza.

Las mixigenaciones impuestas por el mayor o menor mestizaje de las aportaciones extracontinentales -europeos, africanos y asiáticos- con los indígenas darán lugar a la formación de tres tipos de pueblos (RIBEIRO, 1969).

Los pueblos nuevos surgen en las áreas andina y circuncaribe. Los blancos se mezclan allí con los indios y con los negros, los cuales a su vez se cruzan, y surge de tal modo una gama compleja de tipos humanos que en la época de la Colonia formaron linajes muy estrictamente señalados y separados. Los **pueblos testimonio** están representados por los indios selváticos, cuyo aislamiento en santuarios espaciales y ecosistemas de difícil acceso -hoy ya no- los preservaban de los masivos contactos con los blancos o los negros. Los **pueblos transplantados**, finalmente, se asientan en el sur del Brasil, el Uruguay y la Argentina rioplatenses, donde las oleadas de inmigrantes y las políticas nacionales de exterminio acabaron en el siglo XIX con los escasos aunque aguerridos grupos indígenas, cuyo acceso al complejo cultural del caballo los convirtió en temibles enemigos. No obstante fueron diezmados o exterminados según los casos, y destribalizados siempre, pese a sus desesperados esfuerzos por defender sus cotos de caza y repertorios culturales.

✔ RAZAS Y POBLACIONES INDÍGENAS

Los antropólogos actuales, si bien no aceptan la existencia de un indio igual y único en toda América, han descartado una serie de hipótesis muy socorridas en el pasado: el origen autóctono según las doctrinas poligenistas de la hominización; los arribos de contingentes integrados por australianos, melanesios y polinesios; por no hablar de los turanios, los escitas, los japoneses, los sumerios, los magdalenienses, los sobrevivientes de la flota de Alejandro Magno, los vascos, los negroides prealgonquinos, los escandinavos y otros veinte contingentes más, algunos de los cuales fueron ya citados en la primera parte de este estudio.

De igual modo se ha descartado la llegada de once, siete o cuatro oleadas de distintos tipos humanos que a lo largo de los milenios habrían permanecido idénticos a sí mismos, sin experimentar los impactos del clima, la alimentación y la topografía. La variedad morfológica del indígena americano se debe haber precisado y acentuado en las distintas regiones y aún comarcas -el caso de los huárpidos- de nuestro continente. Sus más probables antepasados deben haber sido de tipo premongoloide al principio y mongoloide en las oleadas posteriores. También se habrían infiltrado grupos con caracteres europoides como los amurianos. Estos tipos dihíbridos, merced a la influencia de los factores ambientales, que incluyen a los culturales, y a los temporales, condicionantes de las adaptaciones al medio físico y humano, quizá fueron los lejanos antecesores de las distintas "razas" existentes al tiempo de la conquista.

Los taxónomos distinguen, según sus criterios, una serie de grupos indígenas cuyos caracteres diferenciales permiten hablar de razas o tipos somáticos. Limitándonos a Sudamérica, hay quienes señalan la existencia de cuatro razas: la paleoamericana, la de los pampas, la del Atlántico sur y la de Pacífico sur (VALLOIS, 1964).

Otros se refieren a las razas fuéguida, láguida, pámpida, amazónida, ándida e ístmida (IMBELLONI, 1958). Una variante de la anterior es la clasificación que señala la existencia de láguidos, fuéguidos, huárpidos, patagónidos, brasílidos, ándidos, y centrálidos (CANALS FRAU, 1950).

Con respecto al número de pobladores de las Américas en el momento de la llegada de los marinos, soldados y sacerdotes ibéricos, las opiniones son encontradas. Hay estimaciones altas, y aún altísimas, medianas y bajas. Son pocos los investigadores que no parten de un umbral ideológico o ideologizado. Me explico: la existencia de una gran población indígena en la época del Descubrimiento, comparada con la del siglo XVII o la actual, daría razones a las Casas y demás autores, sobre todo ingleses y franceses, para corroborar la tesis del inicial genocidio catastrófico y del posterior y sostenido exterminio directo o indirecto de los indios. Spinden (1928) calculaba la población de las Américas entre 50 y 70 millones de habitantes hacia el 1200, la cual habría descendido a 40-50 millones cuando el arribo de Colón y las posteriores matanzas ibéricas. **Rivet**, en 1924, opinaba que existían entre 40-45 millones si bien, en 1952, con mayor prudencia, había retrocedido a 15 millones y medio. **Sapper**, por su parte, había estimado la población antes del gran genocidio, en 40-50 millones.

Rosenblat figura entre los investigadores que prefieren las estimaciones medianas, conjuntamen-

te con **Steward**. Según el primero la población era de 13.385.000 mientras que el segundo la fija en 15.590.880. La pretendida precisión de estas estimaciones resulta ridícula, pero eso no interesa ahora. En conjunto parece que manejan cifras no "infladas".

En el grupo de los deflacionistas se encuentran **Mooney** y **Kroeber**. Ambos estiman que la población no llegaba a 8.500.000 indígenas.

Las reconstrucciones científicas fundamentadas en la potencialidad de los ecosistemas y en las tecnologías empleadas en la agricultura llevan actualmente a pensar que las realidades estaban situadas entre las estimaciones de Kroeber y de Rosenblat, es decir, alrededor de 10-11 millones de indígenas.

Steward y **Faron** han confeccionado una carta de Centroamérica, Sudamérica y el área antillana cuya densidad de habitantes por quilómetro cuadrado al tiempo de la conquista -ellos la calculan por milla cuadrada- es la siguiente: área antillana, 1; área patagónica y rioplatense, 0,048; várzea (curso inferior del Amazonas), 0,4 a 0,8; costa, sierra y altiplano peruano incluyendo la comarca boliviana de Tiwanaku, 4; Guatemala, 1,90; zona austral e in-

POBLACION INDIGENA DE AMERICA EN 1978: AJUSTE PROPUESTO

País	Según Mayer y Masferrer	Ajustado	
México	8'042,390	6'000,000	Ψ
Guatemala	3'739,914	2'000,000	Ψ
Ecuador	2'564,324	1'250,000	Ψ
Perú	6'025,110	5'100,000	Ψ
Bolivia	3'526,062	2'270,655	Ψ
Brasil	243,285	243,285	
Colombia	547,784	412,363	Ψ
Venezuela	202,667	202,667	
Panamá	121,172	121,172	
Paraguay	67,249	67,249	
Estados Unidos	1'568,540	1'000,000	Ψ
Honduras	107,800	107,800	
Costa Rica	14,048	14,048	
Nicaragua	43,000	43,000	
El Salvador	100,000	100,000	
Chile	616,500	250,000	Ψ
Argentina	398,865	150,000	Ψ
Canadá	500,000	250,000	Ψ
Belice	10,000	10,000	
Guyana	27,840	27,840	
Surinam	10,266	10,266	
Guyana Francesa	700	700	
TOTAL	28'477,416	20'131,045	

Ψ *País afectado por ajustes en esta propuesta*

Fuente: MALETTA, H., Comentarios y ajustes sobre la población indígena de América en 1978. **América Indígena**, vol. XLI, Nro. 3, México, 1981.

POBLACION INDIGENA DE ACUERDO A SITUACION SOCIAL EN 1978
(cifras en miles de habitantes)

País	Población indígena Total absoluto (1)	% de la Pob. nacion. **	Pobl. autosuficiente y de organización tribal (2)	Pobl. articulada a la Soc. nacional y de org. campesina (3)	% de la pobl. rural***	Pobl. integ. urbana (4)	% de la pobl. urbana
1. Países con mayoría indígena campesina		%			%		%
México	8,042	12,4	(incluidos en col.3)	7,212	36,0	829	2,9
Guatemala	3,739	59,7	(incluidos en col.3)	2,832	81,8	907	51,7
Ecuador	2,564	33,9	97	2,235	58,4	230	8,5
Perú	6,025	36,8	206	4,010	73,1	1,807	22,4
Bolivia	3,526	59,2	187	2,544	95,0	793	40,0
Sub-Totales	23,897		491	18,836		4,569	
2. Países con mayoría indígena tribal							
Brasil	243	0,2	186	56	0.1	...	...
Colombia	547	2,2	421	126	1.3	...	...
Venezuela	202	1,5	150	52	2,1	...	...
Panamá	121	6,8	93	27	3,7	...	...
Paraguay	67	2,3	51	15	1,0	...	...
Sub-Totales	1,181		902	278			
3. Países con minorías indígenas							
EE.UU.	1,568	0,7	...	1,206	2.2	361	0.7
Honduras *	107	3.2	...	—	—	—	—
Costa Rica	10	0.6	...	10	0.9	3	0.4
Nicaragua *	43	1.8	...	—	—	—	—
El Salvador *	100	2.3	...	—	—	—	—
Chile	616	5.7	...	516	23,3	100	1.4
Argentina	398	1.5	54	261	5.3	83	0.4
Sub-Totales	2,849		54	1,995		547	
TOTALES	27,927		1,447	21,109		5,116	

* Información no confiable
** Basados en proyecciones a 1977
*** Basados en Censos de 1970
... Información no existente o inaplicable

Fuente: MAYER, E.; MASFERRER, E.; La población indígena de América en 1978. América Indígena, vol. XXXIX, Nro. 2, México, 1979.

sular de Chile, 0,08; planalto brasileño, 0,12; etc.

Lo que importa, a los efectos de las realidades actuales, es tener un panorama aproximado -los criterios para estimar la condición de indio o la indigenidad son disímiles- de la población aborigen en las Américas. Una estimación relativamente reciente (MAYER; MASFERRER, 1979) la fijó en 27.900.000 personas, redondeando las cifras. Otra, que procuró ajustar estos resultados, la reduce a 20.000.000, también en números redondos (MALETTA, 1981). Más elocuente que cualquier desarrollo de ambos ejercicios conjeturales es reproducir los respectivos cuadros. En el de Mayer y Masferrer se calculan los porcentajes de la población indígena con relación a la total y se ofrecen otras variantes que ayudan a comprender los distintos casos nacionales. En el de Maletta solamente se comparan las cifras de ambas estimaciones.

✔ DE VUELTA AL PRINCIPIO: EL INDIO BUENO Y EL INDIO MALO, O 5 SIGLOS DE HIERRO

Cuando Colón ofrece su primera opinión acerca de los naturales de las Antillas, aquellos amables y tímidos salvajes, dice que "**en esta Islas fasta aquí no he hallado monstruos como muchos pensaban; más toda es gente de lindo acatamiento**". Está seguro que tierra adentro encontrará un pueblo "**más sotil e de tracto**", aunque admite que estos hombres mansos que andan desnudos son de "**buenos corazones**", dan a los cristianos todo cuanto tienen y viven "**muy sin mal**". (**Relaciones, Carta a Luis Santángel**). En Europa, el fisgón de puertos y esculcador de narraciones de marinos charlatanes que fuera el erudito Pedro Mártir de Anglería, recibe estas noticias y las vincula con los signos de una reencontrada Edad de Oro. Se apresura entonces a pintar a los indios como seres para los cuales no existe "**lo mío y lo tuyo**", que "**no tienen nuestra molicie**", y que "**viven más contentos, más sanos y con mayor vigor en la ancianidad**" (**Décadas del Nuevo Mundo**, 1530), Queda así preparado el terreno para el surgimiento de la tesis del **bon sauvage**, que hará fortuna en el siglo XVIII.

Vespucio también advierte que los indios "**viven de acuerdo con la naturaleza**", "**no tienen codicia**" y son "**más justamente epicúreos que estoicos**". Pero ve también la otra cara de la moneda: cuenta lo que a sus ojos son excesos de crueldad, se espanta del canibalismo, denuncia la ignorancia total (la suya era idéntica con respecto al savoir faire de los indios), muestra pudibundez ante la conducta de las casquivanas muchachas indígenas, olvidando el libertinaje en la Italia del Renacimiento. Pero tanto los indios buenos como los indios malos le parecen igualmente dichosos y libres, y resultan a la postre una lección para los europeos, tan complicados en sus manejos políticos e intrigas sociales y no menos crueles e ignorantes que aquellas montaraces criaturas (**El Nuevo Mundo**, 1503). Esta ambivalencia del juicio se advierte también en Hernán Cortés, quien queda pasmado ante la grandeza urbana de Tenochtitlán, donde existen cosas de tanta admiración "**que no se podían creer**" y cuyas gentes "**todo lo entienden y lo conocen muy bien**". Sin embargo los rituales sangrientos de los aztecas le parecen "**cosa horrible y abominable y digna de ser punida, que hasta ahora no he visto en ninguna parte**" (**Cartas de relación de la conquista de México**, 1519-1526). Estos juicios descubren la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio; pensemos, siquiera un instante, en la caza de brujas desatada por la religión cristiana en Europa y los excesos de la Inquisición tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo.

Ambas líneas de opinión entroncan respectivamente con la filantropía del padre Bartolomé de las Casas y el desprecio por los "perros inmundos" manifestado por el domínico Tomás Ortiz, Gonzalo de Oviedo, Ginés de Sepúlveda y Bernardino de Sahagún entre otros. Este último los condena como hijos de Satán pero admira su habilidad para aprender las artes y oficios. Ante este ejército de diatribas se alzan las altas y clementes murallas espirituales del padre Bartolomé de las Casas. Según su opinión los indios son "**gentes obedientísimas, fidelísimas a sus señores naturales**" (¿Qué señores naturales?, cabe preguntar). Es imposible hallar criaturas "**más humildes, más pacíficas, más quietas**", sin odios, vicios, ni rencores y "**sin desear venganzas**". Son de flaca y tierna complexión -los antillanos, claro está; que esto no reza con los charrúas o los querandíes-, y además "**gentes paupérrimas**" -las Casas olvida el esplendor de los aurífices colombianos o el lujo de las cortes del Incario- que serían "**las más bienaventuradas del mundo si solamente conocieran a Dios**" (**Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias**, 1552)

Ginés de Sepúlveda creía que el clima de América había degenerado y atrofiado el cuerpo y el alma de los indios; de aquí surge tal vez la leyenda ecológica del determinismo ambiental del trópico americano, desarrollada por De Pauw, Reynal y Buffon. Dichos indios, en lo que se refiere a "**prudencia, ingenio y todo género de virtudes y humanos sen-**

timientos, son tan inferiores a los españoles como los niños a los adultos y las mujeres a los varones, habiendo entre ellos tanta diferencia como la que va de gentes fieras y crueles a gentes clementísimas, de los prodigiosamente intemperantes a los continentes y templados, y estoy por decir que de monos a hombres" (Democrates Alter De Justis Bellis causis apud indos, escrito en 1547, editado por Marcelino Menéndez y Pelayo en 1892)

La polémica iniciada tempranamente en América llega a Europa y allí prosigue a cargo de voces que alientan la furia del César, Carlos V, y la clemencia del representante de Cristo, el Papa Paulo III. Los enemigos de los indios conminan al Emperador a proceder contra aquellos "idólatras abominables" y los domínicos Bernardino de Minaya y Julián Garcés informan a Su Santidad sobre los excesos de los conquistadores, ávidos de oro, y le cuentan que "los indios no son turbulentos, ni inquietos, ni díscolos, sino reverentes, tímidos y obedientes". Escuchar a los que con un "grito satánico" apoyaban a los autores de las sevicias y excesos violentaría el orden divino y la razón humana. El Papa estudia los argumentos, los sopesa, y en 1537, en la Bula Sublimis Deus expresa: "El enemigo de la humanidad, quien se opone a todo lo bueno para conseguir la destrucción de los hombres (...) ha inventado medios jamás antes oídos para estorbar la palabra de Dios que ha de salvar el mundo; él ha inspirado a sus satélites, quienes para complacerlo no han dudado en propagar ampliamente que los indios del Oeste y del Sur y otras gentes de las que apenas tenemos conocimiento deben ser tratadas como brutos, creados para nuestro servicio (...) Nos (...) consideramos sin embargo que los indios son verdaderos hombres y que no sólo son capaces de entender la fe católica sino que, de acuerdo con nuestras informaciones, se hallan deseosos de recibirla..."

Estos son algunos de los dichos. Pero los hechos han sido otros. La presencia ibérica en América acarreó un intenso proceso de mixigenación física y de cambio cultural acompañado por una tremenda alteración de las formas económicas, lo cual provocó transformaciones revolucionarias en las estructuras y destinos de las sociedades indígenas. Al trauma de la conquista siguen el proceso del reacomodamiento colonial y el del desequilibrio impuesto por los regímenes republicanos, mucho menos propicios al indio y su mundo que la administración ibérica, pese a los claroscuros de la misma.

Los indios, en definitiva, son los vencidos. Los restos de sus imperios y sus comunidades, arrojadas del **callpulli** azteca y del **ayllu** incásico hacia las tierras improductivas por la geofagia del latifundio, constituirán el trasfondo humano de un continente conquistado y adoptado como mansión terrenal por los descendientes criollos de los antiguos desbravadores. Los sobrevivientes a los choques iniciales y a las continuas exacciones, epidemias, hambrunas, despojos y ninguneos de cinco siglos terribles, forman parte de una masa humana mal definida y peor interpretada por las políticas nacionales primero y por las legislaciones indigenistas después. Constituyen así minorías en retroceso, etnias en trance de desaparición, pueblos sobrevivientes de una gran naufragio histórico. El puente del mestizaje ha sido, a la vez, un camino hacia la manumisión y una trampa para la persistencia de la antigua identidad. La destribalización, la ruralización, la proletarización, la urbanización tugurial, son los sucesivos pasos que señalan la salida del indio de un escenario de fantasmas irredentos, de mitologías vaciadas por la historia, y su ingreso al universo de la dependencia económica, de la postergación social, del atraso crónico y del enrollamiento creciente.

El indio y lo indio ven cerrados los caminos hacia el pasado y hacia el porvenir. Se consumen en un opaco presente, envueltos por melancólico resplandor de los epílogos.

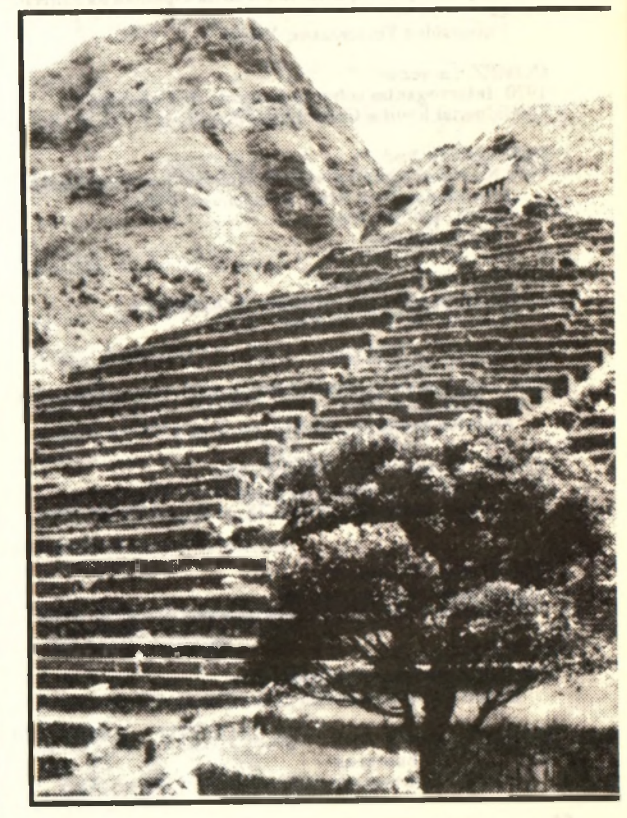
Hijos de la pobreza, paradigmas del desamparo, cansados ya de buscar salidas en los milenarismos de las religiones de crisis, los indígenas aprenden dolorosamente el oficio de ser americanos pobres, cristianos aculturados, clientes políticos de las clases dirigentes e integrantes, al fin, de una sola humanidad que procura, entre sobresaltos, desconfianzas, resentimientos, decepciones y esperanzas, fundar una unánime patria terrestre.



■ *Templo del agua. Cuzco, Perú. (Foto Alba I. de Vidart).*

■ ***Abajo a la izquierda:*** *Observatorio Astronómico. Palenque, Yucatán, México. (Foto del autor).*
A la derecha: *Terrazas para el cultivo, hoy convertidas en testimonio arqueológico. Machu Picchu, Perú. (Foto Alba I. de Vidart).*





BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA CITADA EN EL TEXTO

CANALS FRAU, Salvador
1950 **Prehistoria de América**
Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

COVARRUBIAS, Miguel
El águila, el jaguar y la serpiente
UNAM; México

DE LA FUENTE, Julio
1947 Definición, pase y desaparición del indio en México **América indígena**, vol. VII, no. 1, p.67; México

ELIAS, Norbert
1987 **El proceso de la civilización**
Fondo de Cultura Económica; México

FOSTER, George, M
1962 **Cultura y Conquista: la herencia española de América**
Universidad Veracruzana; Xalapa

GOMEZ, Laureano
1970 **Interrogantes sobre el progreso de Colombia**
Editorial Revista Colombiana; Bogotá

IMBELLONI, José
1958 Nouveaux apports a la clasification de l'homme americain
Miscellanea Paul Rivet Octogenario Dicata
To. 1o.; pp. 107-136
UNAM; México

MAIGUASHCA, Segundo
1949 **El indio, cerebro y corazón de América**
Editorial "Fr. Jodoco Ricke"; Quito

MALETTA, Héctor
1981 Comentarios y ajustes sobre la población indígena en América en 1978
América Indígena, vol.XLI, no. 3, pp.517-543; México

MAYER, Enrique; MASFERRER, Elio
1979 La población indígena en América en 1978
América Indígena, vol.XXXIX, no.2, pp.217-337; México

O'GORMAN, Edmundo
1958 **La invención de América**
Fondo de Cultura Económica; México

RIBEIRO, Darcy
1969 **Las Américas y la Civilización**
Centro Editor de América Latina, 3 tomos; Buenos Aires

VALLOIS, Henri-V.
1964 **Las razas humanas**
Editorial Universitaria de Buenos Aires; Buenos Aires

VILLORO, Luis
1979 **Los grandes momentos del indigenismo en México**
Ediciones de La Casa Chata; México

WESTHEIM, Paul
1957 **Ideas fundamentales del arte prehispánico en México**
Fondo de Cultura Económica; México

BIBLIOGRAFIA GENERAL

BALLESTEROS-GAIBROIS, Manuel; ULLOA SUAREZ, Julia
1961 **Indigenismo americano**
Ediciones Cultura Hispánica; Madrid

COLLIER, John
1960 **Los indios de las Américas**
Fondo de Cultura Económica; México

ESTEVE BARBA, Francisco
1965 **Cultura Virreinal**
Historia de América y de los pueblos americanos
Tomo XVIII; Salvat; Barcelona

GOMEZ-TABANERA, José Manuel (ed.)
1968 **Las raíces de América**
Ediciones Istmo; Madrid

GRUGBERG, Georg (coord.)
1968 **La situación del Indígena en América del Sur**
Tierra Nueva; Montevideo

JAULIN, Robert (ed.)
1976 **El etnocidio a través de las Américas**
Siglo XXI; México

KRIECKEBERG, Walter
1946 **Etnología de América**
Fondo de Cultura Económica; México

MARTINEZ EL RIO, Pablo
1953 **Los orígenes americanos**
Páginas del siglo XX; México

O.I.T.
1953 **Poblaciones Indígenas**
Kundig; Ginebra

PERICOT Y GARCIA; Luis
1962 **América Indígena. El hombre americano. Los pueblos de América**
Historia de América y de los pueblos americanos, tomo 1o.
Salvat; Barcelona

SEJOURNE, Laurette
1978 Historia Universal Siglo Veintiuno, vol. 21
Siglo XXI; Madrid.

Colección NUESTRAS RAICES

Próximos volúmenes

Cristina Samuelle .... NUESTROS GALLEGOS
Rodolfo González/Susana Rodríguez .... GUARANÍES Y PAISANOS
Martha Marenales .... VASCOS EN EL URUGUAY
Anabella Loy .... LOS SEFARDITAS, MEMORIA DE LA VIEJA ESPAÑA
A. Douredjian/D. Karamanoukian .... ARMENIOS, LA PASIÓN DE UN PUEBLO
Gustavo Genta .... COLECTIVIDAD NIPO-URUGUAYA
Teresa Porzecanski .... EL UNIVERSO SOCIAL DEL YIDDISH
Luis M. Delio/Leonel Tayler .... ITALIA DEL NORTE
Fernando Loustaunau .. PRESENCIA Y ESENCIA DE LA CIVILIZACIÓN FRANCESA
Renzo Pi Hugarte .... LOS INDÍGENAS DE LA BANDA ORIENTAL
Juan M. Casal .... LEGISLACIÓN Y POLÍTICAS MIGRATORIAS
Mónica Sans .... EL PUEBLO CATALÁN
Mariela Dardanelli de Lucia .... ITALIANOS INSULARES Y PENINSULARES
Marisa Rey Bruno .... NEGRITUD Y ORIENTALIDAD
Olga Labraga/Ma. Noel Revello .... ANDALUCES
Celiar Enrique Mena Segarra .... BRITÁNICOS. ESTANCIAS Y FERROCARRILES
Leonel Cabrera Pérez .... LOS PRECURSORES CANARIOS
Enrique Figueroa .... POBLAMIENTO DEL CAMPO ORIENTAL
Silvia Bolia .... VALDENSES. AGRICULTURA Y RELIGIÓN
Renzo Pi Hugarte .... DEL LÍBANO AL PLATA

Plan sujeto a modificaciones, incorporaciones y/o supresiones, tanto en el orden como en el número de volúmenes.

EDITORIAL NUESTRA TIERRA
Cerrito 566 - Tel. 95 75 28 - 95 74 85
Montevideo - URUGUAY

¿CÓMO SOMOS? ¿QUIÉNES SOMOS LOS URUGUAYOS?

Una identidad nacional, en el caso de un país de inmigrantes, se decanta con lentitud, posee distintos acentos, se manifiesta a lo largo de coyunturas políticas, de crisis económicas, de concertaciones, de choques culturales.

La búsqueda de una "cultura nacional" no puede pasar por la desaparición de la riqueza espiritual y las modalidades expresivas de las culturas que conviven en nuestro territorio, sino por el reconocimiento de lo que a cada una debemos.

Nuestras Raíces asume el desafío de contribuir al conocimiento de cada etnia. Es a nuestra gente a quien le corresponderá, teniendo en sus manos las claves culturales de esos grupos, actuar en consecuencia facilitando la integración.

A poco que se ascienda en el árbol genealógico, en cada familia hay ancestros llegados de otras patrias, pertenecientes a otros mundos culturales, guardianes y cultores de otras tradiciones, seres que vinieron a insertarse en el cuadro de una cultura ibérica nuclear en la que se distinguen aportaciones indígenas y africanas.

... Los barcos llegaban atestados de esperanzas. Fueron miles, y aquí se quedaron. Tejieron muchas historias. Algunas se cuentan aquí ...

Colección Nuestras Raíces

Patrocinan:

Presidencia de la República
Comisión Nacional Preparatoria de la Conmemoración del V Centenario del Descubrimiento de América



Intendencia Municipal de Montevideo
Departamento de Cultura



Auspician:



